

Bianca

Cathy Williams

El sabor de la tentación



Cathy Williams

El sabor de la tentación



Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

El sabor de la tentación, n.º 2397 —julio 2015
Título original: To Sin with the Tycoon
Publicada originalmente por Mills & Boon®, Ltd., Londres.

I.S.B.N.: 978-84-687-6769-7

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Capítulo 1

Alice Morgan estaba empezando a hartarse. Llevaba hora y media en ese despacho y no sabía si tendría que quedarse allí todo el día. Parecía como si se hubiesen olvidado de ella. Le habían dicho que don Importante tenía sus propias reglas, que hacía lo que quería y cuando quería, que era impredecible. Todo eso se lo había contado una Barbie a pequeña escala mientras la llevaba a su despacho, donde no estaba su nuevo jefe.

—A lo mejor tiene una agenda —comentó Alice—. A lo mejor tenía un desayuno de trabajo y se ha olvidado de que yo iba a venir a las nueve. Si pudieras comprobarlo, yo podría saber hasta cuándo tendré que esperarlo.

No. Don Importante no organizaba su vida con agendas. Al parecer, no las necesitaba porque era tan inteligente que podía acordarse de todo sin necesidad de que se lo recordaran. Además, nadie podía entrar en su despacho cuando él no estaba. La Barbie ya se había asomado un par de veces, había sonreído como si quisiera disculparse y le había repetido lo que ya le había dicho, como si el retraso y la desconsideración fuesen puntos a favor de su jefe que todos los empleados aceptaban con alegría y que, por lo tanto, ella también tenía que aceptar. Miró por la separación de cristal al despacho de Gabriel Cabrera, que era mucho mayor y más impresionante que el de ella. Cuando le dijeron dónde era su trabajo temporal, se quedó atónita. La oficina estaba en el edificio más increíble de la ciudad. El Shard era un ejemplo de maestría arquitectónica con unas vistas magníficas de todo Londres.

Aunque su contrato era de solo seis semanas, le habían dicho que existía la posibilidad de que fuese permanente si lo hacía bien. La mujer de la agencia había añadido que él tenía fama de contratar y despedir sin tregua, pero ella hacía bien su trabajo, mejor que bien. Cuando llegó esa mañana al edificio, a las nueve menos cuarto en punto, se había propuesto hacer lo que hiciese falta para conseguir un puesto fijo allí.

Su empleo anterior había sido agradable y bien pagado, pero era en un sitio mediocre y no tenía ninguna posibilidad de progresar. Ese empleo, si lo conseguía, auguraba una carrera profesional ascendente. En ese momento, pensó que no iría a ninguna parte si su nuevo jefe no aparecía, salvo a la casa compartida de Shepherd’s Bush después de

haber perdido todo un día. Además, ni siquiera la pagarían por ese día porque no había trabajado. Se preguntó si su fama de contratar y despedir no se debería a que sus secretarias lo abandonaban a las tres semanas cansadas de soportar esa supuesta inteligencia, si no sería que las secretarias lo despedían a él y no al revés.

Se vio reflejada en la pared de espejo que cubría una pared de su despacho y frunció el ceño. Su aspecto atildado e insulso no se parecía a la imagen glamurosa de los empleados que había visto mientras la acompañaban al piso de la dirección. Era como si estuviese en el decorado de una película. Los hombres llevaban trajes caros y elegantes y las mujeres eran rubias, guapas y refinadas. Jóvenes licenciados con empuje, ambición, belleza y cerebro. Hasta las secretarias y conserjes eran así de glamurosos, eran personas que se vestían acorde al entorno.

Ella en cambio… Tenía los ojos marrones, el pelo castaño lacio que le llegaba a los hombros y era demasiado alta, aunque llevara los mocasines negros sin tacón. Su traje gris y su blusa blanca carecían de todo atractivo, aunque esa mañana, cuando se los puso, se había quedado muy contenta con la imagen de profesionalidad que transmitían. Había sido un cambio considerable en comparación con la ropa más informal que había llevado en su empleo anterior, pero, en ese momento, se encontraba algo… mortecina. Por primera vez, se preguntaba si el deslumbrante currículum que llevaba en el bolso y la seguridad en sí misma serían suficientes. Un jefe excéntrico y chiflado que se rodeaba de modelos despampanantes podría encontrarla un poco insignificante. Dejó a un lado ese arrebato de inseguridad e intentó dar un paso adelante. No se hallaba en un desfile de moda ni estaba compitiendo con nadie por ser la más guapa. Eso era un empleo y ella lo hacía muy bien. Aprendía deprisa y tenía un cerebro ágil. Eso era lo importante cuando se trataba del trabajo.

Era casi mediodía y estaba preparándose para tener una conversación con algún empleado sobre el paradero del jefe cuando se abrió la puerta de su despacho y entró su nuevo jefe, Gabriel Cabrera. Nada ni nadie la había preparado para aquello. Medía casi dos metros y era el hombre más tentadoramente guapo que había visto en su vida. Llevaba el pelo un poco largo, lo que le daba cierto aire descuidado, y sus facciones perfectas eran casi insultantes. Irradiaba un poder y una energía que la dejó muda por un instante, hasta que se repuso y le tendió una mano.

—¿Quién es usted? —le preguntó Gabriel parándose delante de ella —. ¿Qué hace aquí?

Alice bajó la mano y sonrió con cortesía. Ese era el hombre para el que iba a trabajar y no quería empezar con mal pie, pero se dijo para sus adentros que, entre otras muchas cosas, era grosero y fatuo.

—Soy Alice Morgan… su nueva secretaria. La agencia que utiliza su empresa se puso en contacto conmigo. Tengo el currículum…

—No hace falta.

Él retrocedió y la miró con la cabeza ladeada. Se cruzó de brazos y la rodeó. Ella apretó los dientes por esa forma insolente y arrogante de observarla. ¿Así trataba a sus empleadas? Había captado el mensaje de que él hacía lo que quería sin importarle lo que dijeran los demás, pero eso era excesivo. Podía marcharse. Había estado esperando tres horas y la agencia lo entendería, pero iban a pagarle una barbaridad por ese empleo y le habían dado a entender que, si la hacían fija, la retribución sería descomunal. Ese hombre pagaba bien, aunque tuviese peculiaridades desagradables, y a ella le iría bien el dinero. Llevaba tres años de alquiler, desde que llegó a Londres desde Devon, donde vivía su madre. Tendría que seguir en alquiler, pero le encantaría tener la oportunidad de no compartir una casa. Además, tenía otros gastos que le mermaban los ingresos mensuales y que le dejaban lo justo para sobrevivir sin estrecheces. El sentido práctico se impuso y no se marchó.

—Mi nueva secretaria… —Gabriel arqueó las cejas—. Ahora que lo dice, estaba esperándola.

—Llevo aquí desde las nueve menos cuarto.

—Entonces, habrá tenido tiempo para leer y asimilar toda la información sobre mis distintas empresas.

Él señaló con la cabeza hacia un aparador de madera con libros legales e informes económicos de sus empresas, que ella, efectivamente, se había leído de cabo a rabo.

—Quizá podría hacerme un resumen de mis funciones —replicó ella en un tono pausado—. Lo normal es que la antigua secretaria le pase el relevo a la nueva, pero…

—No tengo tiempo para explicarle todo lo que espero que haga. Tendrá que aprenderlo sobre la marcha. Doy por supuesto que la agencia ha enviado a alguien competente que no necesita que la lleven de la mano.

Él observó que ella se sonrojaba levemente y que miraba hacia otro lado rígida como una tabla. No era la reacción que solía recibir del sexo contrario, pero era posible que la agencia hubiese acertado al mandarle a alguien que no acabaría encaprichándose fastidiosamente de él. Era evidente que la señorita Alice Morgan tenía la cabeza muy bien puesta sobre los hombros, y que parecía una «señorita» aunque no hubiese sabido que lo era.

—Lo primero es una taza de café. Comprobará que es una función esencial. Me gusta fuerte, solo y con dos azucarillos. Si se destensa un poco y mira a la izquierda, verá una puerta corredera. Allí encontrará todo lo necesario para hacer café.

Hasta el momento, todo lo que había dicho ese hombre la había puesto nerviosa y había captado el tono burlón al decirle que se destensara.

—De acuerdo.

—Luego, puede tomar su ordenador y venir a mi despacho. Tengo algunas operaciones en marcha. Podrá parecerle que se ha metido en un buen lío, pero también puede relajarse, señorita Morgan. No me como a las secretarias para desayunar.

Sus piernas empezaron a moverse por fin cuando él desapareció en su despacho. Hacer café era su primer cometido. No le había hecho café al jefe en el empleo anterior. Allí, todo el mundo colaboraba. Con cierta frecuencia, Tom Davis le había llevado una taza de café a ella. Estaba claro que Gabriel Cabrera no era igual de civilizado. Ella no era peleona por naturaleza, pero sí tenía un espíritu independiente que se rebelaba contra su actitud dictatorial. Le hervía la sangre mientras preparaba el café. Su imagen seguía dándole vueltas en la cabeza. Era increíblemente sexy y tenía una naturalidad asombrosa para dar por sentado que era el gran jefe y que podía hacer lo que quisiera aunque su actitud rozara la grosería. Cuando se quedó delante de ella, se sintió tan indefensa como un pececito frente a un tiburón. Tenía algo asfixiante. Llevaba un traje gris oscuro, pero ni eso podía disimular lo ancha que era su espalda y la musculatura fibrosa de su cuerpo. Era imponente.

—Siéntese —le dijo él en cuanto entró en su despacho.

Era un espacio muy amplio con ventanales desde el suelo hasta el techo. Unos estores gris claro tamizaban la luz y, un poco apartadas de la zona de trabajo, había unas butacas bajas alrededor de una mesa y unas plantas altas que creaban un espacio algo más íntimo.

—Resúmame muy deprisa los sistemas operativos que conoce.

Él tamborileó con el bolígrafo en la mesa de cristal y acero y la observó detenidamente. Era como un gorrión. Pulcra como una patena, con las piernas recatadamente juntas y no lo miraba a los ojos. Se preguntó si no debería devolverla para que la cambiaran por algo un poco más decorativo. Le gustaban decorativas, aunque también sabía que los inconvenientes siempre eran mayores que las ventajas. Sin embargo, era un hombre que podía conseguir lo que quisiera con solo chasquear los dedos y eso incluía secretarias intercambiables. Desde Gladys, la secretaria de sesenta años que se marchó a Australia sin ninguna consideración para estar con su hija, había cambiado de empleadas temporales como de camisa. Sabía que cualquier agencia lo habría borrado de su listado si fuese otra persona, pero también sabía que nunca lo borrarían a él. Pagaba tan bien que tendrían que despedirse de unas comisiones considerables.

Esbozó una sonrisa de burla. ¿Acaso no había nada que no pudiese

conseguir? Naturalmente, poder conseguir todo lo que quería tenía sus ventajas… Las mujeres lo perseguían; los directores de las empresas se callaban cuando él hablaba; la prensa lo seguía para intentar atisbar la siguiente primicia financiera o para vislumbrar algo de su vida social. Estaba en la cresta de la ola, era el líder indiscutible y nada indicaba que fuese a dejar de serlo. Entonces, ¿por qué la vida podía ser tan insatisfactoria? Algunas veces se preguntaba si esa escalada hasta lo más alto lo habría dejado sin la capacidad de tener sentimientos sinceros. Quizá la gran aventura hubiese sido esa batalla en sí. En ese momento, cuando la partida ya se había jugado y la había ganado, ¿se había terminado la aventura? Ni siquiera la presión del trabajo le segregaba adrenalina como antes. ¿Qué sentido tenía intentarlo cuando podía conseguirlo todo sin esfuerzo? ¿Intentarlo era algo que le había importado y que ya no le importaba de la misma manera?

El gorrión no paraba de hablarle de su otro empleo y de todo lo que había hecho allí. Levantó una mano y la calló a mitad de una frase.

—No puede ser peor que la chica anterior. En algún momento, la agencia se olvidó de que lo que yo quería era alguien que supiera teclear con más de un dedo.

Alice sonrió con cortesía y pensó que quizá la agencia no tuviera muy claras sus prioridades porque parecía que lo que quería era que las candidatas fuesen guapas. Él frunció el ceño por esa sonrisa que le parecía que no encajaba en la apariencia sumisa que proyectaba.

—Encontrará el archivo sobre la operación Hammonds en su ordenador —comentó él centrándose otra vez—. Ábralo y le diré lo que tiene que hacer.

Alice estuvo pegada al ordenador durante las cuatro horas siguientes. No hubo descanso para comer porque él apareció cuando ya era casi la hora de almorzar y, evidentemente, había dado por supuesto que ella no tenía hambre. A las cuatro y media, levantó la mirada y se lo encontró delante de ella.

—Parece que sigue el ritmo. ¿Es un alarde para impresionarme o puedo esperar que mantenga esta eficiencia?

Ella se había olvidado de lo detestable que le parecía. Si ese era su modo de decirle que lo había hecho muy bien el primer día, tenía que haber alguna forma más amable de transmitirlo.

—Soy muy trabajadora, señor Cabrera. Normalmente, puedo con todo lo que me encargan.

Gabriel se sentó en la silla que había delante de la mesa de ella. Cada centímetro de su cuerpo irradiaba autoridad y seguridad en sí mismo, sabía que conseguiría lo que quisiera. Ella tenía que reconocer que era inteligente. Tenía la astucia de un abogado y la capacidad para analizar todos los detalles hasta que encontraba el que marcaba la diferencia entre el éxito o el fracaso.

—Muy encomiable —replicó él inexpresivamente.

—Gracias. Quizá pudiera decirme hasta qué hora espera que me quede hoy.

Al fin y al cabo, la había tenido esperando durante horas y ni siquiera se había molestado en darle un motivo.

—Hasta que me parezca que ha terminado el trabajo del día —contestó él con frialdad—. No me gustan los horarios rígidos, señorita Morgan. A no ser que tenga que salir ineludiblemente a las cinco, claro. ¿Tiene que hacerlo?

Alice se alisó nerviosamente la falda. Se había leído todo sobre la empresa durante las tres horas que había estado esperando y enseguida se había dado cuenta de que ese hombre era más que influyente. Era un multimillonario increíblemente guapo y a lo largo del día había comprobado que, como le había dicho la Barbie, hacía lo que quería. Por ejemplo, le había dicho tajantemente a una mujer, a la directora del departamento legal, que el fin de semana siguiente iba a tener que trabajar porque iba a cerrar una operación importante y que, por lo tanto, tendría que perderse la boda de su mejor amiga, y todo eso sin la más mínima disculpa. Gabriel Cabrera pagaba muy bien a sus empleados y ellos le entregaban su libertad a cambio. Ella no iba a pasar por ahí. En ese momento, solo era una ínfima trabajadora temporal y podía decirle lo que pensaba, poner algunos límites. Si por casualidad le ofrecían el empleo de forma permanente, ya no podría decirle lo que estaba dispuesta a hacer y lo que no. No estaba dispuesta a trabajar los fines de semana en la situación de su madre.

—No me aferro a los horarios, señor Cabrera, y trabajaré encantada el tiempo que haga falta, pero sí valoro mi vida privada y tendría que saber con cierta antelación si se espera que sacrifique mi tiempo libre.

—Mi empresa no funciona así —replicó él con los ojos entrecerrados.

Él no funcionaba así. Él no daba explicaciones. Él hacía lo que quería y todos lo aceptaban. Sintió otra punzada de escepticismo, pero la sofocó enseguida. Se había ganado el puesto en lo más alto derrotando a sus competidores. Había empezado de cero y lo tenía todo. No se justificaba ante nadie y mucho menos ante una secretaria que llevaba dos minutos con él.

—Si he entendido bien, le pagan el doble de lo que ganaría en otra empresa.

Ella estuvo tentada de añadir que con otro jefe, con un jefe normal.

—Eso es verdad —reconoció Alice.

—¿Va a decirme que no le gusta la sustanciosa retribución? Naturalmente, puedo recortarla si quiere empezar a imponer sus condiciones sobre el horario. Lleva cinco minutos aquí, ¿cree que

puede empezar a dictar condiciones? —él dejó escapar una carcajada —. Es increíble.

—La agencia dio a entender que podrían ofrecerme un empleo permanente si superaba el período de prueba. Entiendo que no le ha ido muy bien con las otras secretarias que le mandaron.

—¿Cree que tiene algún poder porque ha cumplido bien el primer día?

Sin embargo, efectivamente, le había ido muy mal con las secretarias. Quizá hubiese debido buscar una anodina como la que tenía delante, pero también debería poder llevarse bien con la persona con la que acababa pasando casi todo el día. Sin embargo, también tenía que reconocer que algunas de las chicas que había empleado habían querido llevarse demasiado bien.

—Me parece que está excediéndose un poco, ¿no cree?

—No.

Alice tomó aliento y se preparó para mantener su postura porque veía claramente lo que le esperaba con ese hombre. Los ojos oscuros de él se clavaron en los castaños de ella y se quedó sin respiración. Lo encontraba inquietante, aunque ese día había sido el más estimulante desde hacía mucho tiempo. Había revivido con la presión del trabajo y había visto posibilidades de progresar y asumir más responsabilidades. ¿Quería poner en peligro seis semanas de algo seguro a cambio de imponer condiciones para un trabajo permanente que quizá no llegara a tener? Sí. No iba a permitir que nadie, por mucho que le pagara, dictara cómo tenía que ser su vida, y no solo su vida laboral. No parecía importarle a nadie en esa empresa. Seguramente, la mitad de las mujeres estarían deslumbradas por él, pero ella no lo estaba y necesitaba tiempo libre. Tenía que ir los fines de semana a Devon a ver a su madre y su vida ya era bastante complicada. No estaba dispuesta a que le privaran de sus preciadas tardes de los días laborables aunque le pagaran esas horas extra.

—¿Cómo ha dicho?

Gabriel no podía recordar cuándo fue la última vez que alguien le expresó una opinión que, evidentemente, no iba a ser bien recibida. Tener mucho dinero daba mucha libertad e imponía más respeto todavía. ¿Acaso no había sido eso lo que había buscado toda su vida? ¿Acaso no había querido dejar atrás los oscuros días que pasó en casas de acogida donde su opinión no valía para nada y otras personas controlaban su vida?

—Solo llevo un día aquí, señor Cabrera, y he tenido que esperar unas tres horas a que usted llegara. Efectivamente, tuve mucho tiempo para leer todo lo referente a su empresa, pero no sabía que iba a pasar la mañana así.

—¿Está pidiéndome que le dé explicaciones sobre dónde he estado

esta mañana? —le preguntó él sin disimular la incredulidad.

Normalmente, en ese punto, ella habría perdido toda posibilidad de pasar otro día en su empresa y, mucho más, de conseguir el empleo permanente que parecía desear. Sin embargo, estaba fascinado y atónito por su temple y entereza.

—¡Claro que no! También me doy cuenta de que no puedo empezar a poner condiciones…

—Pero va a ponerlas en cualquier caso.

Si dominó la explosión de furia fue porque había trabajado muy bien, demasiado bien como para desecharla sin un recambio en la recámara.

—Me temo que no puedo sacrificar los fines de semana para trabajar con usted, señor Cabrera.

—Creo que no se lo he pedido.

—No, pero vi que le dejaba sin fin de semana a esa pobre chica. Se casa su mejor amiga y usted le dijo que tenía que trabajar a fondo los dos días.

—Claire Kirk presume de ser una de las directoras de departamento más jóvenes de la empresa. Hace bien su trabajo y sería un error que pensara que puede llegar lejos si no está dispuesta a hacer un esfuerzo.

Alice no dijo nada, pero se preguntó si él sabría que había una diferencia entre hacer un esfuerzo y sacrificar la vida de uno por el trabajo.

—Yo no presumiré de nada —replicó ella sin alterarse—, pero me ha parecido que debería saber mis condiciones laborales desde el primer día en vez de que se esperara que trabajara unas horas que no quiero trabajar. No quiero decir que no vaya a quedarme el tiempo que haga falta de vez en cuando, pero creo firmemente que hay que separar la vida personal de la vida laboral.

—Dígame una cosa. ¿Marcó los mismos límites a su jefe anterior?

—No hizo falta.

—¿Porque era un cumplidor estricto del horario laboral de nueve a cinco y media? Me lo imaginaba. Yo no soy así y espero que mis empleados tampoco lo sean —sería una lástima perder a alguien que había mostrado posibilidades, pero ya había sido muy tolerante con ella—. Los empleados como Claire, que quieren ascender agresivamente en sus carreras profesionales, trabajan los fines de semana, aunque no quieran, porque entienden las reglas del juego. Las personas que no se dan cuenta de que hay que hacer un sacrificio de vez en cuando si surge algo importante, nunca ganan ese premio. Efectivamente, usted no es directora de ningún departamento y es posible que no quiera hacer una carrera digna de mención…

—¡Sí quiero hacer una carrera profesional! —exclamó ella sonrojándose.

—¿De verdad? Soy todo oídos, porque no lo parece…

Alice, nerviosa, se pasó la lengua por los labios y lo miró fijamente. La inmovilidad de él era desasosegante. Los nervios hacían que empezara a hablar sin ton ni son, pero tenía muy arraigada la costumbre de no hablar de su vida privada y pudo dominarse lo suficiente para esbozar otra de sus sonrisas corteses.

—Por eso dejé mi empleo anterior. Me gustaba, pero Tom, el director de la empresa, iba a pasarle las riendas a su hijo y Tom Junior no era muy partidario de tener mujeres en la empresa, y menos en una empresa de transportes por carretera.

Gabriel ladeó la cabeza. Ella hablaba como una especie de maestra de escuela un poco pedante, pero su forma de defender su postura no había tenido nada de pedante ni de maestra de escuela. Afirmaba que quería hacer una carrera profesional, pero, cuando la había presionado, solo había podido decir algo ambiguo sobre el motivo para dejar la empresa anterior. La mayoría de las mujeres, si les daba la ocasión, le contaban historias interminables sobre ellas mismas, historias que solían estar sesgadas para favorecerlas. Esa, sin embargo… Tenía la sensación de que ella solo decía lo que quería que supieran los demás, él entre ellos. La miró para asimilar su ropa tan insulsa, su figura larga y delgada, su peinado anodino. Sus empleados recibían una generosa asignación para vestimenta. Podían permitirse ropa de marca y eso beneficiaba especialmente a los empleados con un sueldo menos envidiable. Todos, independientemente de la categoría, proyectaban cierta imagen y eso le gustaba. En comparación, ese pequeño gorrión que tenía delante carecía de refinamiento, pero tenía algo…

—Entonces, ¿qué carrera pensaba hacer allí si el pequeño Tommy Junior no hubiese ocupado el puesto de su papá?

Él no respetaba a quienes heredaban una empresa. Había tenido que abrirse camino con uñas y dientes y despreciaba a esos chicos malcriados que habían nacido entre algodones. Era un hombre implacable y le había salido bien, había llegado a donde estaba en ese momento, a hacer exactamente lo que quería.

—Creía que podría reunir dinero para hacer un curso de contabilidad.

Alice pensó con añoranza en el sueño que tuvo de entrar en el mundo de las finanzas. Siempre se le habían dado bien los números y le había parecido un camino lucrativo y gratificante. Sueños que, como había comprobado, tendían a no cumplirse, al menos, los suyos.

—Pero no iba a conseguirlo —siguió ella—. Por eso pensé que entrar en una empresa mayor y más ambiciosa podría ser una buena idea.

—Sin embargo, también creyó necesario comunicarme que su

horario laboral es limitado.

—Mis fines de semana son prioritarios.

Ella empezaba a desear no haber dicho nada. Debería haber bajado la cabeza y pasar por el aro cuando llegara el momento. En cambio, había dado por supuesto cómo dirigía él su empresa y había actuado en consonancia.

—¿Un novio?

—¿Cómo dice?

—Quizá sea un marido, aunque no veo ningún anillo en su dedo.

—Perdone, pero ¿de qué está hablando?

—¿No es normal que un novio acabe imponiendo el horario laboral?

Estaba intrigado por ese descaro para poner condiciones el primer día, como si tuviera algún derecho. También le intrigaba esa sensación de que ocultaba algo, lo cual le parecía muy poco habitual en las mujeres, al menos, en las que él conocía.

—No es el caso, señor Cabrera —contestó ella con rigidez.

—¿No hay un novio?

Ella dudó. Quizá se hubiese precipitado, pero ya que había empezado, podía seguir y ampliar sus condiciones. Él la despediría en el acto, ella volvería a la agencia, donde nadie se sorprendería de verla, y le encontrarían otro empleo con un jefe normal, un horario normal y un entorno normal, pero le pareció poco apetecible.

—También debería mencionar… —se quedó callada al oír su tono tan formal. Tenía veinticinco años y parecía que tenía el doble—. Tampoco me gusta hablar de mi vida privada.

—¿Por qué? ¿Tiene algo que ocultar?

Alice se quedó boquiabierta y Gabriel arqueó las cejas sin hacer nada para romper ese silencio.

—Yo… yo trabajo bien y me lo tomo muy en serio. Si decide conservarme, no se arrepentirá, señor Cabrera. Doy el ciento diez por ciento en todo lo que hago en mi mundo laboral.

Gabriel no dijo nada y se preguntó si también daría el ciento diez por ciento en lo que hacía en ese tiempo libre que protegía con tanta firmeza.

—Los cursos de contabilidad exigen trabajar los fines de semana. ¿Qué haría con esos fines de semana tan valiosos que no puede sacrificar?

—Puedo hacerlo en el tiempo que tengo —contestó ella inmediatamente—. Lo he comprobado. Se me dan bien los números y aprobaría los exámenes.

—Entonces, recuérdeme por qué no entró en ese mundo laboral cuando terminó… los estudios. Mejor dicho, ya que parece aspirar a un empleo permanente conmigo, ¿por qué no me entrega ese currículum que estoy seguro de que le quema en el bolso?

Alice vaciló un segundo y él la miró fijamente y con frialdad. Entonces, sonó su móvil, él miró la pantalla y también dudó un segundo, pero esa vez sonrió mientras cortaba la llamada.

—Le propongo un trato, señorita Morgan.

Él se inclinó sobre la mesa. Ella se sintió abrumada y se echó hacia atrás con la respiración acelerada mientras se miraban a los ojos. Súbitamente, sintió cada centímetro de su cuerpo, como no le había pasado jamás. Se sintió dominada por una oleada abrasadora, tenía los pechos sensibles y la piel tensa. Tomó una bocanada de aire y se dijo que tenía que sofocar esas reacciones si quería trabajar con él. Quizá le desagradara ese hombre, pero no podía permitir que ese desagrado dominara sus reacciones.

—¿Cuál? —dijo ella alegrándose de que la voz le hubiese salido firme y serena.

—Voy a leer su currículum y, siempre que no vislumbre alguna mentirijilla y que pueda comprobar sus referencias, le ofreceré un empleo permanente conmigo.

—¿Lo hará?

—Haré el esfuerzo. Al fin y al cabo, hay que predicar con el ejemplo. Le ofreceré la oportunidad de que haga ese curso de contabilidad que quiere hacer.

—¿De verdad?

La cabeza le daba vueltas, pero, sobre todo, pensaba que la vida podía estar avanzando por fin, que quizá pudiera tener suficiente dinero para ahorrar un poco…

—Y, naturalmente, no se le exigirá que sacrifique sus fines de semana salvo que sea inevitable. A cambio…

—Comprobará que puedo con todo lo que me pida.

—En ese caso… —él tomó el teléfono de la mesa de ella y marcó un número—. Usted comprobará que algunas veces tendrá que intervenir en mi vida personal, señorita Morgan —le entregó el teléfono a ella—. No voy a volver a hablar con esta mujer en concreto. Es posible que usted pueda dejárselo claro y así veremos si realmente puede con todo lo que le pida.

Capítulo 2

Gabriel se fue a su despacho y cerró la puerta. Se sentía complacido por haber contratado a esa mujer en el acto. Normalmente, algo tan trivial habría quedado en manos del departamento de Personal, pero le había parecido un impulso acertado. Llevado por ese impulso, también llamó a la empresa donde había trabajado ella y habló cinco minutos con el jefe, quien le dio unas referencias inmejorables.

Había tenido una ristra interminable de secretarias relativamente competentes. Todas habían sido atractivas, pero ¿qué tenía eso de malo? Incluso, algunas podrían haber sido aptas para lo que él quería si no hubiesen acabado siendo fastidiosas. Miradas, ofertas para quedarse trabajando todo el tiempo que él quisiera, faldas que parecían acortarse y camisetas que se ceñían más cada día que pasaba… Todo ello acababa siendo bastante enojoso.

Se preguntó cómo estaría lidiando la nueva con la última mujer que él había apartado de su vida y esbozó una sonrisa al imaginarse su desaprobación inflexible. Georgia había sido apasionante al principio. Había sido entusiasta e imaginativa en la cama y, lo que era más importante, había parecido que aceptaba la regla básica de toda relación con él, que se olvidara de buscar una relación a largo plazo. Entonces, ¿por qué se había cansado de ella? Había hecho todo lo posible para complacerlo y ¿qué hombre no quería a una mujer dispuesta a hacer cualquier cosa por él? Se preguntó si en su vida no habría demasiadas mujeres sexys y voluptuosas cuyo vocabulario se reducía casi exclusivamente a la palabra «sí». Llevaba una vida sometida a muchas presiones y la palabra «sí» siempre había sido un alivio. Aunque la última…

Ojeó el informe que tenía delante y vio que podía absorber otra empresa que le permitiría introducir en Europa ciertos aspectos de una de sus empresas tecnológicas. En un momento de introspección poco habitual, se felicitó sombríamente por el trayecto que había recorrido desde la casa de adopción hasta haber llegado a gobernar el mundo. Estaba seguro de que había sentido más placer en el pasado, cuando reflexionaba muy de vez en cuando sobre sus logros. Había empezado en el parqué cuando era un chico de los recados de dieciséis años con una capacidad extraordinaria para interpretar los mercados y predecir tendencias. Su primera emoción verdadera la sintió cuando aquellos hombres de acento impecable y posesiones en el campo empezaron a

tomarlo en serio. Empezaron a requerirlo y él, con el instinto de alguien que procedía del lado equivocado de la vida y que era voraz y ambicioso, aprendió a utilizar implacablemente sus talentos y a encauzarlos. Aprendió cuándo podía transmitir información y cuándo tenía que reservársela. Aprendió que el dinero daba poder y que el poder le permitía no tener que hacer lo que le dijeran los demás. Se convirtió en un hombre que daba órdenes y eso le gustaba. Tenía treinta y dos años y era intocable.

Llamaron a la puerta con firmeza y volvió a la realidad. Se dejó caer sobre el respaldo y le dijo que entrara. Alice entró en el despacho pensando que por eso nunca le gustaría ese hombre. Había llamado a un número, le había dejado el teléfono y, a juzgar por la conversación que había tenido con Georgia, él era el tipo de playboy impenitente que ella despreciaba. Sin embargo, iba a tener ese empleo y no iba a permitir que ese escollo se lo estropeara. Había aceptado su condición de conservar los fines de semana y la había contratado sin someterla a las entrevistas habituales. Tenía la sensación de que eso era excepcional en él y ella podía ceder un poco. Sin embargo, se sentó en la silla con un gesto de desaprobación implacable.

—He supuesto que querría verme para saber qué tal ha ido mi conversación con su novia.

—Exnovia. Ese era el objetivo de la conversación. Quería que ella supiera cómo están las cosas —Alice irradiaba una censura palpable—. He hablado con su exjefe. Parece un hombre agradable. Supongo que nunca le pidió que tuviera una incómoda conversación con una de sus examantes.

¿Estaba siendo premeditadamente provocativo? La intensidad indolente de su mirada y su media sonrisa hicieron que la sangre se le subiera a la cabeza, que se cerrara un poco más la chaqueta y que se sentara más recta. Tenía las piernas cruzadas y rígidas como tablas, aunque sentía un cosquilleo en la pelvis que prefirió pasar por alto para centrarse en lo mucho que le disgustaba su jefe nuevo. Sería impresionantemente guapo, pero su personalidad la dejaba fría y eso, en cierto modo, favorecería una excelente relación laboral. Había vislumbrado, después de la conversación con Georgia, que el problema con las secretarias anteriores había sido que todas se habían encaprichado de él.

—¡No puedo creerme que haya utilizado a una de sus secretarias para que le haga el trabajo sucio! —había gritado Georgia—. Si tú eres como la otra, si crees que vas a atraparlo por enseñarle los melones, ¡estás muy equivocada! No le gusta mezclar el trabajo y el placer. ¡Él me lo dijo!

Georgia había durado dos meses y diez días. ¿Era esa la duración media de sus relaciones con una mujer? Unos pensamientos que solía

tener muy enterrados surgieron a la superficie y se acordó de su padre, de los años que había pasado observando que él no volvía a casa, que no disimulaba que había estado con otra, que no podía ocultar que quería acabar con ese matrimonio pero no podía permitírselo. Apartó de su cabeza esos recuerdos y volvió al presente.

—Tom está felizmente casado —replicó ella—. Efectivamente, no tuve que llamar a otras mujeres.

Quiso añadir que, además, él debería hacer sus propias llamadas telefónicas.

—A juzgar por su expresión, adivino que no estoy ganando un concurso de popularidad.

¿Acaso le importaba? No, pero, si iban a trabajar juntos, tampoco tenía sentido fingir que era un santo. Ella conocería pronto a las mujeres que entraban y salían de su vida. Tendría que acostumbrarse a esquivar algunas llamadas incómodas y, si sus principios no se lo permitían, él quería saberlo en ese momento.

—Ella estaba muy molesta.

Alice intentó no parecer crítica porque su vida privada no era de su incumbencia. Si a él no le importaba a quién se la contaba, eso era asunto de él. Aun así, no podía evitar la sensación de que tenía algunos aspectos que no transmitía a nadie. Era algo velado que tenía en los ojos y que desmentía la imagen de un hombre que ponía todas las cartas sobre la mesa. Le daba igual que ella lo supiera todo sobre sus mujeres, pero no le daban igual otras cosas que ella sospechaba que se guardaba para sí mismo. Aunque tampoco había que ser un genio para adivinar que un hombre que había llegado a lo más alto no sería completamente transparente. Sería de los que solo transmitían lo que querían y si le beneficiaba de alguna manera.

—No lo entiendo —replicó él—. Ya le había dicho que iba a cortar nuestra relación. Desgraciadamente, me parece que a Georgia la costaba aceptar una ruptura.

—¿Suele delegar las conversaciones complicadas en sus secretarias?

El tono crítico de su voz debería haberlo alterado, pero no lo hizo. Por una vez, estaba con una mujer que, al parecer, no iba a encapricharse de él. Ella tampoco era su tipo. Le gustaban bajas y con abundantes… encantos. Las puntillosas y desafiantes no le servían, le suponían un esfuerzo que no le gustaba hacer.

—No ha surgido la oportunidad durante los últimos meses —contestó él.

Ella dedujo que tampoco habría surgido en ese momento si él no hubiese querido ponerla a prueba. Quizá hubiese pensado que era demasiado melindrosa. No hacía falta que lo dijera para que ella supiera que era lo que estaba pensando y eso le irritaba, aunque también sabía que, efectivamente, se tomaba la vida en serio. No

había tenido muchas posibilidades de desarrollar un lado frívolo cuando se había pasado casi toda su juventud ayudando a su madre para que superara los innumerables ataques por las indiscreciones de su padre. Pamela Morgan nunca tuvo fuerza para enfrentarse a su autoritario y mujeriego marido y buscaba el apoyo moral en ella. Cuando Rex Morgan murió en un accidente de coche, su esposa ya se había convertido en una sombra de la chica que se casó con él con la esperanza de vivir una vida feliz.

Sus propios sueños quedaron en suspenso y, cuando miraba atrás, veía que había pasado la adolescencia poniendo los cimientos de la persona que sería más tarde: reservada, cauta y sin la alegría despreocupada que podría haber tenido en otras circunstancias. Su única experiencia con un hombre solo había servido para que aprendiera que no se podía pensar que lo bueno estaba cantado.

—¿Desea que haga algo más? ¿A qué hora cree que vendrá mañana? No conozco su agenda.

—Tengo la agenda en el móvil. Se la mandaré por correo electrónico. Mañana… Supongo que vendré a la hora habitual. Luego, tendré que irme tres días. ¿Cree que podrá apañarse sola?

—Como ya le he dicho, señor Cabrera, haré todo lo posible para hacer lo que me pida.

Tres semanas más tarde, mientras viajaba en el metro, Alice pensó que fuera lo que fuese lo que le pedían, era muy estimulante porque disfrutaba mucho con su trabajo. Se levantaba temprano de un salto y con impaciencia por afrontar el trabajo que la esperaba y las responsabilidades que iban dándole poco a poco. Estaban poniéndole a prueba el cerebro de todas las maneras posibles. Era la responsable de tres grandes cuentas, se había matriculado en el curso de contabilidad y, comparativamente, le pagaban una pequeña fortuna. Era asombroso si tenía en cuenta que censuraba mucho de lo que hacía Gabriel. Censuraba que fuese un mujeriego descarado; censuraba cómo tomaba amantes y se deshacía de ellas. Él no disimulaba que era tan implacable en la vida privada como en la laboral. Censuraba que tuviese la certeza absoluta de que conseguiría todo lo que quisiera. Censuraba que todas sus empleadas, casi sin excepción, cayeran de rodillas cuando él se dignaba a dirigirles la palabra. Censuraba su vanidad.

Todos los días tenía que filtrar llamadas de mujeres que querían hablar con él y que, a juzgar por el tono de sus voces, no querían limitarse a hablar. Censuraba todo eso. Él no tenía que tantear cuando se trataba del sexo opuesto y no lo hacía. Lo perseguían y, cuando le apetecía, aceptaba la oferta de una de las perseguidoras y establecía

algo que no podía llamarse una relación. Era vago… pero impresionante. Se detuvo un instante para abrirse paso entre la multitud.

No iba a negar que tenía esas facciones fuertes y agresivas grabadas en la cabeza. Pensaba en él mucho más de lo que le gustaría, pero se justificaba diciéndose que era apasionante trabajar para él y que todavía no había tenido tiempo de acostumbrarse a él, que por eso sabía lo largas que eran sus pestañas y que podían ocultar la expresión de sus ojos, que por eso sabía que en cuanto él entraba en el despacho irradiando fuerza y vitalidad, se remangaba la camisa, pasaba a su lado y le pedía el café. No creía que él se fijara en ella. Ella era su secretaria supereficiente que hacía lo que le decían a la velocidad de la luz. Él ni siquiera la miraba durante mucho tiempo.

Aceleró el paso enojada por haberse permitido pensar en algo prohibido. No se fijaba en ella porque no era su tipo. Su tipo era… No, tampoco iba a empezar a hacer conjeturas. Se dirigió hacia el ascensor. No eran las ocho todavía y habría poca gente en las tres plantas que ocupaba su empresa. Sintió emoción mientras salía del ascensor. Iba dándole vueltas en la cabeza a lo que tenía que hacer cuando entró en su despacho, pero no había esperado ver a dos personas discutiendo en el despacho de Gabriel. Él tenía el rostro sombrío por la rabia y hablaba con una voz baja y amenazante. La mujer, por otro lado… Debería intervenir, debería intentar encauzar la situación porque era una versión aumentada de lo que había tenido que hacer alguna vez por teléfono. A él no parecía importarle si las mujeres lo perseguían o no, pero mantenía unos límites estrictos entre el trabajo y el placer. Evidentemente, una desdichada no había hecho caso de esos límites y estaba pagándolo.

¿Acaso no se lo tenía merecido él? No sabía quién era esa mujer, pero ¿por qué no iba a resolver la situación él solo? Que tuviese todo el dinero y poder del mundo no significaba que pudiese adoptar la solución más fácil en situaciones que había creado él con las mujeres.

Se quitó tranquilamente el abrigo liviano y lo colgó en el armario de puertas correderas. Se preparó una taza de café, se sentó y encendió el ordenador. Sin embargo, no podía concentrarse. Sus ojos se desviaban de la pantalla del ordenador a la escena que estaba representándose detrás de la puerta de Gabriel. Aun así, dio un respingo cuando la puerta se abrió bruscamente y salió una mujer con una melena oscura que le llegaba hasta la cintura y una piel blanca como la porcelana. El vestido rojo era como una segunda piel, los tacones daban vértigo y llevaba una chaqueta de cuadros rosas y negros colgada del hombro. Parecía furiosa y se detuvo lo justo para mirarla con los ojos empañados por las lágrimas.

—¡Es un cerdo! —miró por encima del hombro a Gabriel, quien las

observaba fríamente, y volvió a mirarla a ella—. Pero, al menos, esta vez no tiene a una de esas muñequitas trabajando para él.

—Georgia…

La voz de Gabriel silenció lo que prometía ser una perorata. Él lo dijo en un tono tan amenazante que Alice sintió lástima por esa pobre mujer.

—Si no te largas inmediatamente, llamaré a seguridad y te expulsarán. Y tú… —Gabriel se dirigió a ella—. Acompaña a Georgia fuera del edificio y luego ven a mi despacho.

Ella casi ni se enteró de todo lo que dijo Georgia en el ascensor. La diminuta morena estaba enfadada y humillada porque nunca la habían dejado. Los hombres la perseguían y era ella quien elegía y los dejaba.

—Bueno, al menos tú estarás a salvo —le dijo Georgia antes de marcharse—. Gabriel nunca se fijaría en alguien como tú. Dile de mi parte que espero que se pudra en el infierno.

Todo el valor que le permitió quedarse en su despacho hacía veinte minutos se había evaporado cuando volvió. Aun así, no pensaba disculparse por no haber intervenido. Con un poco de suerte, él pasaría por alto el incidente y la jornada empezaría como siempre, a tope.

—¿Puede saberse a qué estabas jugando? —le preguntó él en cuanto entró en su despacho.

—¿Cómo dices?

Él rodeó la mesa para apoyarse en el borde y mirarla desde lo alto con una expresión sombría.

—¡No me mires como si no hubieses roto un plato en tu vida! He visto que te escabullías en tu despacho y te escondías detrás del ordenador.

—No me he escabullido en mi despacho, Gabriel…

Le costaba llamarlo por su nombre de pila, pero, al cabo de tres días, él había decidido que dejara de llamarlo señor Cabrera y que lo llamara Gabriel. Era uno de esos nombres que le costaba decir, era demasiado… sexy.

—Tampoco me escondí detrás de mi ordenador —añadió ella con firmeza.

—Hiciste las dos cosas. Sabías que estaba atrapado con esa mujer, pero en vez de ofrecerte a acompañarla a la calle, te pusiste a cubierto y observaste desde detrás del parapeto.

—¿«Esa mujer…»?

—No estoy de humor para que me sermonees —replicó él mirándola con enojo.

—No sabía que te hubiese sermoneado.

—¡No hace falta! ¡Sé exactamente lo que pasa por tu cabeza aunque no lo digas!

Alice no dijo nada. La cercanía de él la abrumaba. Si lo miraba a la cara, el brillo de sus ojos oscuros la desasosegaba, pero, si miraba más abajo, a los musculosos muslos cubiertos por la fina tela de los pantalones, eso la desasosegaba todavía más. Casi podía oír los latidos de su corazón y el rugido de la sangre en los oídos. Él nunca invadía su espacio de esa manera y ella no tenía recursos para aguantar el impacto que tenía en su sistema nervioso.

—Explícame ese comentario.

Alice deseaba que él diera por terminada esa conversación porque empezaba a ponerse un poco personal y eso era algo que él había eludido cuidadosamente durante las últimas tres semanas. Ni siquiera le había preguntado cómo había pasado los fines de semana.

—¿Qué comentario? —preguntó ella con cautela.

Él le dirigió otra de esas miradas penetrantes que parecían indicar que sabía perfectamente que estaba intentando esquivar la conversación.

—Deberías intentar dejar de hacer eso —murmuró él con delicadeza.

Fue como si le hubiese acariciado la piel con una pluma. La indolencia de su voz era más desconcertante todavía que el impacto de su imponente presencia tan cerca de ella.

—¿No vas a preguntarme qué quiero decir? —inquirió Gabriel. Ella intentó no hacer caso de las chispas que sentía por todo el cuerpo—. No, claro que no, pero te lo diré de todas formas. No deberías eludir una pregunta directa. Hace que me empeñe más en sacarte una respuesta convincente. No hay nada tan desafiante para mí como que me arrojen un guante, y tu silencio es como ese guante.

Normalmente, no le gustaban los desafíos cuando se trataba de mujeres, pero ese le encantaba.

Alice hizo acopio de fuerzas y lo miró directamente.

—Creo que no es muy considerado por tu parte expulsar a tu examante del edificio porque se ha enfadado contigo.

Ella podría haber dicho mucho más sobre el asunto, pero prefirió callárselo.

—No fue muy considerado por parte de mi examante venir a mi despacho para echarme la bronca.

Él se incorporó, dio la vuelta a la habitación y volvió a mirarla fijamente con las manos en los bolsillos.

—No creo que esa fuese su intención —replicó ella con calma—. No creo que viniera dispuesta a tener una bronca contigo. Creo que, si hubiese querido eso, habría podido hacerlo por teléfono sin exponerse a la humillación de que la expulsaran del edificio como a una delincuente.

—Sin embargo, si hubiese llamado por teléfono, habría tenido que

pasar por el filtro de mi fiel y supereficiente secretaria, ¿no? Es posible que sintiera la necesidad de soltar la presión, ¿no te parece? —preguntó él inclinándose con las manos en la mesa de ella.

Ella se encogió de hombros y sus miradas de encontraron durante unos segundos. Se le secó la boca y fue como si el cerebro se le hubiese parado completamente.

—¿Alguna vez has sentido eso, Alice?

—¿Sentir qué? —preguntó ella con un hilo de voz.

—Un arrebato de pasión que hace que te comportes irracionalmente.

—Prefiero confiar en la lógica y el razonamiento —consiguió decir ella.

—Eso es un «no»…

—Te recuerdo… —ella estuvo a punto de ser impertinente porque él estaba haciendo que se sintiera incómoda y estaba disfrutando—. Cuando acepté este empleo, te dije que no quiero hablar de mi vida privada.

—¿Estábamos hablando de tu vida privada?

Él se incorporó otra vez y se planteó si abandonaba esa conversación, pero decidió no hacerlo. La inoportuna visita de Georgia lo había alterado y desahogarse con su secretaria estaba pareciéndole curiosamente placentero. Casi nunca se desahogaba. Llevaba una vida muy controlada y tenía muy pocos motivos para hacerlo. Además, tenía que reconocer que, si Alice no hubiese estado allí, y no hubiese sido su secretaria, no habría estado tentado. Sin embargo, ¿por qué iba a negarlo? Ella despertaba su curiosidad. Era tan contenida, tan reservada mientras daba la impresión de ser franca y abierta, tan poco dada a contar la más mínima confidencia, como lo que hacía en esos fines de semana sagrados para ella… Se apostaría toda su fortuna a que no hacía nada y se preguntó si su curiosidad se debía solo a que ella no lo contaba. Cuando se podía tener todo, hasta los pensamientos y sentimientos de las personas, ¿qué precio tenía una persona que lo ocultaba todo?

—Es posible que te parezca bien tratar a las mujeres como las tratas, pero todo el mundo tiene una historia y no puedes saber los efectos secundarios de lo que haces.

Él la miró con los ojos entrecerrados y ella supo que estaba roja como un tomate y furiosa con él por haberle provocado un arrebato improcedente.

—¿Efectos secundarios…? —preguntó él pensativamente.

—Me disculpo. No debería haber dicho… nada —replicó ella con una sonrisa muy leve.

—Trabajamos muy unidos —murmuró él—. Deberías poder decir siempre lo que piensas.

—Te gusta que las mujeres digan lo que piensan, ¿verdad?

Alice lo preguntó en tono punzante y él la recompensó con una de esas sonrisas tan escasas que la dejaban sin respiración.

—*Touché*. De vez en cuando puedo ser un poco tedioso, pero también es verdad que no suelo animar a las mujeres con las que salgo a que expresen lo que piensan.

Ella estuvo tentada de preguntarle por qué y no se atrevió a mirarlo para que no pudiera saber lo que estaba pensando. Además, ya sabía el motivo. ¿Por qué iba a tomarse la molestia si podía conseguir lo que quería sin ningún esfuerzo? Las personas acababan siendo como las habían moldeado las circunstancias y, fueran cuales fuesen las circunstancias que habían moldeado a Gabriel Cabrera, él ya no se tomaba molestias.

—¿Qué les animas a hacer? —preguntó ella sin poder resistir la curiosidad.

—Nada —contestó él con una sonrisa de satisfacción—. Ahora que hemos sondeado lo más profundo de mi mente, ¿por qué no hacemos algo productivo?

Eran casi las seis cuando ella acabó. Él se había pasado casi todo el día en reuniones y ella había podido sofocar la inquietante sensación que había aflorado durante su conversación, cuando él traspasó los límites como si quisiera encontrar un resquicio por donde entrar en ella.

Empezó a recoger la mesa y no pudo evitar sonreír. Él no quería saber nada de ella ni buscar fisuras en su coraza. Disfrutaba forzando los límites porque era su forma de ser, y, si esos límites la rodeaban a ella, los forzaría si le apetecía. Ella no le interesaba como mujer. Pensó en Georgia y supuso que ella era el tipo de mujer que le interesaba. Los hombres siempre buscaban el mismo tipo, ¿no?

Una imagen de Alan se le presentó de repente en la cabeza. Alan era rubio y con los ojos marrones, y la había cambiado por una mujer que no era muy distinta a la ex de su jefe. Flora también era baja y con curvas. No era tan impresionante y, probablemente, tampoco estaba tan segura del poder que tenía sobre los hombres, pero, en general, era bastante parecida.

—Estás sonriendo.

Ella no se había dado cuenta de que él había entrado mientras se ponía la chaqueta y se sonrojó dando un respingo.

—La semana ya casi ha terminado —contestó ella automáticamente.

Sin embargo, los días laborables eran más tranquilos que los fines de semana, cuando tenía que hacer largos viajes para visitar a su madre.

—¿Tan terrible es trabajar para mí?

A ella le había concedido la misma asignación para ropa que a los demás empleados, pero ella seguía llevando los mismos trajes insulsos. Sus empleados elegían distintos tonos de negro, pero los trajes de ella, aunque cumplían con el color, parecían no encajar. Lo pensó unos segundos, frunció el ceño y se olvidó.

—Claro que no. En realidad, me… me encanta.

Él se hallaba apoyado en el marco de la puerta y estaba tan impresionante al final de la jornada como al principio.

—Me alegro, porque no te he hecho ningún tipo de evaluación.

Ella dudó que hubiese hecho alguna evaluación en su vida. Si un empleado no se adaptaba, lo despedía sin más.

—También es verdad que no tengo la costumbre de hacer evaluaciones a mis secretarias —añadió él como si le hubiese leído el pensamiento con una precisión desasosegante.

—¿Será porque, normalmente, te duran dos minutos?

Él se rio y ella sintió una oleada de placer, que aumentó cuando él la miró con agrado.

—Algo así —murmuró él—. Sería absurdo hacerles una evaluación cuando ya tienen un pie fuera.

—Bueno…

Él le bloqueaba el camino y se sintió inquieta. Ella era alta, pero él era bastante más alto todavía.

—Claro, ya vas a marcharte. ¿Por eso sonreías?

—¿Cómo dices?

—¿Sonreías porque tienes algún plan para esta noche?

Si él supiera que sonreía porque había sido tan idiota que había llegado a pensar que él podía fijarse en ella… Los planes de él eran ir al teatro, a cenar a uno de los restaurantes más exclusivos de Londres y luego… Sintió un calor abrasador cuando pensó en acostarse con el hombre que tenía delante después de cenar, en sus manos acariciándola, en su boca recorriéndole el cuerpo, en esa voz susurrándole al oído… Se derritió entre las piernas y un anhelo desconocido se adueñó de ella. No podía moverse. Sus piernas parecían bloques de cemento que la pegaban al suelo mientras su imaginación volaba en direcciones prohibidas. Además, podía notar esos ojos oscuros clavados en ella.

—Tengo que irme —contestó ella en tono tenso.

Fue a apartarlo, pero el calor abrasador se reavivó dentro de ella impidiéndole que recuperara la compostura. ¡Era un hombre al que podía respetar, pero no le gustaba! ¡Un hombre al que podía admirar por su brillantez mientras se mantuviese fría y alejada de él!

Salió del despacho y empezó a correr.

Capítulo 3

Se despertó sobresaltada. Había soñado que perseguía a Gabriel por un pasillo interminable mientras él la miraba de vez en cuando por encima del hombro sin dejar de correr. En el sueño, no sabía qué había al final del pasillo, pero estaba dominada por una sensación aterradora. Quería detenerse, pero una fuerza más poderosa que ella la obligaba a seguir.

Estaba sudorosa y desorientada. Tardó unos segundos en darse cuenta de que el móvil estaba sonando. No sonaba el despertador, sino una llamada.

—Perfecto. Estás despierta.

Todavía aturdida por el sueño, la voz de Gabriel fue como un jarro de agua fría. Se sentó en la cama, miró el reloj y vio que no eran ni las seis y media.

—¿Eres Gabriel?

—¿Cuántas llamadas de hombres recibes a esta hora de la mañana? No, no contestes.

—¿Qué le pasa a tu voz?

Era la primera vez que la llamaba a casa y miró alrededor como si temiera que fuese a aparecer. Afortunadamente, su pequeño dormitorio seguía como siempre. Era una habitación pasable en una casa pequeña y sin interés cuya única ventaja era que estaba cerca del metro. Lucy, su compañera de casa, podía seguir dormida en el dormitorio de al lado.

—Creo que estoy enfermo.

—¿Estás enfermo?

La idea de que Gabriel estuviese enfermo era casi inconcebible y sintió un arrebato de pánico. Fuera lo que fuese, tenía que ser grave. Él no era de los que caían por un virus, era demasiado fuerte. No podía imaginarse que hubiese un solo virus que se atreviese a atacarlo.

—¿Qué te pasa? —siguió ella—. ¿Has llamado al médico?

—Claro que no.

—¿Qué quieres decir con «claro que no»?

—¿Estás vestida?

Su tono impaciente se abrió paso entre su preocupación y se miró al espejo que había en el tocador. Estaba adormilada, con el pelo lacio por todos lados y la camiseta amplia que usaba para dormir se le había bajado por un hombro y dejaba ver un pecho. Se lo tapó y se

dejó caer sobre la almohada.

—Gabriel, el despertador no me suena hasta dentro de cuarenta y cinco minutos.

—Entonces, apágalo y levántate.

—¿Qué pasa?

—Me duelen la garganta y la cabeza y tengo fiebre. Tengo gripe.

—¿Me has llamado a la seis y veinte para decirme que tienes un resfriado?

—Creo que comprobarás que tengo algo más grave que un resfriado. Tienes que ir a mi despacho y traerme las dos carpetas que hay en mi mesa. No tengo toda la información en el ordenador.

Había trabajado con él lo suficiente como para saber que daba órdenes sabiendo que no iban a discutírselas, pero seguía indignada porque la había despertado para… ¿Para qué?

—¿Que lleve las carpetas?

—Sí, a mi casa. Tráete también tu ordenador. Tendrás que trabajar aquí. No es lo ideal, pero es lo único que se me ocurre. Hoy no puedo ir a la oficina.

—Gabriel, si estás mal, puedes tomarte el día libre. Si me dices lo que quieres que haga, puedo hacerlo en la oficina, escanear los documentos y mandártelos por correo electrónico.

—Si quisiera que hicieses eso, te lo habría dicho. Además, no puedo seguir hablando indefinidamente. Tengo la garganta infectada. Si vas ahora a la oficina, podrás estar conmigo dentro de hora y media. ¿Tienes un bolígrafo a mano? Tendrás que escribir mi dirección. Por lo que más quieras, toma un taxi, Alice. Sé que te encanta el transporte público, pero tenemos que hacer muchas cosas y no estaré levantado hasta mucho después de las seis y… Es absurdo. Hace años que no me pongo enfermo. Has tenido que contagiarme tú.

—¡Yo no te he contagiado nada! Estoy sana como un roble.

—Me alegro, porque hoy tienes que hacer muchas cosas. Voy a darte mi dirección.

Escribió la dirección, escuchó mientras él le daba más órdenes… y se cortó la llamada.

No tuvo tiempo para desayunar. Podría haber comido algo, pero, por algún motivo incomprensible, se dio una ducha a toda velocidad, se vistió a toda velocidad y se dirigió hacia el metro a toda velocidad, pero paró un taxi porque notaba esos ojos oscuros clavados en ella desde donde él estuviese. Era un hombre insoportable. Le daba igual las molestias que causaba a los demás. Se creía con el derecho divino de alterar los planes de cualquiera y luego se limitaba a encogerse de hombros y a desdeñar cualquier queja porque, al fin y al cabo, les pagaba un salario cuantioso. Era inteligente, hacía lo que quería y ¿por qué no iban a querer los demás seguir su ejemplo?

Llegó a su casa en menos de una hora y entonces fue cuando su sistema nervioso se activó. Era un territorio desconocido. ¿Había ido alguien de la oficina a su casa? Las fiestas de la empresa se organizaban en restaurantes u otros establecimientos caros y él no era el tipo de jefe que celebraba reuniones en su casa para que sus empleados estrecharan lazos.

Miró la impresionante fachada georgiana y dudó. No sabía qué había esperado. Algo menos grandioso, como un ático, por ejemplo. Al fin y al cabo, estaba solo, ¿para qué quería una mansión londinense aunque tuviese todo el dinero del mundo? Allí de pie, con su pequeño bolso y el maletín con el ordenador y las carpetas, se sentía como si pudiesen detenerla en cualquier momento por el delito de desentonar. Tomó aliento y llamó al timbre del telefonillo.

—Te abro. Me encontrarás arriba —contestó él con la voz ronca.

—¿Dónde…?

Sin embargo, la puerta se abrió y supuso que tendría que encontrarlo como pudiera. Miró alrededor con el corazón desbocado. El vestíbulo era enorme, casi tan grande como toda su casa compartida. El suelo de baldosas estaba cubierto por una alfombra persa y enfrente había una escalera que se curvaba elegantemente. ¿Qué hacía él arriba? ¿Tenía allí el despacho? Se alisó la falda con las manos sudorosas. Podría haberse puesto unos vaqueros y una camiseta, ya que no estaban en la oficina, pero no lo había hecho. Se había vestido como siempre, con una falda negra, una blusa blanca de manga corta y la chaqueta negra.

Le costó encontrarlo más de lo que podía haberse imaginado porque la casa era inmensa. Se dividía en tres pisos con miles de habitaciones a ambos lados de la escalera. Asomó la cabeza en dos salas y varios dormitorios antes de dar con el acertado, que se hallaba al fondo de un pasillo. La puerta estaba entreabierta y vislumbró una cama con la colcha arrugada. Llamó tímidamente.

—¡Ya era hora! ¿Cuánto se tarda en encontrar una habitación en una casa?

Gabriel estaba reclinado en la cama, destapado, con una bata negra, con parte del pecho y las piernas visibles y con el pelo despeinado. Tenía el ordenador al lado y, evidentemente, había estado trabajando. Ella miró hacia otro lado y sintió una opresión en el pecho, como si estuviese a punto de sufrir un ataque de pánico.

—¿Vamos a… a trabajar aquí?

—Entra de una vez. ¿Dónde te parece que trabajemos?

—He visto un despacho…

—No puedo levantarme de la cama. Estoy enfermo.

Que él recordara, era la primera vez que estaba en la cama y que una mujer lo miraba como si no quisiera estar allí por nada del

mundo.

—Además —siguió él señalando un sofá y una mesita—, no es un dormitorio, es una suite. ¿Te sientes incómoda, Alice?

—Claro que no —sin embargo, él tenía un brillo malicioso en los ojos que sí hacía que se sintiera incómoda—. Solo creo que sería más adecuado que estuviésemos en un despacho.

—¿Por qué? Tengo todo lo que necesito. ¿Dónde están las carpetas? ¡Siéntate, por lo que más quieras! ¿Cómo vas a trabajar si te quedas en la puerta?

Él se movió con impaciencia y ella tragó saliva cuando su pecho de color bronce se destapó más. Debería llevar un traje. Se respiraba una intimidad que hacía que se moviese con rigidez, que apretara los labios y que agarrara con todas sus fuerzas el maletín que había llevado. Se sentía incómoda con la falda negra hasta las rodillas y las medias negras le picaban en los muslos.

—¿Has… has tomado algo para el resfriado? —preguntó ella mientras se sentaba en el sofá intentando no mirarlo ni mirar hacia otro lado—. Para la gripe, quiero decir.

—Claro que no.

—¿Por qué?

—¿De qué iba a servir? Tengo que pasarla y nada más.

—Te traeré paracetamol.

—Te quedarás donde estás y empezaremos a repasar el asunto Dickson.

—¿Dónde está el botiquín?

—No tengo.

Alice se levantó, se acercó a la cama y lo miró con los brazos cruzados.

—Tienes un aspecto espantoso.

—Vaya, por fin te das cuenta de que estoy gravemente enfermo.

—Tienes un aspecto espantoso porque te niegas a hacer algo. No estás gravemente enfermo, Gabriel. Tienes un resfriado primaveral. No estás acostumbrado a sentirte mal.

—¿Qué quieres decir con que me niego a hacer algo? ¡Eres una mujer! ¿No tienes compasión? ¿Sabes cuántas mujeres matarían por tener la posibilidad de cocinarme algo para demostrar que son diosas domésticas y enfermeras ejemplares?

—En ese caso… —ella le entregó el móvil de él—. Por favor, llama a cualquiera de ellas. Estaré encantada de que me sustituya.

—¡Siéntate! —bramó él antes de que le diera un ataque de tos.

Alice lo miró sin inmutarse y divertida porque su todopoderoso jefe había perdido el dominio de sí mismo por un vulgar resfriado. Podía ser vulnerable y estaba demostrándole a ella que podía ser irritable y desesperante de una forma muy humana y… ridículamente

entrañable.

—Tengo unos comprimidos en el bolso. Traeré un vaso de agua y te los tomarás. Es posible que no te curen el resfriado, pero te aliviarán los síntomas.

—¿Eso incluye mi fiebre abrasadora? Tócame si no me crees.

Alice suspiró, le tocó la frente y sintió un anhelo palpitante que la alteró un par de segundos.

—Tienes un poco de fiebre.

Ella retiró la mano y se la frotó disimuladamente en la falda para intentar librarse de la descarga eléctrica que había brotado entre ellos. ¿Por qué? Le disgustaba tanto como la primera vez que lo vio. Efectivamente, trabajaban bien juntos y quizá no fuese ese hombre unidimensional que ella había creído, pero ¿por qué se alteraba tanto en cuanto estaban cerca? Era aterrador pensar que podía haber caído en la misma trampa que las demás secretarias. Desechó la idea inmediatamente. Él era increíblemente guapo y ella era humana, pero podía sofocar sin ninguna dificultad cualquier reacción que él le provocara. Sin embargo, tener que sentarse en la misma habitación que él cuando estaba tan… indecentemente poco vestido…

Fue al cuarto de baño del dormitorio, no hizo caso de la toalla húmeda que colgaba del toallero caliente, y volvió con un vaso de agua del grifo y los comprimidos que había sacado del bolso.

—Tómatelos.

—Eres increíblemente mandona —comentó él, aunque se tomó los comprimidos con un sorbo de agua—. Ese no es un rasgo nada femenino.

—No estoy aquí para ser femenina —replicó ella sonrojada y con rabia—. Estoy aquí para trabajar con unos documentos que no podían esperar hasta la semana que viene. Ya tienes un montón de amiguitas que pueden distraerte con sus argucias femeninas.

—En estos momentos, no quiero saber nada de… amiguitas. Aunque ya deberías saberlo porque tú eres la encargada de hacer las reservas cuando voy con ellas.

Había hecho una reserva para la ópera, pero él acababa de romper la relación con Georgia y quizá no quisiera meterse en otra relación con una mujer. La ópera para dos…

—¿Qué pasó con tu acompañante para la ópera?

Ella se dejó arrastrar por la desagradable idea de que la vida estaba pasando de largo mientras ella esperaba algo. Nunca se había sentido así. Se había conformado con la rutina y había aceptado que, si bien las cosas no habían sido como ella había planeado, también podrían haber sido peores. ¿Esa vitalidad abrumadora de Gabriel era lo que hacía que se sintiera aletargada en comparación? ¿Sería que era la sosa que estaba detrás del ordenador y que reservaba entretenimientos

apasionantes para mujeres apasionantes?

—Resultó que no tenía lo que se necesita. Era sexy a más no poder, pero, desgraciadamente, las piernas, las curvas y los morritos no evitaron que fuese aburrida.

Alice esbozó una sonrisa forzada y con resentimiento. Otra que había mordido el polvo. Buscaría otra modelo y, con un poco de suerte, quizá las piernas, las curvas y los morritos fuesen acompañados de un mínimo de personalidad.

—Es posible que tenga que añadir eso a tus funciones —siguió él con esa voz sexy y pensativa—. Es posible que tenga que encargarte que me encuentres alguna que no resulte aburrida al cabo de cinco segundos. ¿Crees que podrías hacerlo?

La furia se adueñó de ella. ¿Por quién la había tomado? ¿Creía que era una alcahueta que podía proporcionarle mujeres para que él no tuviera que esforzarse?

—¡Eres el hombre más… más vago que he visto en mi vida!

—¿Qué has dicho?

—Ya me has oído, Gabriel. ¡Eres vago! —miró con rabia ese cuerpo reclinado y cubierto por una bata de seda que le permitía ver demasiados músculos fibrosos—. Es posible que trabajes como una mula y que seas un rey Midas, pero ni siquiera te molestas en resolver tu vida sentimental. ¿Por qué no te planteas reservar lo que quieres hacer con tus mujeres? ¿Por qué no atiendes tus llamadas y te buscas tus excusas cuando no quieres ver a alguien? ¡Me encargaste que eligiera un regalo de ruptura para Georgia después de que la echaras de tu despacho! Algo conciliador, me dijiste, el dinero no es obstáculo. ¡Ni siquiera te molestaste en saber lo que había elegido! ¡Eres vago!

Había elegido un ramo de flores enorme y un fular de marca con los colores de la chaqueta que llevaba el día de la pelea en el despacho. Había sido estratosféricamente caro, pero no creía que él arqueara una ceja siquiera cuando lo viera en el extracto.

—Estás propasándote —replicó Gabriel con frialdad.

¿Cómo podía llamarlo vago? ¡Había trabajado de sol a sol! ¡Había llegado a lo más alto de la escalera, a donde nadie creyó que llegaría! Sin embargo, ella no se había referido a su incomparable éxito laboral. Había ido directamente al aspecto sentimental de su vida. Era típico de una mujer y no pensaba darle más vueltas. Él había empezado de cero y lo tenía todo. Podía conseguir la mujer que quisiera y sabía que su cuenta bancaria tenía mucho que ver. ¿Lo habrían perseguido si no estuviera en lo más alto? Sospechaba que no. Solo podía confiar en su capacidad de ganar dinero y en usarlo para comprarse la libertad absoluta. Todo lo demás era marginal en comparación, pero, aun así, le había quedado un regusto amargo.

—Lo siento —dijo Alice sin vacilar—. No quería ser crítica.

Podría haber seguido presionándola por esa afirmación tan poco sincera, pero pensó en el motivo por el que estaba allí y se pasaron las tres horas siguientes trabajando con los documentos que había llevado. Ella tenía una buena cabeza. Veía los posibles inconvenientes de forma distinta y creativa y hacía las cuentas muy deprisa cuando había que analizar la viabilidad de ciertos aspectos resbaladizos. Evidentemente, ella se había olvidado de su arrebato de rabia, pero él seguía mirándola muy frecuentemente. Estaba inclinada y sus dedos tecleaban diestramente para corregir los documentos. Además, la maldita mujer había tenido razón sobre los comprimidos y a mediodía se encontraba mejor.

—Muy bien.

Él se sentó en el borde de la cama y ella, atrincherada en el sofá, lo miró asustada.

—¿Qué haces?

Se había olvidado de que estaba trabajando en su dormitorio y de que solo llevaba una bata muy liviana que ni siquiera se había atado. Se había obligado a no mirarlo y, gracias al trabajo, lo había conseguido. Sin embargo, él estaba levantándose y atándose el cinturón de la bata, pero ya había visto sus calzoncillos y los muslos cubiertos por delicado vello negro. Tenía unos tobillos impresionantes. No apartó la mirada de esa parte inofensiva de su cuerpo mientras él se dirigía hacia el cuarto de baño y le informaba de que iba a ducharse.

—¿Por qué no me esperas en la cocina? Podemos comer algo antes de seguir.

—Parece que estás mucho mejor. ¿No prefieres acabar lo que hemos estado haciendo y… aprovechar tus energías? Dicen que la mejor manera de librarte de un resfriado, de una gripe, perdón, es tomárselo con calma y descansar.

—Es posible que dé resultado para otras personas, pero no para mí. No me tomo las cosas con calma. Ahora, salvo que quieras venir conmigo al cuarto de baño para que sigamos hablando de la filial de electrónica, te propongo que estires las piernas y vayas abajo. Es más… —se detuvo junto a la puerta y la miró con un levísimo brillo burlón en los ojos—. Podrías hacer algo útil y cocinarnos algo. Verás que la nevera y los armarios están bien surtidos. En línea con mi vagancia, tengo a alguien que se ocupa de que lo estén.

Dicho lo cual, desapareció en el cuarto de baño y ella se quedó boquiabierta. ¿Desde cuándo cocinar para el jefe entraba entre las funciones de una secretaria? ¿Ese hombre sabía hacer algo aparte de aprovecharse? ¿Acaso el contrato decía que tenía que acudir a su casa a la velocidad de la luz para repasar un montón de documentos porque se había resfriado? ¿Por qué no se había opuesto ella con más

firmeza? ¿Por qué se sentía tan viva aunque estuviese cerca de él?

Una vez en la cocina, miró alrededor y vio que todo, desde las encimeras de granito a los electrodomésticos, estaba reluciente. Supuso que la misma persona encargada de tener llenos los armarios y la nevera se encargaba de que el polvo y la suciedad desaparecieran. En la nevera había pan, jamón y todo tipo de caprichos. Después de varios intentos, encontró el té, de distintos tipos, y el café, también de distintos tipos.

—También podría pedir que trajeran…

Alice dio un respingo y se dio la vuelta sonrojada, como si la hubiesen pillado con las manos en la masa. Él se acercó. Estaba recién duchado y, afortunadamente, se había quitado la bata de seda, aunque llevaba unos vaqueros negros y una camiseta de rugby muy amplia que no eran menos desconcertantes. No podía esperar que en su casa fuese vestido con un traje, pero eso habría marcado la línea entre jefe y secretaria que había entre ellos. En cambio, era el prototipo de macho alfa; alto, dominante y con la fuerza latente de un depredador. Algunas veces, ella se sentía como una presa cuando estaba cerca de él. Esa era una de esas veces, aunque no sabía por qué. Solo sabía que era muy inquietante verlo recorrer la cocina descalzo y con unos vaqueros que resaltaban la fuerza de su cuerpo.

—Deberías ponerte algo en los pies —comentó ella ridículamente cuando él llegó a la encimera para ayudarla a hacer el té—. Es posible que te encuentres mejor por los comprimidos, pero podrías recaer.

—Hay calefacción en el suelo. Si te quitaras esos mocasines negros, comprobarías que el suelo está caliente.

Ni siquiera se había soltado el primer botón de la inmaculada blusa blanca. No estaba en la oficina y podría haberse puesto lo que hubiese querido, pero, como era de prever, había mantenido la etiqueta. Era la mujer más rígida y menos relajada que había conocido, pero, cuando había explotado, había vislumbrado que podía ser como un volcán. Tenía sentido. Era inteligente y eso indicaba que era algo más que la secretaria cumplidora que decía lo que pensaba, educadamente, y que siempre conseguía dejar la sensación de que había algo más de lo que se veía a simple vista, pero ¿qué?

Se había acostumbrado a mujeres muy hermosas y dispuestas, pero empezó a pensar en la puntillosa, correcta y anodina señorita Alice Morgan y le gustó. Su vestimenta era tan insulsa que le aburría mirarla, pero la delicadeza de su rostro y sus labios carnosos tenían algo que transmitía una sensualidad que, probablemente, ella desconocía. Notó una erección incipiente.

—Preferiría acabar lo que estamos haciendo y marcharme a casa.

Estaba incómoda con esa especie de juego doméstico que estaban practicando. No era lo que había firmado y no sabía moverse fuera de

la zona de seguridad.

Gabriel frunció el ceño. De repente, se imaginó que lo tomaba con sus manos frías, que bajaba la cabeza y se lo lamía con su delicada lengua. La claridad de la imagen lo asombró.

—Es una pena —replicó él—. No te pagan para que te largues solo porque no estoy sano.

¿A qué venía eso? Quizá estuviese harto de estar encerrado en su casa con alguien que no era su amante esporádica. Probablemente, estaría acostumbrado a estar en la cocina con alguna chica parecida a Georgia que solo llevaba un delantal y una espumadera mientras sonreía tentadoramente.

—No es justo. No tengo mucho apetito y no creas que tenemos que descansar por mí.

—No lo creo.

Su erección seguía palpitando y su imaginación estaba desatada. Sabía, sin la más mínima vanidad, que la mayoría de las mujeres mataría por estar en el lugar de ella, cocinando en su cocina, con él. Todavía no había permitido que ninguna lo hiciera para que no se hiciese falsas ilusiones. Las llevaba a restaurantes caros. Ella, sin embargo, estaba apoyada contra una encimera y buscando excusas para marcharse. Era cómico que eso lo alterara, pero, dados los pensamientos eróticos que le rondaban por la cabeza, lo alteraba.

Sacó el móvil, llamó a un amigo que era jefe de cocina de uno de los mejores restaurantes de la ciudad y le pidió una cena para dos con el menú que él quisiera. Mientras hablaba, la miraba fijamente y ella se preguntó, con furia, si eso sería un intento de que se sintiera culpable por no haber saltado de alegría ante la posibilidad de cocinarle algo. Cuanto más pensaba en él, más cuenta se daba de lo vago que era en su vida personal. Sin embargo, si creía que podía convertirla en una de sus incondicionales dispuestas a hacer cualquier cosa sin rechistar, iba a llevarse una sorpresa monumental.

—Sabes que todavía queda mucho trabajo con Trans-Telecom —siguió él mientras se sentaba en una de las sillas de cuero y acero de la mesa y notaba que la fiebre le subía a medida que se pasaba el efecto de los comprimidos—. Además, ¡no hace falta que te quedes ahí! ¡Si pudiera contagiarte algo, ya te lo habría contagiado!

—Creía que ya habías repasado todos los detalles técnicos de eso.

Alice se acercó y lo miró desde arriba. Ni siquiera se le había pasado por la cabeza que pudiera ser contagioso. ¡Había estado muy ocupada con la idea de estar en su casa! Además, no se había afeitado y la sombra de la barba era pecaminosamente atractiva.

—Hay una fecha límite. Los abogados lo han mirado con lupa, pero todavía tengo que cerciorarme de que todo está bien atado. No puedo permitirme que haya una coma mal puesta o podría irse al traste. Me

ha costado mucho que la familia aceptara la idea de venderlo. No quiero que se pongan nerviosos por un retraso en el último minuto.

Estaba hipnotizada por la intensidad de su mirada, por la autoridad que irradiaba cuando se ponía a trabajar y por lo descaradamente sexy que era con ropa informal. Cuando se trataba de trabajar, era una máquina. Podía concentrarse durante horas y no soltar un problema hasta que lo hubiese solucionado, aunque tardara dos días.

—Y me temo que no tienes alternativa…

—¿Has escuchado una sola palabra de lo que he estado diciendo, Alice?

Entonces, oyeron el timbre de la puerta y él volvió al cabo de un par de minutos con dos bolsas de comida impecablemente envueltas.

—Lo siento, pero claro que te he escuchado. Estabas hablando de Trans-Telecom y…

—Y comunicándote que este fin de semana puedes librarte de trabajar, pero que te adelanto desde este momento que, tengas los planes que tengas para el fin de semana siguiente, tendrás que cancelarlos porque vas a acompañarme a París para cerrar esta operación. Te necesitaré para que transcribas todo lo que se diga y se acuerde, palabra por palabra.

—El fin de semana siguiente…

—El fin de semana siguiente. Tienes la semana que viene para asimilarlo.

Ella sabía que, naturalmente, a su madre no le pasaría nada por un fin de semana, pero sentía una punzada de remordimiento. También sabía que podría haberle contado la situación con su madre y lo que hacía los fines de semana, pero le habría parecido que traspasaba otro límite y no quería traspasar más límites como ese. Además, Gabriel Cabrera podía ser muchas cosas, pero no era una persona cariñosa y afable que estimulara las confidencias de una chica, como ella tampoco era una chica cariñosa y afable que las contara.

—Claro —replicó ella con decisión—. Me ocuparé de… de reorganizar los planes del fin de semana.

Él se preguntó cuáles serían.

—Perfecto. Entonces, comeremos en veinte minutos y luego seguiremos.

Capítulo 4

Hacía tiempo que Alice no salía del país para pasar unos días de vacaciones. Sabía que eso no iban a ser unas vacaciones, sino todo lo contrario, pero saldría del país y vería algo de la ciudad por su cuenta aunque tuviera que sacar un par de horas cuando no estuvieran trabajando. Además, su madre se lo había tomado bien, mejor de lo que ella se había esperado.

Había ido el fin de semana a Devon, como siempre, y había decidido que le daría la noticia justo antes de marcharse. Pamela Morgan, una mujer nerviosa incluso en sus mejores momentos, había ido haciéndose más neurótica y frágil a lo largo de su desdichado matrimonio. Tenía cincuenta y tantos años y seguía siendo hermosa, como ella sabía que nunca sería. Su madre era baja, rubia y con unos ojos azules de mirada soñadora. Era la típica damisela indefensa que los hombres parecían adorar. Sin embargo, con el tiempo, esa belleza había sido tanto un lastre como una bendición. Ella había observado, sin poder hacer nada, que su madre se apagaba bajo el peso de la personalidad de su marido, que era mucho más arrogante y extravagante. Había sido el ejemplo clásico de una mujer que siempre había confiado en su apariencia y que, cuando las cosas se habían complicado, no había tenido nada más a lo que agarrarse. Cuando Rex Morgan empezó a perder interés por su bonita mujer, ella no pudo sobrellevarlo. Intentó por todos los medios ser más guapa, se cortó el pelo y se lo tiñó de mil maneras e hizo dieta hasta que los hombres se paraban por la calle, pero no sirvió de nada y acabó tirando la toalla, decidió permanecer pasiva mientras las aventuras de su marido eran cada vez más escandalosas. Se amilanaba cuando él bramaba y esperaba sin rechistar cuando desaparecía durante días y volvía a aparecer sin más explicaciones que el olor a perfume. Aguantó temerosa hasta que él le arrebató toda la confianza en sí misma y ya no tuvo ni fuerza ni valor para buscar una solución. Tampoco se quejó cuando él le dijo que, de no haber sido por el dinero, habría acabado con ese matrimonio hacía mucho tiempo. Había estado económicamente atado a ella. Tenían la hipoteca de la casa y tantas facturas pendientes que si se hubiese divorciado y ella se hubiese llevado su parte, él habría acabado viviendo tan mal que no habría podido tener amantes. Se quedó, pero también se ocupó de amargarle la vida todo lo que pudo a su frágil esposa.

Cuando Alice se sentía insegura sobre su apariencia, se decía que la belleza llevaba al desengaño. Solo había que ver las mujeres con las que salía Gabriel. ¿Quién podía decir que una mujer bella lo tenía todo?

Rex Morgan murió en un accidente de coche que liberó a su esposa de esa cautividad, pero que también dejó un legado aplastante. Pamela Morgan estaba encerrada en su casa, le aterraba la idea de salir de las cuatro paredes que la rodeaban. Afortunadamente, vivía en un pueblo pequeño donde la gente se cercioraba de que estaba bien durante la semana. Los fines de semana, ella intentaba sacarla al jardín e, incluso, había conseguido que fuese un par de veces a la tienda más cercana, aunque había sido agotador. Pagaba una terapia que le costaba un ojo de la cara, pero la recuperación era muy lenta e incierta. Creía que los fines de semana eran los momentos favoritos de su madre y se los reservaba independientemente del precio personal que tuviese que pagar. Además, después de año y medio de tratamiento y visitas, le parecía que su madre empezaba a ser una mujer un poco distinta. Le parecía menos temerosa y más dispuesta a dar paseos cortos. Naturalmente, el tratamiento iba a seguir, pero ella creía que antes o después podría pasar algunos fines de semana lejos de su madre.

Sin embargo, no sabía para qué. Su vida amorosa después de Alan era inexistente y, cuando su madre se lo preguntaba con delicadeza, siempre contestaba que no necesitaba un hombre. El mensaje tácito era que los hombres eran un problema, que solo había que ver a su padre y a Alan. También le había contado algunas cosas de Gabriel que reafirmaban ese mensaje.

Sin embargo, cuando le dijo a su madre que no podría contar con ella el fin de semana siguiente por motivos de trabajo, se sorprendió agradablemente por su reacción.

—Me parece bien —dijo Pamela con una sonrisa—. Tengo que aprender a ser más independiente.

Ella pensó que esa carísima ayuda profesional que pagaba estaba dando resultados y que, efectivamente, estaba deseando ir a París.

Habían quedado en el aeropuerto y en ese momento, mientras esperaba al taxi, volvió a hacer un repaso mental. Los documentos y el ordenador portátil los llevaría en el equipaje de mano. Tenía el móvil y había metido la ropa de trabajo que necesitaba. Estarían cuatro días fuera y había conseguido meter todo en una maleta de tamaño medio. Hacía un día frío pero soleado y se dejó llevar por la sensación de absoluta libertad. Era una sensación tan insólita que también sintió una punzada dolorosa. Eso era algo que la mayoría de las chicas de su edad se tomarían como algo normal, pero ella estaba paladeándolo como si fuese un bocado delicioso que se acabaría enseguida. ¡Un

bocado delicioso! ¡Pasaría casi todo el tiempo con Gabriel! Se acordó de él con la bata, de su pecho desnudo, de esas piernas musculosas, de él reclinado en la cama enorme como un macho dominante que irradiaba atractivo sexual. Descartó la idea de que parte de su emoción pudiese deberse a que iba a pasar cuatro días con él en París, precisamente allí.

Sonó el móvil. Era el taxista que le comunicaba que ya estaba esperándola y se centró en los asuntos prácticos. Su madre estaba bien. No se había olvidado nada. Estaba gestándose otra gran operación, se había informado sobre la empresa en cuestión y había descargado todos los datos que podrían ser útiles para Gabriel.

Cuando llegó al aeropuerto, Gabriel ya estaba en el mostrador de primera clase, donde habían quedado. Él miró su maleta con escepticismo.

—¿Ese es todo el equipaje que has traído?

Para su fastidio, había pensado en ella más de lo habitual. No sabía qué había esperado, pero, como cabía esperar, llevaba su uniforme de trabajo, un traje gris, algo más claro por el clima, y los mocasines negros de cuero.

—Solo son cuatro días.

Lo miró de arriba abajo. Llevaba unos pantalones color crema con un jersey también color crema y una camisa de rayas. Era sofisticado e impresionante, el tipo de hombre que solo viajaría en primera clase.

—He salido con mujeres que han hecho equipajes más grandes que el tuyo para pasar una noche en un hotel —comentó él con ironía.

Disfrutaba cuando ella se sonrojaba y desviaba la mirada si le parecía demasiado provocativo algo que había dicho él. Tomó su pasaporte para ver la poco favorecedora foto, hizo los trámites y se dirigieron a la sala de espera de primera clase.

—Nunca he estado en París —reconoció ella impresionada por la sala de espera.

Gabriel ladeó la cabeza y se sintió complacido porque ella nunca le contaba nada personal. Eso, en cualquier otra mujer, habría sido un punto a su favor, pero en ella le resultaba extrañamente irritante. Era como si cuanto menos le contara ella, más quisiera descubrir él.

—¿Nunca?

—Nunca.

—Creía que los viajes del colegio siempre iban a Francia. ¿Has estado en otra parte de Francia?

Se acordó de aquellos tiempos. El colegio público al que había asistido no había sido gran cosa y en su casa tampoco la habían supervisado mucho. Su padre había estado ausente casi todo el tiempo, fuera física o mentalmente, y su madre había ido hundiéndose en su propia desdicha y dejando de lado las actividades cotidianas que

hacían casi todas las madres.

—Fui a España una vez. Una de mis amigas del colegio me llevó dos semanas de verano cuando tenía catorce años. Fueron las vacaciones más maravillosas que recuerdo.

—¿Y las vacaciones con la familia?

—No hubo muchas —contestó ella con cierta brusquedad.

—Sé lo que es eso.

Lo miró atónita. No sabía prácticamente nada de su pasado. Lo había conocido como un hombre ya formado, como un multimillonario sin lazos sentimentales ni ganas de tenerlos. Era el hombre brillante y con talento que trabajaba mucho y apostaba fuerte, que chasqueaba los dedos y esperaba que todo el mundo se pusiese firme, pero que rara vez hacía un esfuerzo por alguien. Estuvo a punto de preguntarle qué quería decir, pero, por algún motivo, le aterró dar ese paso y cambió de conversación. Además, ¿le habría contado algo personal?

Él notó que ella no había querido seguir el camino abierto por su comentario. Tampoco sabía muy bien por qué lo había hecho. Nunca había querido que una mujer entrara en su pasado. ¿Le habría contado su paso por la casa de acogida? Lo dudaba, pero, para ser justos, no podía imaginársela exclamando con una compasión falsa o utilizándolo como una palanca para que se abriera como una concha. Le picó la curiosidad y la miró con los ojos entrecerrados. De repente, el viaje a París le pareció repleto de posibilidades. Se preguntó si alguna vez se habría soltado el pelo, si se habría desmelenado y emborrachado, si habría bailado encima de una mesa. No podía imaginárselo. ¿Qué estaría pasando por su cabeza? ¿Qué hacía los fines de semana? Se preguntó si habría un hombre en su vida aunque ella hubiese dicho que no.

Las preguntas quedaron flotando en el aire cuando anunciaron su vuelo. Naturalmente, ella habló de trabajo durante el viaje. Había mostrado mucha iniciativa y le presentó una lista de datos y cifras sobre una empresa que él estaba intentando comprar. Sin embargo, estaba maravillada por viajar en primera clase. Él lo había captado. Ella quería parecer imperturbable y mantener la actitud de eficiencia, pero también quería mirar todo lo que la rodeaba. En París, se alojarían en uno de los hoteles más caros, un hotel que se tomaba el lujo en serio. Sintió una oleada de placer solo de pensar en la cara de ella cuando entrara. Volvía a ser un jovencito que quería impresionar a una chica, aunque en su juventud había estado demasiado ocupado como para esas cosas. La huida había sido más importante que las chicas, si bien estas tampoco habían sido un problema. Además, no tenía que impresionar a nadie.

La limusina que los llevaría a donde quisieran estaba esperándolos

en el aeropuerto.

—¿Nunca haces nada como las personas normales? —le preguntó ella con ironía.

—¿Por qué iba a hacerlo? —contestó él cuando estuvieron sentados.

Ella se había pasado el pelo por detrás de las orejas y llevaba unos pendientes con unas pequeñas perlas que eran lo opuesto a los extravagantes pendientes que se habrían puesto la mayoría de las chicas de su edad. Alice, que se sentía casi como una reina después de haber viajado en primera clase, se rio.

—Lo haces muy poco —comentó él en tono serio y sorprendiéndose a sí mismo.

—¿El qué? —preguntó ella con los ojos entrecerrados.

—Reírte.

—No sabía que trabajar fuese divertido —replicó ella en tono relajado y sin sarcasmo—. ¿Tú haces algo por ti mismo, Gabriel?

—Gano dinero —contestó él con una sonrisa demoledora—. Mucho dinero. Aparte, pago a la gente para que se ocupe de todo lo demás.

—Pero eso no puede ser gratificante todo el tiempo.

—¿Vas a echarme un sermón sobre todas las cosas que no se pueden comprar con dinero? —él se acordó de su pasado. El dinero le habría comprado muchas cosas entonces y probablemente por eso se había dedicado a ganarlo—. Si vas a echármelo, no conseguirás que me lo trague.

—El amor no se puede comprar con dinero.

Gabriel se rio a carcajadas, pero ella captó cierto nerviosismo y lo miró con curiosidad.

—Yo he comprobado todo lo contrario.

—Eso no es amor.

Ella se apoyó en la puerta del coche. ¿Cómo habían acabado hablando de algo tan personal?

—No, pero a mí me da resultado —replicó él con ironía.

No la había considerado una romántica, pero lo parecía. Quizá todas las mujeres lo fueran. Al menos, les apasionaba la idea de estar enamoradas, de organizar bodas, del traje blanco, de ser felices para toda la vida, como si eso existiera. Las relaciones no duraban. Todas se hundían en distintos grados. Él era un ejemplo perfecto, aunque en su caso el hundimiento había sido absoluto. Eso, si las dos personas que tuvieron relaciones sexuales y lo engendraron, tuvieron una relación de otro tipo. Lo dudaba, pero no lo sabría nunca. Lo abandonaron siendo un bebé.

—¿Y sentar la cabeza? ¿Y el matrimonio? —preguntó ella sin poder resistir la curiosidad.

—¿Qué? —preguntó él arqueando las cejas.

—¿No te tienta lo más mínimo?

—Que yo sepa, no. Mi querida secretaria, hace mucho que llegué a la conclusión de que solo puedo confiar en el dinero. Sé cómo ganarlo y el uso que puedo darle. El dinero no tiene variables impredecibles. Es posible que sea frío, pero no da la lata ni exige nada imprevisible. Además, como habrás observado, me compra lo que quiero y cuando quiero.

Ella tampoco se hacía ilusiones sobre el amor, pero aun así no había caído en ese escepticismo y se estremeció al vislumbrar la frialdad gélida que había dentro de él. No solo no creía en el amor, sino que nunca se molestaría en buscarlo. Para él, no existía. Ganaba dinero, pagaba a personas para que se ocuparan de las pequeñas incomodidades de la vida y se acostaba con mujeres para aliviarse físicamente. No era un buen tipo y, aunque fuese injusto, muy pocas mujeres podían resistirse a su magnetismo sexual. Se dio la vuelta y miró por la ventanilla. El día era soleado.

—¿Podrías decirme cuál es el plan para hoy? —preguntó ella, aunque seguía dándole vueltas a la conversación.

—Iremos al hotel, descansaremos unas horas y esta noche saldremos con un cliente.

—No he reservado nada.

—François y Marie van a recibirnos en su casa. Como hemos llegado hoy, y no el lunes, toda la familia estará allí. Me ha parecido que sería una buena oportunidad para oír sus opiniones sobre la venta de la empresa y sofocar los nervios de última hora.

—¿En su casa?

—Dicen que es palaciega. François me ha dicho que irán algunos dignatarios muy importantes. Celebran el cuadragésimo aniversario de su boda. Es un honor que nos hayan invitado.

Alice lo miró aterrada. Había pensado que llevarían a los clientes a algún restaurante donde ella podría pasar desapercibida como la secretaria eficiente que tomaba notas. No había previsto nada demasiado complicado y no sabía qué ponerse en un sitio palaciego lleno de dignatarios, pero dejó de pensar en todo cuando la limusina se paró delante del hotel. Aunque no tenía dinero y había viajado muy poco, había oído hablar de ese hotel. Miró boquiabierta la impresionante fachada, pero la impresión fue todavía mayor cuando entró detrás de Gabriel. El mármol, las lámparas que colgaban del techo y los tapices hablaban claramente de su categoría.

—¿Vamos a alojarnos aquí? —preguntó ella con incredulidad.

—Ya sabes que mi lema es que, si puedes permitirte lo mejor, ¿por qué renunciar a ello?

Lo miró. Gabriel estaba en su ambiente y ella sintió cierta emoción y nerviosismo por ser la mujer que estaba a su lado, aunque estuviera solo porque era su valiosa secretaria.

—Tengo que preguntarte una cosa —susurró ella mientras los acompañaban a las suites contiguas.

—No hace falta que susurres. Me extrañaría que al botones le interese lo que decimos. En sitios como este es esencial poner cara de póquer. A los ricos de verdad no les gusta que les miren.

Ella lo miró con los ojos como ascuas y él se rio.

—¿Tengo que disculparme por mi arrogancia?

Se dirigió al botones en perfecto francés y el muchacho se inclinó, sonrió por la generosa propina y desapareció.

—Supongo que solo eres sincero —reconoció ella a regañadientes.

A juzgar por lo que veía detrás de él, la habitación era enorme, con una sala separada y decorada con un lujo decadente.

—La sinceridad, una de las pocas virtudes verdaderas. Querías preguntarme algo… —él entró en la habitación sin mirar alrededor y ella supuso que ya había estado muchas veces allí—. Entra.

Ella entró mientras él se quitaba el jersey y lo tiraba a la cama, que era enorme. Al hacerlo, se le levantó la camisa y ella pudo vislumbrar un poco de su abdomen como una tabla de lavar.

—¿Y bien? No te quedes ahí.

Él se dio la vuelta, sacó la Blackberry y frunció el ceño por algún correo electrónico mientras ella entraba vacilantemente en la habitación. La presencia de la cama era desconcertante y hacía que se acordara de la última vez que había estado en un dormitorio con él, algo en lo que no quería pensar. Entonces, él levantó la mirada y le señaló un grupo de butacas situado junto a la ventana.

—Me temo que no había previsto que fuésemos a hacer algo tan elegante como cenar con… dignatarios —comentó ella—. Creía que solo íbamos a trabajar.

—Y has traído el traje gris, un par de blusas blancas, unas medias negras y los zapatos negros.

—Ya sé que es insulso, Gabriel, pero no me tomo el trabajo como un desfile de moda. Si me hubieses dicho que…

—Ya sabías que teníamos que salir con este cliente. No habrás supuesto que tus trajes de trabajo iban a estar a la altura.

—¿Por qué no? Son profesionales y adecuados.

—Son insulsos y apagados.

—¡Creo que no es justo!

—Recibes la misma asignación para ropa que los demás empleados de tu categoría, pero da la sensación de que no te has gastado un penique en ropa.

Porque se lo gastaba pagando a un profesional que ayudara a su madre. Porque, aunque tenía un buen sueldo, después de pagar todas las facturas y de apartar un poco para los pequeños ahorros que estaba acumulando lentamente, le quedaba muy poco dinero y nada para

chaquetas de quinientas libras o zapatos que podían costar más todavía.

—¿Por qué lo sabes?

—Bueno, no hay más que verlo, a no ser que estés gastándote el dinero en un misterioso guardarropa que no es para el trabajo.

—No sabía que tenías una etiqueta para el trabajo. Tampoco creo que tenga que ponerme ropa que no me gusta solo porque tú lo digas.

—Antes de que esta conversación entre en un terreno que no va a gustarme, te propongo que emplees el resto del día en ir de compras.

—Yo… yo tendría que tirar de mis ahorros…

—Te haré una transferencia, pero cómprate suficiente ropa de marca y utiliza el spa del hotel. Haz lo que haga falta.

—Lo que haga falta ¿para qué? —preguntó ella en tono tenso.

Le gustaría desaparecer para no tener que oír a ese hombre que le decía que era un embrollo.

—Alice, tienes veintitantos años y todavía no te he visto con nada frívolo.

—Nunca vendría a trabajar con algo frívolo.

—¿Tienes algo que no sea sobrio, serio y gris?

Sabía que estaba siendo rudo, pero había captado algo ardiente debajo de esa fachada atildada y quería que saliera al exterior.

—François y Marie son ricos y franceses, la mezcla es sinónimo de elegancia. Se quedarían pasmados si aparecieras conmigo llevando uno de esos trajes grises baratos que sientan tan mal. La operación no se irá al traste por lo que lleves, pero ayudaría que estuvieses a la altura.

«Baratos que sientan tan mal…». Las palabras le retumbaron en la cabeza hasta que se mareó por la rabia.

—No se me ocurrió traer el vestido negro.

—Me imagino que será del mismo estilo que el traje.

—¿Quieres decir barato y que sienta mal?

—Podría haberlo dicho con palabras más bonitas, pero no es mi estilo. Si te pones uno de esos trajes, te sentirás fatal en cuanto entres en su casa. Al ser sincero, estoy ahorrándote ese suplicio. Se preguntarán qué empleador soy que no paga a sus empleados lo suficiente para que se compren ropa aceptable.

—¿No te das cuenta de lo insultante que estás siendo en este momento?

Estaba a punto de llorar, pero no iba a hacerlo por nada del mundo.

—¿No te das cuenta de lo mal que te sentirías si llegas allí y compruebas que desentonas y llamas la atención?

—¿En qué propones exactamente que me gaste tu dinero?

—Estás metiéndote en un terreno peligroso, Alice. Podría proponerte que te compres algo elegante y con colorido o podría

decirte que…

—Te pido disculpas si crees que estoy siendo desagradecida o grosera, Gabriel, pero me fastidia que me digan lo que puedo ponerme y lo que no.

Sin embargo, si pensaba en que entraba con uno de sus trajes o con su sencillo vestido negro en una habitación llena de franceses muy elegantes, sabía que él tenía cierta razón. Sencillamente, no soportaba que él pudiera decirle cualquier cosa sin importarle los sentimientos de ella, que ni siquiera fingiera que era diplomático.

—Las cosas son así.

Sin embargo, y por una vez, estaba molesto consigo mismo por hacer lo que hacía siempre, por decir lo que pensaba sin medias tintas.

—¡Muy bien!

Ella lo miró con el ceño fruncido y él estuvo tentado de explicarle que no había una sola mujer sobre la faz de la Tierra que no habría saltado de alegría por tener la posibilidad de ir de compras a costa de él. Ella, sin embargo, tenía un gesto agrio, como si la hubiese humillado en público. La gente era superficial y una de las primeras cosas que había aprendido en su ascensión social era que juzgaban por lo que veían, que había que olvidarse de toda esa palabrería sobre lo que había debajo. Si te vestías y te comportabas como un rey, te tratarían como si lo fueses.

Sin embargo, se sintió más molesto cuando notó otra punzada de remordimiento. Ella se había ofendido, aunque lo que le había dicho era verdad. Aun así, no iba a disculparse por mucho que lo mirara con el ceño fruncido. Miró su reloj y le dijo que se diera prisa. Le recomendó un par de barrios llenos de tiendas exclusivas e, incluso, le dijo que podía llevarse la limusina.

—¿A qué hora tengo que encontrarme contigo? —consiguió preguntar ella a pesar de la rabia.

—La recepción empieza a las ocho. Nos encontraremos en el bar de aquí a las siete y media. Podemos beber algo antes y llegar allí sobre las ocho y media.

Naturalmente, el gran hombre podía llegar tarde. ¡No iba a quedar bien con el hombre a quien quería comprarle la empresa! ¡Eso solo lo hacían los pobres mortales!

—¿Trabajaremos algo antes de que nos marchemos? —preguntó ella con una cortesía envarada.

—Es sábado. Creo que puedes librar.

—Muy bien.

Alice hizo un esfuerzo para mover las piernas y se dirigió hacia la puerta. Se ducharía, se pondría su insulsa ropa gris y se marcharía para gastarse el dinero que él le había dicho que tenía que gastarse para estar a la altura y no desentonar.

—Nos veremos en el bar a las siete y media —añadió ella—. Avísame si hay un cambio de plan.

Salió de la habitación sin mirar atrás. Sabía que su reacción había sido exagerada, pero había perdido la calma por la arrogancia y superioridad de ese hombre.

Se duchó muy deprisa, sin fijarse casi en la habitación, que era muy parecida a la de él, y se marchó. Quería que su anodina secretaria hiciera algo con su aspecto para no avergonzarse cuando la mirara, ¿no? ¡Pues haría todo lo posible por cumplir sus deseos!

Capítulo 5

Nunca jamás había tenido un presupuesto ilimitado para comprar ropa, ni para comprar nada. Cuando era pequeña, el sueldo de su padre había bastado. Era un directivo medio que se ocupaba de los gastos, le daba lo suficiente a su esposa y se gastaba el resto en sí mismo. No había ido de vacaciones, o, si habían ido, ella era tan pequeña que no se acordaba. Había tenido muy poco dinero para ropa. Su madre le daba algo, si quedaba después de pagar los gastos de la casa, pero no había sabido lo que era gastarse dinero en cosas que no fuesen estrictamente necesarias. Por eso, le había costado asimilar que eso era exactamente lo que le había ordenado que hiciera. Se había llevado una pequeña guía de bolsillo y, en vez de ir directamente a las tiendas, había ido en la limusina a los Campos Elíseos, aunque estaban muy cerca del hotel. Paseó por delante de los exclusivos restaurantes y cafés y, aunque no tenía tiempo para visitar museos, sí pudo admirar algunos edificios y sumergirse en ese ambiente de opulencia. Se sentó en una terraza para tomarse un café y un croissant y para observar a la gente. Recordó todo lo que le había dicho Gabriel y volvió a sentirse dolida porque la había despreciado como a alguien inferior. Daba igual que alabara su destreza profesional, daba igual que la elogiara por su iniciativa al haber obtenido tanta información sobre la empresa que quería comprar, daba igual que confiara en ella para que completara informes que él le entregaba solo esbozados. Era la persona insignificante, anodina y gris que no sabía vestirse.

Se acordó de Georgia con su ceñido vestido rojo, con sus tacones de vértigo, con la melena morena y las largas uñas pintadas de rojo. Ella no quería imitar esa imagen, esa mujer había encarnado todo lo que era evidente, pero tampoco iba a ser una remilgada.

Tardó un poco, pero, cuando salió de la tercera tienda, ya se había acostumbrado. Fue ganando confianza a medida que avanzaba la tarde y, a las cinco, volvió al hotel con varias bolsas. Dejó las bolsas en la habitación, se dejó embriagar por ese lujo que no volvería a conocer y llamó para concertar una cita en el spa del hotel.

A las seis y media, estaba otra vez en su habitación completamente relajada. Se miró el pelo, las uñas y los pies, aunque nunca había sido vanidosa. De jovencita, cuando las otras chicas se miraban al espejo y susurraban sobre chicos, ella no paraba de estudiar y de preguntarse

qué le depararía el día siguiente, de qué humor estaría su madre y si su padre estaría en uno de sus viajes «de ocio». Los años habían pasado sin que tuviera tiempo para prestar mucha atención a su aspecto. Además, había aprendido que la belleza tenía un precio. Ella no era bella y no le interesaba intentar serlo. Sin embargo, en ese momento… Se dio un baño en ese cuarto de baño ridículamente lujoso y, veinte minutos después, salió extrañamente emocionada. No era exactamente Cenicienta, pero sí podía olvidarse por esa noche de la seria, atildada y miedosa Alice Morgan. Se había comprado cuatro vestidos, uno para cada noche que iban a pasar en París, pero el más elegante era el que se había comprado para la recepción de esa noche. Era largo, rosa claro, ceñido y con el cuello redondo. Su cuerpo, que siempre le había parecido delgado y plano, quedaba muy favorecido y unos zapatos con tacones de diez centímetros resaltaban su estatura. También se había comprado un chal de cachemir iridiscente con pequeñas perlas, se había pintado las uñas a juego con el vestido y el pelo… El pelo castaño, que siempre llevaba lavado sin más, había revivido mientras le hacían las manos y los pies. Unos reflejos caramelo le daban una luz que la convertían en una persona que casi no reconocía. Entusiasmada, se hizo una foto y se la mandó a su madre. Sonrió cuando su madre le contestó con muchos signos de exclamación. Era una persona distinta, al menos por fuera, y, a las siete y media en punto, salió de la habitación para bajar al bar.

Le gente se daba la vuelta para mirarla y eso no le había pasado jamás en su vida. No sabía si le gustaba o no, pero era algo desconocido para ella. ¿Era eso lo que le gustaba a Gabriel? ¿Por eso era tan vago? ¿Por eso se quedaba con lo que le gustaba y desechaba lo demás sin darle más vueltas? ¿Estaba tan acostumbrado a ser el centro de atención que no tenía que hacer ningún esfuerzo? ¿Para qué iba a perseguir a la gente si la gente lo perseguía a él? ¿Para qué iba a comprometerse con una relación si la vida era como una tienda de caramelos donde podía elegir el que le gustaba y luego probar otro distinto? Se preguntó si sentía placer ganando dinero. Ya había ganado mucho, y siendo muy joven. Tanto que podría durarle muchas vidas seguidas. No podía negarse que trabajaba una barbaridad y que tenía un don genial para conocer los mercados, pero ¿le resultaba estimulante? ¿Había algo que pudiera ser estimulante cuando se podía tener lo que se quisiera sin ningún esfuerzo?

Cuando llegó al bar, se quedó boquiabierta. Tenía una alfombra antigua y las paredes estaban cubiertas por tapices que dejaban muy claro que el hotel también era antiguo y estaba orgulloso de serlo. Unas cortinas de terciopelo colgaban de las ventanas y las sillas entonaban con ese ambiente de antigüedad cara. No había ni un toque moderno que pudiera indicar que el siglo XXI estaba en plena

efervescencia. Era una pura decadencia francesa que recordaba a los tiempos de la aristocracia y la nobleza. Entonces, echó una ojeada y lo vio sentado a una mesa, leyendo un periódico y con el ceño fruncido. Gabriel, absorto por la sección económica del periódico y bebiendo distraídamente una copa de vino tinto, no se percató de su llegada, ni de las cabezas que se habían girado para mirarla. Sin embargo, fue dándose cuenta de que se hacía el silencio. Sus ojos se clavaron en ella y contuvo la respiración unos segundos. Se levantó un poco, un gesto que ella interpretó como una señal para que se acercara a él, y no dejó de mirarla ni un segundo.

—Has seguido mis instrucciones al pie de la letra —comentó cuando ella se quedó delante de él.

Era exquisita. ¿Cómo era posible que no se hubiese dado cuenta antes? La delicadeza de sus rasgos era un descubrimiento, como la elegancia de su cuerpo y la finura de su cuello. Su presencia se imponía en la habitación aunque lo que llevaba era sencillo, discreto y refinado.

—Me dijiste que me deshiciera de mi ropa gris e insulsa…

¿Eso era todo lo que podía decir él?, se preguntó ella con cierta decepción.

—¿Quieres una copa de vino? —preguntó él mientras se sentaba maravillado porque ella había conseguido alterarlo—. ¿Adónde has ido de compras?

Ella también se sentó y le contó por encima lo que había hecho. ¿La había mirado fijamente mientras se acercaba a él o solo había querido cerciorarse de que estaba a la altura? Su expresión había sido indescifrable y ella había sentido la necesidad de que le dijera que estaba guapa. Él, naturalmente, estaba tan impresionante como siempre. Llevaba un traje gris oscuro que parecía hecho a medida y que resaltaba su físico.

—Tu pelo… —murmuró él—. Está muy bien.

Ella se sonrojó. Ya no se sentía como su secretaria, sino como una chica con la que había salido, aunque sabía que era una idea absurda.

—Me lo he teñido un poco —reconoció ella con timidez—. Espero no haberme excedido.

—Es… —él se había quedado sin palabras—. Es… Te queda muy bien.

—¿No deberíamos repasar las preguntas que pueden hacernos sobre la compra?

Él se dio cuenta de que esa compra no podía importarle menos. Por una vez, los negocios no podían estar más lejos de su cabeza. Esos disparatados pensamientos que se le habían colado de vez en cuando, cuando se la imaginaba sin la coraza de secretaria eficiente, se habían convertido en una imagen abrumadora de ella sin ropa y tumbada en

su cama… Pero ¿adónde le llevaba eso? Siempre había tenido a gala que no mezclaba el trabajo con el placer y era una medida para ahorrarse problemas. Sin embargo, esa mujer…

—Sí —murmuró él—. Deberíamos comentar los posibles problemas y atajarlos…

Él vació la copa y se sirvió otra de la botella que había en la mesa. ¿Posibles problemas? ¿A quién le importaban? Los tenía previstos. Quería pensar en otras posibilidades… Escuchó a medias lo que decía ella sobre las complicaciones de adquirir una empresa familiar.

—Sobre todo cuando son… ¿Cuántos hijos has dicho? ¿Tres? ¿Todos participan en las tomas de decisiones…?

—Sí, tres hijos —contestó él con un murmullo antes de dar un sorbo de vino.

Tenía que hacer un esfuerzo sobrehumano para no mirarle los pechos. No se parecía en nada a las mujeres con las que había salido y que presumían de que no tenían que usar sujetador.

—Dos chicos y una chica —añadió él al darse cuenta de que ella esperaba que lo aclarara un poco—. También creo que a la chica le da un poco igual. Le gusta ser una hippy con el riñón cubierto. ¿Y tú? ¿Tienes hermanos?

—¿Cómo dices?

—Estamos bebiendo algo y no tenemos que pasar el rato hablando de trabajo —él le llenó la copa apartándole la mano que había levantado para detenerlo—. ¿Tienes familia? ¿Hermanos, sobrinos, primos y tíos que aparecen en días especiales o vacaciones?

Ella notó las palpitaciones del pulso en el cuello. Su madre era hija única y su padre tenía un hermano en Australia al que odiaba. Cuando era pequeña, le habría gustado tener un hermano, pero, con el paso del tiempo, había descartado ese sueño. ¿Qué habría pasado si su hermano hubiese sido como su padre? No, su desdichada familia siempre había ido a la deriva sin nadie al lado para que recogiera los restos si pasaba algo, como había sucedido. Él solo estaba siendo amable y ella no tenía secretos de Estado, pero le costaba empezar a hablarle de su vida privada. Necesitaba mantener los límites entre ellos si también quería mantener a raya la atracción que sentía hacia él. ¿Acaso se había alterado ya como una muchacha en la primera cita con un chico? ¿Acaso no había querido que él se fijara en ella y no solo como su eficiente secretaria? Estaba en un terreno peligroso donde no podían olvidar cuáles eran sus papeles. Sin embargo, si no contestaba, despertaría su curiosidad y él no pararía hasta que supiera lo que quería saber.

—Yo… yo soy hija única y mi padre murió en un accidente de coche.

—Lo siento —sin embargo, tal y como lo dijo…— ¿Y tu madre?

—Vive en Devon —contestó ella antes de dar dos sorbos de vino y sonreírle.

—¿Ya ha terminado la conversación de cortesía? —preguntó él.

—Acabo de mirar el reloj que tienes detrás y es hora de que nos marchemos.

Alice se levantó y evitó mirarlo mientras se alisaba el vestido. Cuando levantó la mirada, se encontró con los ojos de él clavados en los de ella. Se sonrojó y se le secó la boca. El desconcierto la paralizó. ¿Estaba mirándola como ella no quería mirarlo a él?

—Estás… impresionante —murmuró él tomándole el brazo.

—Gracias —dijo ella con la voz ronca.

No sabía qué la ponía más nerviosa, si que estuviera agarrándola del brazo o que le hubiese dicho el halago que había querido oír con todas sus ganas mientras la miraba de una manera que hacía que le vibrara todo el cuerpo. Quizá fuese la mirada que empleaba siempre que veía a una mujer medianamente aceptable.

—Aun así —añadió ella—, sigue sin gustarme que me digas lo que puedo ponerme y lo que no.

—Aun así, serás la sensación de la noche.

—¡Por favor! —ella se rio para intentar desdeñar ese halago.

—¿No me crees?

La limusina había aparecido como por arte de magia y el chófer fue a abrirle la puerta.

—Yo… quizá… No lo sé.

Ella lo dijo en voz baja, ronca y balbuciente. Al revés de como solía hablar. Era una voz que armonizaba con su precioso vestido de Cenicienta. Lo miraba con los ojos muy abiertos y cautivada por las facciones duras de su rostro y su forma de mirarla. Oyó que se le escapaba algo y, espantada, se dio cuenta de que era un gemido casi inaudible, pero que a ella le sonó como las campanadas de una catedral.

Gabriel paladeó el momento. Sentía la calidez de su cuerpo, estaban apoyados el uno en el otro como llevados por una corriente invisible. Si se giraba en ese momento, rompería el hechizo… y eso era lo mejor que podía hacer. ¡Era su secretaria! Una secretaria muy buena. ¿Quería estropear eso por empezar algo que no podía terminar? Por algo que acabaría haciéndole daño a ella. Por eso había límites que no se podían traspasar.

La besó. Le pasó la lengua lentamente por la boca y notó la erección cuando ella gimió. ¡Estaban en el asiento trasero de un coche! Sin embargo, no pudo contenerse, le tomó un pecho pequeño y redondeado con la mano y le acarició el pezón con el pulgar.

—No llevas sujetador… —comentó él sin poder creérselo.

El pezón estaba duro y él sintió la necesidad apremiante de decirle

al chófer que diera media vuelta para volver al hotel y… tomarla, para arrancarle el vestido, bajarle la ropa interior y tomarla tan deprisa y poderosamente como pudiera.

—El escote de detrás es demasiado bajo…

No quería que él hablara, quería que siguiera besándola. El cuerpo le abrasaba, le hervía la sangre y no podía pensar. Notó su mano en el muslo, entre sus piernas, y un ataque de cordura hizo que se irguiera y que se estirara el vestido mientras recuperaba el juicio, aunque todavía sentía el cosquilleo de su contacto en los pezones. ¿Podía saberse qué había hecho?

—¿Qué pasa?

Estaba tan excitado que le costó juntar esas dos palabras. No sabía si era por el sabor de lo prohibido o porque ella era una novedad después de tantas Georgias, pero jamás había estado tan excitado.

—¿Qué pasa? ¿Qué crees que pasa, Gabriel?

Ella miró de reojo al chófer, pero él parecía indiferente a lo que había pasado en el asiento trasero. Gabriel tenía razón. Los subordinados sabían que lo prudente era mirar hacia otro lado cuando se trataba de las… travesuras de sus adinerados empleadores.

—No tengo ni idea —farfulló él apoyándose en la puerta y mirándola con calma—. Primero me besas y acto seguido decides hacerte la virgen escandalizada. ¿Qué ha apagado la pasión?

¿Cómo podía mirarla como si se hubiese equivocado al pasarle una llamada o al transcribir algo? ¿Cómo podía ser tan… frío?

—Eso no debería haber pasado jamás y no habría pasado si no hubiese bebido dos copas de vino.

—Una y media. Si besas a un hombre por haberte bebido una copa y media de vino, ¿qué haces cuando te bebes una botella? No hay nada peor que una mujer que culpa al alcohol de haber hecho algo que quería hacer y luego se arrepiente.

—Bueno —Alice se sonrojó—, no volverá a suceder. Cometí un error y no se repetirá. Además, no quiero que se vuelva a hablar del asunto.

—¿O…?

—O mi situación contigo será insostenible y no quiero que eso ocurra. Me gusta mi trabajo. No quiero que un error diminuto lo estropee.

Gabriel se quedó en silencio hasta que ella tuvo que mirarlo aunque solo fuera para comprobar que había oído lo que había dicho. Un error diminuto… Le divirtió su ingenuidad al creer que podía dar carpetazo a lo que había pasado y fingir que no había pasado. Lo había deseado, su cuerpo cálido se había amoldado al de él y había notado su deseo palpitante. Si hubiese introducido la mano por debajo de ese vestido, la habría encontrado húmeda y ardiente.

—Supongo que ninguna mujer te lo había dicho antes —siguió ella

para romper ese silencio que estaba desquiciándola—. No quiero ofenderte, pero tiene que ser así.

—Tienes razón. Ninguna mujer me lo había dicho antes. No me ofendo y, naturalmente, si decides que lo acertado es negar la evidencia, por mí no hay inconveniente. Fingiremos que no ha pasado.

—Perfecto —replicó ella sintiendo un vacío en el estómago.

—Ya hemos llegado.

Gabriel señaló las luces que iluminaban un camino flanqueado de árboles que llevaba a una casa que parecía la Place des Vosges. Había coches lujosos aparcados por todos lados y él le contó por encima la historia de ese sitio, que era de la misma familia desde hacía generaciones.

Sin embargo, lo estremecía. Ella había abierto una puerta y él había entrado. ¿Acaso esperaba que se diese media vuelta y se marchara solo porque ella había cambiado de parecer? Si él hubiese creído por un segundo que su reacción se había debido al vino, no habría dudado en cortar esa situación. Sin embargo, lo había deseado y seguía deseándolo. Lo notaba porque no lo miraba, porque intentaba controlar la respiración entrecortada, porque estaba apoyada en la puerta del coche demasiado despreocupadamente. Era como si temiera acercarse a él y arder en llamas otra vez. Cualquier idea de abandonar ese desafío se esfumó. El depredador que había en él estaba al acecho y no permitía que se planteara la temeridad que quería hacer. Por una vez, había algo en él que no dominaba, y le gustaba.

La fiesta estaba en pleno apogeo. Gente muy elegante charlaba en grupos, bebía champán y tomaba los canapés que les pasaban unas camareras muy atractivas vestidas con el uniforme sexy que se asociaba a las camareras francesas, pero él casi ni se fijó en ellas, solo tenía ojos para Alice. Hacía que se sintiera orgulloso. Los hombres la miraban, y las mujeres también. Además, aunque su francés era muy elemental, hacía todo lo que podía para charlar en los grupos que la reclamaban.

Como remate, la operación se cerró. La familia, según le contó François haciendo un aparte con él al final de la velada, lo respaldaba plenamente. Lamentaban en parte perder la empresa, pero él pensaba acompañar a sus hijos en una aventura completamente nueva en el sector del ocio.

Gabriel no se había planteado otra posibilidad y estaba dispuesto a marcharse cuando vio que Alice se reía y hablaba animadamente con un hombre alto y rubio que la miraba por encima del borde de la copa de champán, que la miraba de una forma que él conocía muy bien. Ella se reía y la furia se adueñó de él. Se abrió paso entre la gente. Había mucho ruido. Todos habían bebido mucho, ¡ella había bebido mucho! Cayó sobre ellos como un halcón y la agarró del codo.

—Es hora de irnos, Alice.

—¿Ya?

Ella lo miró con los ojos brillantes, el rostro sonrojado y los labios separados, provocadores.

—Ya.

Se dirigió en francés al hombre rubio y esperó en silencio a que replicara. Luego, cuando este no tenía nada más que decir, tomó la mano de Alice y se la besó de una forma que daba a entender una intimidad que a Gabriel no le gustó nada.

—Vamos a despedirnos de nuestros encantadores anfitriones y después volveremos al hotel.

Él seguía agarrándola del codo y la llevó hacia el centro de la habitación, donde estaban François y Marie rodeados de familiares y amigos.

—Ha sido una recepción fantástica, ¿verdad?

—¿Puede saberse quién era ese mamarracho con el que estabas hablando?

Él esbozó una sonrisa cuando se acercaron a los anfitriones y siguió sonriendo mientras les daba las gracias y concertaban una cita para el lunes, pero no la soltó ni un segundo.

—No te había traído para que hicieses eso.

Salieron al fresco de la noche y le soltó el codo. Todavía podía verla riéndose mientras miraba al príncipe azul de pelo rubio.

Alice se rio. El champán se le había subido a la cabeza. Solo había comido algunos canapés y, además, el recuerdo del beso abrasador en la limusina mezclado con el nerviosismo por estar en un sitio tan inusitado para ella había hecho que bebiera más de lo que solía beber.

—Querías que estuviera a la altura y me mezclara con…

—¡Quería que estuvieses a mi lado y escucharas lo que se decía sobre la operación!

Esperó a que ella estuviese sentada, le dijo al chófer que no saliera y cerró la puerta.

—¡No esperaba que bebieras como un cosaco y coquetearas con cualquier hombre!

—No bebía como un cosaco ni coqueteaba con cualquier hombre —replicó ella con indignación.

Ella notó que él estaba tenso y se agarró las manos porque quería tocarlo y no iba a hacerlo.

—¿Quién era ese hombre? ¿Aportaba algo a mi adquisición de la empresa de François?

—No… —contestó ella conteniendo un bostezo.

—¿Estoy dejándote sin dormir? A lo mejor te has olvidado de que estoy pagándote un dineral por la molestia de haberte dejado sin fin de semana.

Sabía que estaba pareciendo un tirano, pero no iba a echarse para atrás. Parecía somnolienta y condenadamente sexy…

—Me habría pegado a ti como una lapa si me hubieses dicho que eso era lo que querías, pero creí… —ella contuvo otro bostezo— que era un acto social. Además, no te vi en ningún momento a solas con el señor Armand, o me habría acercado. Tampoco hace falta que me recuerdes que estás pagándome muy bien por haber venido aquí.

A él le importaba un rábano el dinero y ella no estaba diciendo lo que él quería oír. No le había dicho quién era ese hombre. ¿Se habían intercambiado los teléfonos? ¿Habían quedado?

—¿Quién era ese hombre? —repitió él con los dientes apretados.

—¿Estás… celoso? —preguntó ella con asombro y completamente sobria de repente.

—¿Os disteis los números de teléfono? ¿Habéis concertado una cita apasionada para más adelante? Si es así, olvídate. No vas a ir a ninguna parte en horas de trabajo.

Se pasó los dedos entre el pelo y la miró con el ceño fruncido. Jamás había estado celoso. Nunca le había importado con quiénes habían hablado o salido las mujeres que habían entrado y salido de su vida. Tampoco había dudado que, una vez en su cama, habían sido fieles. Estaba celoso y no le gustaba.

—Claro que no le he dado a Marc mi número de teléfono.

Por una parte, le indignaba que la regañara como si fuese una niña, pero, por otra, le emocionaba que estuviese celoso, dijera él lo que dijese. Hacía que le importara menos que él le gustara. Al menos, sabía que a él no le importaba tan poco como fingía. Aunque eso tampoco tuviera ninguna importancia.

—Tampoco hay ninguna cita prevista. Solo era un hombre amable al que no le importaba hablar conmigo en un francés rudimentario.

Él pensó que a ese hombre no le habría importado hacer muchas cosas más si hubiese tenido la más mínima ocasión, pero no se habían intercambiado los números de teléfono ni habían quedado. Ella parecía no darse cuenta de que mirar como había mirado y reírse como se había reído podría interpretarse como un coqueteo en cualquier idioma, rudimentario o no.

—Me has preguntado si estaba celoso —murmuró él mirándola con intensidad—. Sí, estaba celoso.

El ambiente cambió y la tensión casi podía palparse. Ella contuvo el aliento y lo soltó entrecortadamente. No iba a confesarlo por nada del mundo, pero se había pasado toda la noche observándolo para ver si miraba a alguna de esas glamurosas mujeres o alguna camarera.

—¿Por qué?

Ella intentó por todos los medios recordar los límites entre ellos y hacer acopio de la fuerza de voluntad que había tenido cuando le dijo

que el beso había sido un error que no se repetiría.

—Porque te deseo —contestó él mirándola con una indolencia embriagadora.

—No podemos hacer nada —replicó ella con la voz ronca—. Sería un error espantoso. No soy una chica de esas.

—¿De las que se acuestan con un hombre si quieren? Y no intentes decirme que no quieres.

—No deberíamos estar hablando de esto.

—Y tú deberías dejar de decir lo que deberías o no deberías hacer.

—Estás acostumbrado a que las mujeres caigan rendidas a tus pies.

—Y, aun así, no he visto que hayas caído rendida a mis pies.

La limusina se detuvo delante del hotel. Ni siquiera se había enterado del viaje. Cada célula de su cuerpo había estado atenta a la mujer que estaba sentada lo más alejada que podía de él. Se inclinó hacia delante para decirle algo al conductor y se dirigieron a la entrada del hotel. Él iba con las manos en los bolsillos y ella agarraba el chal con perlas y el bolso de mano como si le fuera la vida en ello.

Estaba celoso… por primera vez. La perseguía… también era la primera vez. La conseguiría… pero ella iría a él.

Capítulo 6

Alice podía oír los latidos de su corazón mientras se dirigían a sus habitaciones en un silencio ensordecedor. Tanto que se preguntaba si se habría imaginado esa conversación tan extraña que acababan de tener. No podía mirarlo, pero daba igual porque su imagen se reflejaba en el ascensor, aunque ella no quisiera. Ella estaba junto a la puerta con los brazos cruzados. Él estaba apoyado en la pared de espejo con las manos en los bolsillos, delgado, moreno y haciendo que se estremeciera. Se abrieron las puertas y ella saltó afuera. Le dolían los pies por los zapatos de tacón y se detuvo un instante para quitárselos.

—¿Ya estás desvistiéndote? —murmuró Gabriel con una voz seductora.

—Los pies me están matando. No estoy acostumbrada a llevar tacones.

—Muy bien. Descansa y ya nos veremos mañana por la mañana.

Él inclinó la cabeza con cortesía, se dio media vuelta y se dirigió a su habitación. Alice pensó que todo eso se habría olvidado al día siguiente. El beso en la limusina... su forma de mirarla... la conversación de después de la fiesta. Todo se habría olvidado a la luz blanca y nítida del día porque las cosas eran así. Ella era la secretaria perfecta y si, por una jugada del destino, él hacía que se sintiera joven, viva y con posibilidades, eso era algo que tenía que dejar a un lado. Incluso, aprender de ello. Si un hombre con unos principios que la dejaban fría conseguía excitarla de esa manera, tenía que empezar a espabilar en el asunto de salir con hombres en vez de que le salieran telarañas de tanto esperar. Lo miró mientras rebuscaba las llaves en los bolsillos de la chaqueta. Él no estaba mirándola, iba a cerrar la puerta y ella nunca lo sabría.

—¡Espera!

Gabriel se dio la vuelta lentamente y con una sonrisa. ¿Había sabido que ella lo detendría? Por una vez, no había sabido lo que iba a pasar y tampoco sabía qué habría hecho si ella se hubiese ido a su habitación a descansar. Dudaba mucho que hubiese podido sofocar la libido con una ducha de agua fría.

—¿Sí?

Alice corrió hacia él. Era curioso, pero no se había dado cuenta de su actitud de vieja, de su perspectiva de vieja, hasta que él le había

puesto todo patas arriba y luego había vuelto a colocarlo, pero en una posición distinta. Tenía veinticinco años, ¿cuándo fue la última vez que tuvo una aventura? Se quedó delante de él y lo miró a la cara.

—De acuerdo.

—¿De acuerdo…?

—Sabes de qué estoy hablando. Me… me atraes aunque no entiendo por qué. No eres mi tipo.

—Un buen punto de partida. Así, no te harás ilusiones.

—¿Qué ilusiones? Olvídalo. Las ilusiones de Georgia de retenerte más de cinco segundos —ella se rio nerviosamente—. Te recuerdo que trabajo para ti y que no soy tan tonta.

—¿A qué se debe el cambio de parecer? Después de besarnos, creí que me habías ordenado que lo olvidara y que fingiera que no había pasado.

Él abrió la puerta de la habitación, encendió la luz y la bajó inmediatamente hasta que fue un resplandor muy tenue. Habían abierto la cama y se le aceleró el pulso. Era enorme y la llamaba tentadoramente.

—¿Y bien? —preguntó él sentándose en el sofá con las piernas separadas y los brazos en el respaldo.

—Yo… Es la primera vez que lo hago y sé que no es una buena idea, pero…

—La vida está llena de «peros». Eso es lo que la hace tan… estimulante.

Aunque la verdad era que tenía muy pocos «peros» para él, sobre todo, en lo relativo a las mujeres. En su vida sentimental no habían cabido las dudas y mucho menos los «peros». Se hizo el silencio hasta que él habló con delicadeza.

—Quítate la ropa.

—¿Qué?

—Muéstrate desnuda delante de mí.

—No… no puedo.

—¿Por qué? —entonces, se acordó de su inocencia, de su forma de sonrojarse—. No serás virgen, ¿verdad?

—¿Cambiaría algo si lo fuese?

—Sí —él se inclinó hacia delante—. Lo cambiaría.

—¿Por qué?

Alice soltó los zapatos. Le habría parecido raro dejarse caer en el sofá junto a él y se sentó en una de las butacas. Hablar le daba tiempo para replantearse su decisión. Si hubiese caído apasionadamente en la cama con él, no habría tenido tiempo para pensar, pero era posible que los dos necesitasen hablar porque no era una situación cualquiera, muchas cosas podían cambiar para peor.

—¿Estás echándote atrás? —le preguntó él con una sonrisa torcida.

Parecía como si le hubiese leído el pensamiento y esa sonrisa afianzó su decisión.

—No. Dime qué cambiaría si fuese virgen.

—Me conoces. No busco… nada. Es lo que les digo a todas y cada unas de las mujeres con las que salgo y es lo que te digo a ti ahora. El sexo es un entretenimiento placentero, pero no es amor, no es compromiso y no va a ninguna parte. Si no tienes suficiente experiencia para tenerlo en cuenta… —él se encogió de hombros, pero tenía los ojos oscuros clavados en los de ella—. Mis experiencias anteriores no me han programado para ningún tipo de compromiso.

—No soy virgen —replicó Alice con brusquedad—. Además, hablar de esto hace que parezca un acuerdo.

—¿Y qué tiene de malo?

—Que…

Ella vaciló mientras pensaba en cómo decirle lo que quería decir y él lo aprovechó.

—¿Que quieres un idilio?

—¡No! Eso es un disparate. Voy a marcharme. No debería…

Gabriel se adelantó y le rodeó la cintura con una mano. Alice se estremeció. Hablar era como un jarro de agua fría, aunque no tuviese sentido, pero el calor de su piel en la de ella le recordaba por qué lo había detenido antes de que entrara en su habitación.

—Acércate y te mostraré por qué es posible que sea un disparate, pero por qué no deberías marcharte.

Alice, hipnotizada, se inclinó hacia él con los ojos medio cerrados. Explotó por dentro al sentir los labios de él, introdujo los dedos entre su pelo y le acarició el cuello. Casi no podía creerse lo que estaba haciendo. ¿Realmente era ella? No corría riesgos. Su vida había sido tan inestable que no había desarrollado una actitud indiferente a todo, que era lo que se necesitaba para ser espontánea y despreocupada. Era prudente, cuidadosa… Aun así, sabía que iba a correr el mayor riesgo de su vida y no quería parar. Lo besó lentamente, dejándose llevar por la sensualidad. Mientras lo besaba, con los ojos cerrados, le acariciaba el contorno de su hermoso rostro con las yemas de los dedos. El chal se le cayó de los hombros y él le acarició las clavículas.

—Desvístete para mí, Alice. No me digas que no puedes. Date la vuelta. Te bajaré la cremallera.

—Nunca había hecho striptease antes.

—Entonces, te enseñaré cómo se hace.

Gabriel se levantó y empezó a desvestirse muy despacio mirándola. Ella también lo miraba fascinada y con la boca entreabierta. Él no recordaba haber estado tan excitado. Ella tenía la expresión de una niña en una tienda de caramelos y eso lo alteró más que una dosis de adrenalina. Una vez sin camisa, empezó a bajarse la cremallera de los

pantalones y sonrió cuando ella desvió levemente la mirada, aunque volvió a mirarlo fijamente.

Solo tenía unos calzoncillos de seda de rayas oscuras. Alice creyó que iba a desmayarse. Tenía el cuerpo de un atleta; los hombros anchos y un torso musculoso que acababa en un abdomen como una tabla de lavar y en unas caderas delgadas. Los nervios la atenazaron por dentro. ¿Qué pensaría de ella? ¿Estaba exponiéndose a la humillación? Él la había halagado diciéndole que le parecía atractiva, pero ella no podía olvidarse de que le gustaban las mujeres bajas, voluptuosas y con pechos grandes.

Él no se quitó los calzoncillos y volvió a sentarse en el sofá con una sonrisa maliciosa.

—¿Lo he hecho bien?

Alice se bajó la cremallera ella misma, tomó aliento, se bajó el vestido de un hombro primero y del otro después. Tomó aliento otra vez y dejó que el vestido cayera al suelo. Él la había mirado con confianza mientras se quitaba la ropa, pero ella cerró los ojos hasta que oyó que él le pedía con delicadeza que los abriera. Su amabilidad fue como una varita mágica que le despojó de los nervios con la misma facilidad que ella se había despojado de su precioso vestido de Cenicienta.

Se acercó a él llevando solo las bragas de encaje rosa y contuvo la respiración cuando la agarró de las caderas y se incorporó para besarle el abdomen. Quizá no fuera una Marilyn Monroe llena de curvas, pero lo excitaba de verdad. Lo notaba porque le temblaban ligeramente las manos y tenía la respiración entrecortada. Por un momento, su poderoso jefe no era el hombre que gobernaba el mundo, sino alguien muy humano con reacciones que no podía controlar, y ella había conseguido eso. La seguridad en sí misma le subió por las nubes.

—Eres preciosa.

Se agarró a sus hombros cuando le tomó la cinturilla de las bragas y se las bajó. Estaba desnuda y no quería salir corriendo. Dos encuentros desmañados con Alan antes de que la abandonara por una más sexy la habían dejado sin la más mínima confianza en sí misma. Si alguien le hubiera dicho que sería capaz de quedarse desnuda delante de uno de los hombres más sexys que podía esperar conocer y no sentirse abochornada de su cuerpo, ella se habría reído con incredulidad. Sin embargo, eso era exactamente lo que estaba haciendo en ese momento.

Él le separó los muslos con la mano y ella introdujo los dedos entre su pelo con un jadeo cuando le pasó la lengua por los pliegues de su feminidad, pero, cuando la introdujo, casi se le doblaron las piernas. El placer era insoportable. La provocaba con una tortura refinada que la elevaba a una altura de vértigo antes de dejarla caer. Estaba

húmeda y palpitante y anhelaba más.

La tomó en brazos, la tumbó en la cama y la miró. Era delgada y grácil. Los pechos tenían el tamaño perfecto y el pelo se extendía como la seda. Se quitó los calzoncillos. Estaba tan excitado que le iba a costar una enormidad no hacer lo impensable. Sabía que, si ella lo tocaba ahí, explotaría como un adolescente sin dominio de sí mismo.

Ella casi no podía respirar. La excitación la dominaba, le corría por las venas como una droga que arrasaba con todo. No sabía qué hacer para no tocarse y sofocar el ardor.

Él se puso a horcajadas encima de ella, que fue a acariciarlo, pero él le detuvo la mano.

—No. Si lo haces… Estoy demasiado excitado y…

—Eso está bien.

—Mejor que bien —gruñó él.

Se inclinó y ella gimió y se retorció cuando empezó a pasarle la lengua por los pechos.

—Las manos por encima de la cabeza —le ordenó él.

Tenía los pezones grandes y rosas y se deleitó con ellos delicadamente antes de meterse uno en la boca y succionarlo. Ella se retorció más todavía entre jadeos. Si ella se sentía como una niña en una tienda de caramelos, así se sentía él también. Era una novedad increíble, estimulante y excepcional. Cuando no pudo soportar más los preámbulos, buscó la cartera, que la había dejado en la mesilla, y sacó un preservativo. A pesar del deseo deslumbrante, ella vio a un hombre que no corría riesgos. Cuando decía que no se metía en relaciones a largo plazo, lo decía en serio. Se apoyó en los codos y miró cómo se lo ponía con destreza. Era tan grande que le maravilló que nunca se le hubiese roto uno por accidente. Se miraron un instante a los ojos y él sonrió.

—Nada de riesgos, ¿eh? —preguntó ella con desenfado.

—Nunca.

Entró y empujó hasta que ella sintió toda la dimensión de su miembro entre oleadas de sensaciones. Se aferró a él y le clavó las uñas en la espalda mientras acometía con más ímpetu cada vez. Le rodeó la cintura con las piernas y se fundieron en uno.

El orgasmo fue largo, profundo y devastador. Se sentía como si se elevara y se deshiciera en mil pedazos. Arqueaba el cuerpo al compás de las oleadas de placer que la arrasaban. Él también explotó con una última acometida y entre estremecimientos de todo el cuerpo. Increíble.

—¿Has llegado al cielo? —preguntó él medio en serio y medio en broma porque él sí había llegado.

Estaban de costado y mirándose cara a cara. Parecía lo más natural del mundo, pero ella tuvo que bajar la mirada porque se sentía muy…

cariñosa. Sospechaba que ese momento perfecto, cuando habían alcanzado el clímax juntos, era una de las pocas veces que él bajaba la guardia y suponía que a ella le pasaba lo mismo. Sin embargo, también había llegado el momento de volver a ser las personas que eran y el cariño no tenía cabida.

—¿Tengo que decirte que has estado muy bien? —murmuró ella en tono provocador mientras él entrelazaba los dedos con los de ella y se los besaba uno a uno.

—Sería un detalle. No tengas prisa y puedes ser todo lo descriptiva que quieras.

—Eres un narcisista.

—No me digas que no te gusta —él la besó y puso una mano entre sus muslos—. Es más, tienes que decirme que te gusta. Soy tu jefe.

Un recordatorio muy oportuno. Ella se puso de espaldas y miró al techo. Al hacer el amor, había perdido la capacidad de pensar, pero estaba pensando en ese momento, estaba recordando todo lo que le había dicho, que le había advertido que no se encariñara con él, lo mismo que les diría a todas las mujeres con las que se acostaba, y ella ya era una más.

Sería una más, pero no iba a ser otra de las que querían más de lo que él podía ofrecer. No iba a convertirse en otra Georgia histérica que había sido tan necia que había creído que podía domesticar a ese animal selvático.

—Efectivamente, lo eres. Por eso, esto solo durará mientras estemos en París.

Aunque un poco tarde, cayó en la cuenta de que quizá solo fuese la aventura de una noche. ¿Habría sacado una conclusión equivocada?

—¿Lo dices irrevocablemente? —murmuró Gabriel soltándole la mano y acariciándole un pecho hasta que se endureció el pezón.

—Estar aquí es como estar en otro mundo… al margen de lo habitual.

Ella sabía que su cuerpo estaba reaccionando sin poder dominarlo, pero su voz fue serena. Quería que le pasara la lengua por la punta del pezón como había hecho antes, quería que la lamiera entre las piernas hasta que no pudiera respirar y quería que entrara en ella y acometiera hasta elevarla a una órbita deslumbrante.

Pasar cuatro días con él no era lo que quería, pero tampoco iba a perder el control. No iba a ser su marioneta. Además, tampoco iba a caer en la trampa de creer que, como ella había sido más difícil de conseguir de lo que estaba acostumbrado, él ya no era ese hombre vago que tomaba lo que estaba al alcance de su mano porque le aburría tener que conquistar. No iba a ser otra necia que creía que él podía cambiar.

—¿Qué es lo habitual?

—Lo habitual es estar en Londres y trabajar para ti. Lo digo en serio, Gabriel. No quiero arriesgar mi trabajo. No puedo pensar cuando haces… eso…

Él había introducido un dedo y le acariciaba la hendidura húmeda y sensible.

—Me parece bien —murmuró él. Ella tuvo que hacer un esfuerzo para controlar la repentina e irracional decepción—. Eres la mejor secretaria que he tenido jamás.

—Además, te gusta pasar página deprisa cuando se trata de las mujeres, ¿no?

—Sí, siempre.

Le pareció que lo mejor era recordárselo, aunque ella no era como las otras mujeres con las que había salido. Era joven, pero también era serena y no buscaba lo inalcanzable. Además, le había dicho que él no era su tipo. ¿Cuál sería su tipo? Le daba igual. No iba a correr riesgos. Ella no iba a aspirar a nada sentimental con él, como él tampoco iba a hacerlo con ella. Se entendían.

—Sin embargo, mientras estemos en otro mundo, vamos a limitar nuestra atención a los clientes. No has estado nunca en París y yo conozco esta ciudad como la palma de mi mano. Te ordeno que me sigas.

—¡A sus órdenes, señor!

Alice sonrió. Era su gran aventura e iba a disfrutarla mientras durara.

—¿Dónde aprendiste francés?

Estaban sentados en la terraza de un café cerca del Louvre, después de haber pasado un par de horas admirando obras de arte. Él había cumplido su palabra y habían trabajado lo mínimo durante los dos días anteriores. Habían recibido a François y Marie después de haber firmado oficialmente el trato y habían comido con otro posible cliente que había sido muy amable y comunicativo, pero, sobre todo, habían hecho el amor. Se sentía vibrante y maravillosamente viva. Había vivido en una carretera secundaria y, en ese momento, la habían montado en un Ferrari que volaba por una autopista. Era apasionante, pero le aterraba el muro de ladrillos que había al final de la autopista.

—Lo he aprendido solo.

Gabriel dio un sorbo de café mientras admiraba la delicadeza de su piel y sus labios carnosos. Era un descubrimiento. Eran amantes, pero eso no mermaba su capacidad de concentrarse y trabajar. Hacían el amor, pero ella no exigía su atención constante y tampoco parecía que quisiera que eso durara después de París. Lo cual, era fantástico. Estaban viviendo una aventura sin ataduras, pero ella no había dicho

cuál era su tipo y tenía que reconocer que eso lo molestaba.

—Increíble —Alice se rio—. Aprendes muy deprisa.

—La necesidad es la madre de la ciencia —comentó él con ironía.

Si ella supiera… Sin los privilegios de una educación cara, habiendo pasado los años de formación metiéndose en líos o evitándolos, había tenido que aprender deprisa para competir una vez fuera de ese mundo atroz. Su talento natural y su intelecto desbordante lo habían impulsado hacia delante, pero también había sabido desde el principio que necesitaba saber otro idioma. Había trabado amistad con un francés en cuanto pisó el parqué y se había obligado a hablar solo en francés cuando estaban juntos. Había aprendido la jerga de la bolsa en francés y le había sido muy útil a lo largo de los años.

—¿Qué quieres decir?

—Que ya va siendo hora de que volvamos al hotel. A mi libido le pasan cosas cuando te miro.

Él se acabó la taza de café y se levantó. Alice lo siguió inmediatamente. Ella sabía que había hecho lo que había decidido no hacer, había quedado hechizada. En Londres había visto al empresario brillante, al hombre con una energía formidable que encauzaba en el trabajo. Sin embargo, allí había visto a otro hombre. Al hombre ingenioso, instructivo, encantador y sexy, y la había hechizado. Peor aún, si era sincera, sabía que la había enamorado. Para ella, eso no se limitaba al deseo. Eso era el terreno inmenso y desigual del amor, la absorción absoluta por otra persona, el anhelo y la incapacidad de imaginarse la vida sin él. En un mundo perfecto, era la sensación intensa y abrasadora que sería correspondida. En su mundo imperfecto, era la pesadilla que no podía ni evitar ni pasar por alto. Le daba náuseas solo pensar en ello.

Había tenido relaciones sexuales con un hombre que la encontraba atractiva, pero nada más. Le había entregado el corazón a un hombre que no iba a corresponderle. Gabriel Cabrera no hacía el amor. En realidad, no hacía nada que se pareciera ni remotamente a la intimidad, o, al menos, a lo que ella entendía por intimidad. Se había dado cuenta de que, cuando le preguntaba algo, él sonreía y cambiaba de tema tajantemente. Su esencia seguía oculta. Eso era lo que le gustaba a él y era algo que no iba a cambiar nunca. ¿Podía haber sido más ridícula? Contra todo pronóstico, contra todo el sentido común que tenía, había entregado el sentimiento más preciado a un hombre que saldría corriendo si lo sabía. Sintió vértigo y tuvo que hacer un esfuerzo para volver a parecer normal.

Llegaron al hotel en un tiempo récord. Iban a cenar en uno de los restaurantes favoritos de Gabriel en Montmartre, un sitio lleno de gente variopinta. Les quedaban dos horas y ella sabía cómo iban a emplearlas. En la habitación de él, en la cama de él. Ella siempre

volvía a su habitación aunque fuese de madrugada, pero siempre se acostaban en la habitación de él.

—No puedo dejar de tocarte —él la empujó contra la puerta cerrada —. Acaríciame.

Se desabotonó los vaqueros y se bajó la cremallera para liberar el miembro palpitante. El contacto de su mano fría mientras se abría camino por debajo de los calzoncillos estuvo a punto de elevarlo más allá del límite.

—Vamos a usar la bañera…

Él se apartó y la llevó al cuarto de baño, que era el colmo de los caprichos. Una bañera enorme dominaba el centro, con dos lavabos y un espejo inmenso en un lado. Abrió el grifo y llenó la bañera con sales. Alice lo observó. Era poesía en movimiento y no se cansaba de él. La había despojado de su coraza protectora y la única suerte era que él no lo sabía. Se había ocupado de desvelarle tan poco como le había desvelado él a ella, aunque él sabía lo que pensaba de muchas cosas. Habían hablado de literatura, del arte que habían visto, de la comida que habían comido y del vino que habían bebido. Habían hablado de la gente que habían visto desde la terraza del café e, incluso, habían hablado de trabajo y del curso de contabilidad que iba a empezar.

—Noto que me observas —comentó Gabriel en tono burlón.

—Eso es porque eres un narcisista y crees que todas las mujeres del mundo te observan.

—Ah… —él se dio la vuelta sin dejar de sonreír y se desvistió lentamente—. Pero tú eres la única que me importa.

Ojalá… Ella había perdido todas las inhibiciones con él y no sabía cómo iba a volver a ser la perfecta secretaria cuando estaba loca por él, cuando él la había visto desnuda, cuando la había acariciado en los rincones más íntimos. Sin embargo, los hombres sabían distanciarse bien y ella haría lo mismo.

Los dos cabían perfectamente en la bañera y se puso entre sus piernas con la espalda sobre su abdomen y la cabeza en su cuello. Él se enjabonó una mano y le masajeó los pechos con calma. Notaba su verga de acero, una prueba evidente de lo mucho que lo excitaba. Cerró los ojos y se dejó arrastrar cuando él bajó la mano hasta introducirla entre sus muslos.

—No… —susurró ella entre jadeos cuando empezó a acariciarle la sensible protuberancia.

—¿No, qué?

—Para o…

Demasiado tarde. Se estremeció mientras alcanzaba el clímax, se le aceleró la respiración y gritó. Se sentó encima de él, pero sabía tan bien como él que era demasiado arriesgado sin protección. En vez de

eso, hizo lo mismo que él le había hecho a ella. Ver cómo llegaba al clímax era tan excitante que no pudo esperar a que salieran del baño y llegaran a la cama. ¿Se lo imaginaba o sus relaciones sexuales habían adquirido un apremio que no tenían antes? Se marcharían la tarde siguiente.

Él habría podido seguir acariciándola y haciendo el amor con ella, se habría olvidado de la cena, pero solo les quedaba una hora para prepararse y salir del hotel.

—Entonces…

La abrazó. No se habían secado casi, habían estado demasiado ávidos el uno del otro.

—Nos marchamos mañana —añadió él.

—Sí —confirmó ella con una mano en su pecho.

—¿Qué te parece París?

—Creo que volveré algún día. Es precioso. Me encantan los museos, la arquitectura… No hay nada que no me encante.

—¿Y Londres? Creo que esto que tenemos no ha llegado a su fin…

Lo excitaba tanto como el primer día, incluso como antes, si era completamente sincero.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir, mi querida secretaria, que no estoy preparado para que acabe nuestra estancia en otro mundo.

Ella lo miró a los ojos. No estaba preparado para que eso acabara. Sabía que quería decir que no se había cansado de ella, pero se cansaría y entonces la destrozaría completamente. Más aún, tenerla cerca lo desesperaría. Solo sería otra mujer de la que tendría que deshacerse, pero ella seguiría trabajando para él, seguiría siendo visible. ¿Acabaría comprándose un ramo de flores de despedida para sí misma?

—No creo que sea la mejor solución.

Él se apartó y la miró con el ceño fruncido.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Gabriel con una sonrisa—. Todavía nos excitamos. No podemos negarlo, Alice. Trabajas para mí y siempre he mantenido el principio de no mezclar el placer y el trabajo, pero, como suele decirse, a buenas horas, mangas verdes.

—Gabriel, cuando nos marchemos, se habrá acabado. Es lo que dije al principio y lo mantengo.

¿Habría reaccionado de forma distinta si no se hubiese enamorado? ¿Habría podido mantenerlo como algo divertido y esporádico y luego, cuando hubiese terminado, haber vuelto tranquilamente a su vida de siempre? Estuvo tentada de seguir ese camino, pero se resistió con la firmeza de alguien que nadaba contracorriente.

—No lo dices de verdad.

Ella se sentó en la cama y empezó a vestirse sin mirarlo.

—Mantengo todas y cada una de las palabras, Gabriel. Ha sido increíble, pero…

Él no podía creerse lo que estaba oyendo. Ninguna mujer lo había rechazado. Siempre había sido él quien las rechazaba.

—¡Pero no podemos dejar de tocarnos! —exclamó él con una mirada desafiante mientras se levantaba y agarraba los calzoncillos—. ¡No sé cuál es el problema!

Una vez vestida, se sintió con fuerzas para mirarlo a los ojos como ascuas, pero, aun así, tuvo que mantener las distancias.

—El problema es que no pensamos igual, Gabriel. Tú lo tomas porque puedes y luego, cuando te has cansado, pasas a otra. Yo no soy así. No quiero perder el tiempo teniendo una aventura con alguien si no creo que lleva a alguna parte. Que no es el caso —añadió ella inmediatamente para que él no pensara que estaba pidiéndole que expresara lo que sentía por ella—. Solo digo que tenemos que tener las cosas claras. Ha sido como una burbuja. Es demasiado tarde para decir que no fue una buena idea, lo hecho, hecho está. Ahora podemos pasar página, seguir nuestra relación laboral y dejar esto como algo que disfrutamos y que no volverá a repetirse.

—No puedo creerme que esté oyendo esto. He conocido muchas mujeres retorcidas en mi vida, ¡pero tú no eres una de ellas!… ¿o sí?

Eso le llegó al alma. No era nada parecido, si él supiera… Afortunadamente, no lo sabía.

—No lo soy —se limitó a replicar ella—. Soy realista. Como tú. Sin embargo, nuestras realidades son distintas. Quiero un hombre para toda la vida y estoy dispuesta a hacer lo que haga falta para encontrarlo. Tú quieres una mujer para dos minutos y nunca buscarás algo que dure más.

Capítulo 7

Se habían marchado de Londres con un tiempo primaveral y prometedor. Habían vuelto con un tiempo frío y gris que duró dos semanas más.

París parecía un sueño maravilloso que había que mantener confinado y sacarlo solo por la noche, cuando recordaba adónde habían ido, de lo que habían hablado y, sobre todo, la excitación embriagadora de cuando habían hecho el amor. Había hecho bien al haber hecho lo que hizo. Él rebatió su decisión durante cinco minutos, intentó convencerla de que seguir con su aventura era una buena idea, pero ella se había dado cuenta de que, en definitiva, él había cedido y había pasado página.

Y en ese momento… Suspiró y frunció el ceño para intentar concentrarse en el ordenador. No pasaba un minuto del día sin sentir su presencia. Cuando estaba cerca de ella para explicarle algo, notaba que su cuerpo, débil y traicionero, empezaba a derretirse. Su cabeza intentaba aislarlo, pero su cuerpo recordaba lo que había sentido bajo esas manos y esa boca. A él, en cambio, parecía no costarle seguir con su relación laboral. En los momentos más sombríos, pensaba que se sentía aliviado porque ella había tomado esa decisión, que le había ahorrado el esfuerzo de tener que organizar una ruptura que no acabara con la situación que tenían.

La puerta que conectaba sus despachos se abrió y ella levantó la cabeza con una sonrisa tensa.

—Necesito que me reserves dos entradas para la ópera. Los mejores asientos.

Alice asintió con la cabeza y sin dejar de sonreír, pero algo le atenazó las entrañas dolorosamente. Tenía que pasar y se había preparado para cuando llegara el momento de que hubiese encontrado una sustituta. ¡Dos semanas! Lo que vivieron no estaba casi ni enterrado.

—¿Para cuándo quieres que te reserve las entradas?

—Para esta noche.

—No sé si será posible, es una de las óperas más conocidas.

—Dales mi nombre. Hago donaciones generosas al Teatro de la Ópera. Encontrarán asientos —él se acercó a su mesa y dejó un montón de carpetas—. Tendrás que terminar esto antes de que te marches.

—¡Pero son casi las cinco y media!

—Mala suerte.

Se dio media vuelta, volvió a su despacho y cerró la puerta. Nunca se había desvivido por una mujer y no iba a empezar en ese momento, pero el distanciamiento gélido de ella lo sacaba de quicio. Era como si París no hubiese existido. Incluso, había vuelto a ponerse esa ropa gris e insulsa. También había intentado devolverle la ropa de marca que le ordenó que se comprara en París. Él, naturalmente, se había negado, pero sospechaba que toda había acabado en la beneficencia, que no quería recuerdos. Lo peor de todo era que todavía la deseaba. No podía mirarla sin recordar ese cuerpo esbelto y flexible que se retorcía debajo de él. Había decidido que necesitaba otra mujer. Ya había conocido el cambio y era hora de volver a lo de siempre.

Se puso a trabajar y no levantó la cabeza hasta que llamaron a la puerta y vio, con sorpresa, que eran casi las siete.

—¿Ya has terminado? —le preguntó dejándose caer sobre el respaldo de la butaca y mirándola con unos ojos indescifrables—. ¿Has escaneado y mandado todo?

—Tu cita está aquí, Gabriel.

Le costó un esfuerzo sobrehumano decirlo. Había vuelto al tipo de siempre. Bethany Dawkins era baja y con curvas y llevaba un ceñido vestido negro que tenía un escote que le llegaba casi hasta la cintura y que mostraba unos pechos abundantes detrás de una malla negra. La había mirado e, inmediatamente, se había sentido anodina y poco atractiva. Además, a juzgar por cómo la había mirado la otra mujer, había sabido que no era la única que pensaba eso.

Ya le había comunicado a él que tenía reservadas las entradas, pero dudaba que Bethany, con un pelo oscuro y ondulado, estuviera mínimamente interesada en la ópera.

—¡Fantástico! —exclamó él mientras se levantaba y empezaba a ponerse la chaqueta.

—Que lo pases muy bien —le deseó ella con los dientes apretados.

Gabriel se detuvo como si, de repente, se le hubiese ocurrido algo.

—Con Bethany, estoy seguro de que me lo pasaré bien. Alice, ¿te interesa la ópera?

—Sabes que sí.

Era la primera vez que ella se había referido a una de las muchas conversaciones que habían tenido bebiendo vino antes de volver al hotel como dos adolescentes que no podían pasar mucho tiempo sin tocarse.

—Es verdad, lo había olvidado. ¿Quieres acompañarnos? Estoy seguro de que podrán proporcionarnos otro asiento.

¿Y comprobar en directo lo fácilmente que había pasado página? ¿Verlos agarrados de la mano y mirándose con avidez? Así la había

mirado en París durante las comidas o en la limusina.

—Gracias, pero prefiero perdérmela. En cuanto a las carpetas, sí, ya está todo hecho y, si no te importa, me marcharé. Mañana voy a ir a Devon a visitar a mi madre y había pensado quedarme hasta el martes. Podría ver a ese cliente que está dándonos problemas en Exeter y te ahorraría el viaje a ti.

—¿A qué distancia de Exeter vive tu madre?

—Lo bastante cerca.

Otra cosa que se le había olvidado. Le había dicho el nombre del pueblo donde vivía su madre, aunque no le había dicho nada más. ¿Se había olvidado de todo lo que le había contado? Había parecido muy atento, pero ¿le había entrado todo por un oído y le había salido por el otro? Eso parecía y le dolía porque ella había estado entregada cuando había hablado con él.

—Creo que tu imponente acompañante podría estar poniéndose nerviosa —siguió ella.

—¿Por qué te importa eso?

Se preguntó por qué querría desaparecer de repente durante cuatro días. No había dejado de pensar en ella desde que lo abandonó tan rotundamente, y era algo que lo desconcertaba y enfurecía a partes iguales. Por eso había decidido buscarse una sustituta, pero ni la apetecible mujer que estaba esperándolo conseguía mitigar la curiosidad que sentía por Alice. Sabía que iba a visitar a su madre todos los fines de semana y le parecía muy raro, llevaba el amor filial a un extremo casi increíble. Además, ese fin de semana quería quedarse más tiempo. Sabía que el pueblo estaba a cuarenta y cinco minutos en coche del cliente, entonces, ¿por qué tenía esa necesidad de quedarse todo el día? ¿Visitaba a alguien más cuando desaparecía en esos viajes misteriosos? Cuanto más lo pensaba, más probable le parecía y, naturalmente, solo podía haber un motivo para que fuese hasta allí todos los fines de semana sin excepción; un hombre.

Se había acostado con él y él le había gustado enormemente, o, al menos, eso había creído. La verdad era que le parecía sospechoso que, si le gustaba tanto, pudiera tratarlo como a un desconocido en cuestión de horas. Las mujeres no hacían eso. ¿Por qué iba a ser Alice una excepción? Era como si la mujer que había sido en París se hubiese quedado allí.

Nunca había dejado volar la imaginación. Siempre le había parecido que era un lujo de las personas que tenían demasiado tiempo libre, pero en ese momento, mientras estaba allí mirándola, estaba dándose cuenta de que su imaginación estaba jugándole una mala pasada.

Se había acostado con él, pero ¿lo había hecho porque no podía hacerlo con el hombre que deseaba de verdad? ¿Estaba casado? ¿Sus visitas a su querida madre en realidad eran para acostarse con un

desalmado con mujer e hijos que se acostaba con ella de vez en cuando y le prometía que algún día abandonaría a su familia? Lo vio todo rojo.

—Espero que estés aquí a primera hora del lunes. Harrisons puede esperar. Tenemos demasiado trabajo aquí para que te tomes un día libre.

—Ya tengo programado el día libre —replicó ella con brusquedad —. Estaba siendo amable cuando me he ofrecido a visitar a Harrisons, en realidad, me partiría el día. Sin embargo, están a tiro de piedra y seguramente esté por esa zona haciendo… unas compras. No me importa pasarme y recabar la información que necesitamos.

¿Cómo se atrevía a pensar que podía ser intransigente con ella solo porque había pasado página y ya estaba con otra?

Entonces, Bethany apareció por la puerta con expresión de petulancia. La había conocido hacía unos meses en un acto empresarial. Su padre, un argentino de cincuenta y muchos años con una empresa que él estaba pensando adquirir, la había llevado porque su esposa estaba en un crucero con unas amigas, según le había contado a él. Bethany se entusiasmó visiblemente en cuanto lo vio y lo siguió toda la noche, para deleite de su padre. Tenía treinta años, era increíblemente sexy y, por lo que le contó con una voz muy sensual, estaba aburrida como una ostra de toda esa gente que hablaba de trabajo. Él tomó su número de teléfono, le insinuó que la llamaría pronto y se olvidó de su existencia, aunque ella se la recordó varias veces durante los meses siguientes. Al final, hacía dos días, decidió atender sus insistentes ofertas. Así se sentía cómodo, cuando las mujeres lo perseguían, no cuando era él quien tenía que perseguir para que lo rechazaran.

Miró a las dos mujeres. Las diferencias no podían ser más evidentes. Alice era unos quince centímetros más alta, con zapatos planos, y delgada; llevaba el pelo recogido y tenía un rostro inteligente y atractivo, más que exuberantemente hermoso. Transmitía una serenidad impasible de la que carecía la mujer más baja y más sexy. Tuvo que sofocar la irritación que le producía darse cuenta de que estaba perdiendo el interés por la cita ardiente de esa noche.

—Pasadlo muy bien.

Alice no podía soportar verlos juntos, ver a su sustituta, quien tenía todo lo que ella no tenía. No soportaba la idea de haber sido la rareza esporádica y se preguntó si Gabriel se habría sentido atraído por ella porque era completamente distinta a las mujeres con las que salía.

Bethany había perdido todo el interés por Alice y se alisaba el vestido ceñido como si quisiera saber qué opinaba Gabriel. Alice se dio media vuelta para no ver la mirada voraz de Gabriel, una mirada que también le dirigió a ella hacía un tiempo.

—Muy bien, os dejo solos —siguió ella para interrumpir a los tortolitos y Gabriel la miró.

—Te lo agradezco —dijo él en un tono muy cortés y con unos ojos indescifrables—. Que pases un buen fin de semana… visitando a tu madre.

—La verdad es que tenía otras cosas planeadas.

Ella lo dijo porque él había hecho que pareciera penosa y lo había hecho intencionadamente, o no… Quizá solo la hubiese devuelto al cajón de la secretaria eficiente que ocupaba los fines de semana visitando a su madre. Aunque no sabía toda la historia que había detrás de esas visitas.

—Vaya, ¿algo apasionante?

Gabriel aguzó todos los sentidos. Bethany lo agarraba del brazo y tuvo que hacer un esfuerzo para no soltárselo con impaciencia.

—Bueno, veré a un par de personas —contestó ella sin dar explicaciones—. Ya sabes…

Él no lo sabía y esa ignorancia se adueñó de su cabeza el resto de la noche. Estaba molesto con su acompañante y más molesto todavía consigo mismo porque, antes de París, Bethany habría sido justo lo que necesitaba para aliviar el estrés. A ella no le importaba lo que pasaba en el escenario y le preguntó varias veces cuál era al argumento. Se dedicó a mirar alrededor para ver si reconocía a alguien y se alegró cuando terminó el suplicio y ya podían ir a comer algo. Aunque le dijo con un ronroneo que lo que le encantaría de verdad era comer algo en casa de él.

No iba a acostarse con ella, no iba a pasar nada de nada. Fueron a cenar, la escuchó mientras pensaba en otras cosas que no le gustaban, la montó en su coche con chófer, se disculpó y volvió solo a su casa. Solo podía pensar en el comentario de Alice. Iba a ver a otras personas y la idea de que tenía otro hombre le dominaba la cabeza y le destrozaba la seguridad en sí mismo que llevaba como una capa. Si lo había utilizado, si había sido una especie de sustituto de un hombre que no podía comprometerse con ella, tenía derecho a saberlo.

Sabía dónde vivía su madre. Ella había hablado de eso por encima y había mencionado la casa con una sonrisa. Había hablado del pueblecito y del camino por el que le gustaba pasear cuando iba de la casa al pueblo oliendo las flores en primavera o deleitándose con las hojas caídas en otoño. Tenía más memoria que un ordenador y no se había olvidado de nada de lo que le había contado en París cuando había bajado la guardia y había dejado escapar retazos de su pasado mientras hablaban de arte o de la situación del mundo.

Mucho más tarde, cuando fue a acostarse con el ceño fruncido, pensó que Alice habría disfrutado con la ópera. Ella no habría preguntado un montón de idioteces, no habría contenido bostezos y

no habría estado mirando alrededor como un niño aburrido en una reunión de adultos. Todo volvía a Alice. Nunca había estado tan obsesionado con una mujer y se preguntaba si sería porque seguía teniendo la sensación de que había un asunto inconcluso entre ellos. Si había algún hombre misterioso, ese asunto quedaría cerrado y ella tendría que buscarse otro empleo, pero, si no lo había… Quizá tuvieran que llegar a la conclusión natural de lo que había empezado en París. Era posible que ella dijera que no quería, pero él sí quería y siempre conseguía lo que quería.

Terminó la cena y fue con su madre a la salita que daba al jardín donde Pamela Morgan pasaba mucho tiempo. Su madre estaba ocultándole algo y eso le preocupaba. Aunque iba a ver a su terapeuta el lunes por la mañana, no podía evitar preguntarse si habría tenido una especie de recaída. La sala era luminosa y espaciosa, muy distinta de la sala de la casa de su infancia. Había fotos de ella de cuando era niña en la repisa de la chimenea y las butacas y el sofá eran mullidos y cómodos. Era una habitación vivida, algo que su padre había detestado porque prefería que nada le recordara que tenía una familia.

—Estabas contándome tu viaje a París —le recordó su madre.

Ella se sentó encima de los pies con las zapatillas de estar por casa. En realidad, le parecía que no había hecho otra cosa que hablar de su viaje a París. El fin de semana anterior había pasado lo mismo y, aunque había intentado no hablar de Gabriel, había acabado hablando de él y contando algunas de las anécdotas que él le había contado. Su madre la había escuchado con atención, no la había interrumpido casi, y ella se preguntó si habría hablado más de la cuenta.

Sin embargo, si su madre quería que le hablara más de París, lo haría. Se había acostumbrado a tratarla con mucho cuidado. Eludía cualquier cosa que fuese un poco indiscreta y siempre tenía en cuenta que su madre no era la persona más fuerte del mundo. Había sido un día soleado y en ese momento, cuando el sol empezaba a ocultarse, el jardín tenía una luz preciosa. Una salsa de carne borboteaba en la cocina y más tarde cenarían juntas. Luego, como siempre, se acostarían temprano. Mientras hablaba, su cabeza no dejaba de pensar en Gabriel y en lo bien que estaría pasándoselo con esa morena de bolsillo. ¿La ópera habría sido un aperitivo previo a la comida principal? Naturalmente. La comida principal habría sido el dormitorio. Gabriel sería vago cuando se trataba del aspecto sentimental, pero era todo lo contrario cuando se trataba del físico. Le gustaría poder apretar un botón y quitárselo de la cabeza, librarse de todos esos recuerdos que estaban amargándole la vida. No quería dejar el empleo, pero empezaba a ser una posibilidad. El día anterior,

cuando vio a esa mujer en la oficina… Le había recordado lo fugaz que había sido ella para él

Se quedó callada y vio que su madre la miraba con los ojos entrecerrados. Sonrió e intentó acordarse de lo que estaba hablando. ¿De París? ¿Del trabajo? ¿Del nuevo novio de Lucy?

—Estás dispersa —comentó Pamela con delicadeza—. Lo estás desde que volviste de París. No será por tu jefe, ¿verdad? Parece que te ha impresionado mucho.

—¡Claro que no! —replicó ella sonrojándose—. ¡No sería tan estúpida! Ya sabes lo que pienso sobre todo eso de las relaciones después de…

—Lo sé, cariño. Después de tu padre y de ese novio espantoso que tuviste. Pero… pero no puedes dejar que eso dicte tu futuro.

—Claro… claro que no —balbuceó Alice atónita—. Es que hay que tener cuidado, es muy fácil equivocarse. Si alguna vez me comprometo en serio con un hombre, me cercioraré de que es el acertado. Mamá, tendrías que conocer a mi jefe. Tiene un montón de mujeres que le satisfacen sus necesidades hasta que se deshace de ellas y luego, diez segundos más tarde, una versión muy parecida a la anterior va tras él. Las trata como a manzanas. Se come la que le apetece y tira el resto.

—Eres demasiado joven para ser tan escéptica sobre los hombres.

Alice se mordió la lengua, pero su madre y ella se conocían muy bien y sabía que su madre estaba pensando que, si no tenía cuidado, acabaría sola porque nadie daría la talla.

—Prefiero quedarme sola que cometer un error —replicó ella con las mejillas sonrojadas.

Su madre suspiró y bajó la mirada. No le gustaba discutir, a Alice tampoco, pero tenía que ser firme. Siempre había tenido que ocuparse de las dos y, en cierto sentido, le parecía una traición por parte de su madre que le dijera que era demasiado escéptica sobre los hombres.

—¿Para qué sirve la experiencia si no aprendes nada?

Efectivamente, ¿de qué le había servido a ella? Se había dejado arrastrar por la misma oleada de deseo que arrastraba a todas las mujeres que se acercaban a Gabriel. Además, no se había quedado en el deseo, había dado otro paso y se había enamorado de él. Su madre se habría angustiado si lo hubiese sabido. Pamela Morgan también se había esforzado por cultivar un escepticismo sano en lo relativo a los hombres. No tenía nada de malo, se llamaba «realidad». ¿Cuántas veces habían dicho en broma que los hombres daban más problemas que satisfacciones? Aunque para su madre había sido algo más que una broma.

Normalmente, comían en la cocina, salvo que las dos quisieran ver algo en la televisión. Aunque su madre siempre decía que comer

viendo la televisión era una costumbre muy fea. Sin embargo, su madre veía mucho la televisión y había algunas series policiacas y programas de jardinería que no quería perderse. Esa noche, puso la mesa mientras su madre se quedaba en la sala haciendo un crucigrama y viendo la televisión. Había estado a punto de discutir con su madre y se sentía fatal. Ese hombre no solo se entrometía en sus pensamientos, y en sus sueños, sino que también estaba consiguiendo estropear la comunicación fluida con su madre.

Puso de golpe los manteles individuales e iba a agarrar las copas de vino cuando llamaron a la puerta. Todo el mundo usaba la puerta de la cocina, pero esa persona, fuera quien fuese, había llamado a la puerta principal. Dudó un instante, pero dejó lo que estaba haciendo y llegó a la puerta principal a la vez que su madre.

—Siéntate otra vez —casi le ordenó Alice—. Yo me libraré de quien sea.

—¡No! Quiero decir, cariño, que yo me ocuparé. No me gusta decirle a la gente que se largue. Ya sabes, es un pueblo pequeño y no me gustaría tener fama de ser antipática con las visitas.

—Mamá, si es una visita, no voy decirle que se largue, pero, si es alguien que intenta vender acristalamiento doble…

—Ya no hacen eso, ¿verdad?

Volvieron a llamar mientras divagaban y Alice, con un suspiro de desesperación, abrió la puerta y…

—¿Qué haces aquí?

Su madre estaba justo detrás de ella. Salió y medio cerró la puerta. Luego, volvió a meter la cabeza y le dijo a su madre que la visita era para ella.

—¿Quién es?

—Nadie. Vuelve a la sala y yo iré, literalmente, dentro de dos minutos.

Creyó por un instante que su madre no iba a hacerle caso, pero Pamela Morgan acabó dirigiéndose hacia la cocina después de mirar con curiosidad hacia la puerta.

—¿Qué quieres? ¿Qué haces aquí?

Gabriel la miró fijamente. Era una Alice que no había visto antes. No era la eficiente secretaria vestida de gris ni la glamurosa mujer con ropa de marca que se había comprado en París cuando estuvo con él. Era una chica con la cara lavada, que aparentaba la edad que tenía, que llevaba coleta, ropa gastada de estar en casa y unas zapatillas con un personaje de dibujos animados. El tiempo soleado le había sacado unas pecas por encima de la nariz. Se había olvidado completamente de por qué había ido, pero se alegraba de haber ido. Sintió algo solo de verla y tuvo que mirar hacia otro lado antes de mirarla otra vez.

—No podía sacarte de la cabeza.

¡Caray! ¿Acababa de decir eso?

—¿Qué?

Ella se quedó boquiabierta y pasmada. Tenía los ojos clavados en su rostro, que ya tenía una sombra de barba incipiente. Parecía cansado, desaliñado y sencillamente impresionante. Se había remangado el jersey de algodón y el vello moreno le recordó cuando tuvo esos brazos alrededor de ella. Además, los vaqueros se le ceñían a las piernas largas y musculosas. Notó que se le endurecían los pezones, que anhelaban que se los acariciara y lamiera.

—¿No deberías estar con… esa mujer que fue ayer a la oficina? —preguntó ella con la voz ronca.

Él esbozó una sonrisa lenta y burlona que le llegó al alma. Se miró los pies. El pulso le palpitaba desenfrenado y, con esa ropa, sintió lo mismo que había sentido en París cuando tiró toda la prudencia por la borda y se metió en la cama con él. Hacía que sintiera algo libre y sin ataduras y lo odiaba porque sabía que solo era una ilusión.

—Resultó que no me convenció.

Había tomado una decisión nada más verla. Ya no iba a decirse que no estaba hecho para conquistar a una mujer, ya no iba a fingir que no se ponía celoso cuando se la imaginaba con otro hombre. Si esas reacciones se debían a que no habían llegado a la conclusión natural, entonces dependía de él que llegaran. Si no, ¿cómo iba a sacársela de dentro?

—¿Vas a invitarme a entrar?

—No. No deberías estar aquí, Gabriel.

Sin embargo, le aliviaba saber que la morena de bolsillo no se había convertido en su sustituta. Era ridículo y una cobardía, pero no podía evitarlo.

—Ya sé que no debería —reconoció él pasándose los dedos por el pelo.

Alice lo miró desconcertada.

—¿Hay un hombre dentro? —preguntó él con una brusquedad súbita.

—Yo no soy como tú, Gabriel —contestó ella apretando los labios—. Yo no salto de cama en cama.

—Yo tampoco salté a ningún sitio con Bethany. La monté en el coche y el chófer la llevó a su casa. Fin de la historia.

—Vete, Gabriel.

Ella suspiró y miró fijamente a un punto indefinido, pero tenía su imagen tan grabada en la cabeza que era como un virus que llevaba en el organismo.

—No voy a irme a ningún sitio.

—¿Por qué? ¿Por qué? Te he dicho…

—Déjame entrar.

—Crees que siempre puedes conseguir lo que quieres.

Gabriel la miró y ella se estremeció. ¿Qué haría si la besaba en ese momento? Se derretiría. Ya estaba derritiéndose entre las piernas y mojando la ropa interior. Le había dicho que no podía sacársela de la cabeza. Eran unas palabras que no tenían sentido, pero le retumbaban en la cabeza y le daban vértigo.

—Déjame entrar.

Él era tan inamovible como una roca con toda su imponente magnificencia. Ella se apartó con un suspiro de resignación.

Su madre estaba en la cocina y se la presentó a Gabriel. Pamela Morgan empezó a hacer preguntas sin disimular la curiosidad y ella gruñó para sus adentros. Si no le hubiese contado nada de Gabriel, podría haberlo sacado de la casa sin mucha dificultad, pero le había hablado tanto de él que había despertado una curiosidad que ya era imparable.

—¡No me habías dicho que era tan guapo! A mi hija le encanta su empleo. Puedo decirlo porque habla mucho de él. Y París… ¡Qué maravilla que tuviese la oportunidad de ir! ¡No para de hablar de ese viaje!

—¡Tú me preguntaste, mamá! —Alice evitó mirar a Gabriel, pero podía notar que también se moría de curiosidad—. ¡Hablé de París porque me lo preguntaste!

—Estoy molestando —murmuró Gabriel.

Pamela Morgan era una mujer atractiva con una fragilidad que no tenía su hija. Ni siquiera el vestido holgado y la larga chaqueta de lana de color crema podían ocultar su belleza. ¿Su hija sería tan cohibida sobre su apariencia por eso? ¿Habría alguna rivalidad entre madre e hija? No lo creía. Lo que sí había, y claramente, era un lazo muy fuerte. Era la primera vez que conocía a un familiar de una mujer con la que se había acostado y tenía una curiosidad inmensa por atar cabos, una curiosidad inmensa e inexplicable por saber más.

—¡No estás molestando! ¿Verdad, Alice?

—Es muy amable… ¿Puedo llamarte Pamela? ¿Sí? Bueno, eres muy amable, pero no me quedaré mucho tiempo.

—Claro —Alice se levantó con una sonrisa muy amplia y muy falsa —. Gabriel tiene que marcharse, ¿verdad, Gabriel? Seguramente, tendrá un montón de planes para esta noche.

—Ni uno —Gabriel se sentó en la silla de la cocina que le habían ofrecido—, pero lo tendré si me permitís que os lleve a cenar.

Él captó que las dos se miraban un instante antes de que Pamela Morgan se levantara y se cerrara más la chaqueta.

—Salid vosotros dos. Acaban de abrir un restaurante muy bonito en el pueblo.

—¿De verdad? —Alice contuvo la respiración—. ¡No! ¡No vamos a

ir a ninguna parte!

Miró a Gabriel con el ceño fruncido y él la miró con una sonrisa de satisfacción.

—¡Sí vas a ir, Alice! Insisto. Cenamos en casa todos los fines de semana y te vendrá bien salir y conocer ese sitio para variar. Además, tengo comida y lo que sobre lo guardaré en la nevera. Y hace un tiempo muy bueno después de todo lo que ha llovido. Alice, cámbiate y los dos podéis salir a divertiros un rato.

—Mamá…

—Si no te importa, Pamela… —Gabriel se levantó irradiando un encanto natural—. ¿Por qué no vas a ponerte de punta en blanco, Alice? Mientras tanto, Pamela y yo nos conoceremos un poco.

Capítulo 8

Alice echaba humo. ¿Por qué se había presentado en su casa? Era algo inusitado en él, pero también sería inusitado que una mujer pudiera dejarlo. ¿Por eso habría dicho que no podía sacársela de la cabeza? Si le quitaba cualquier otro sentido a ese comentario, solo quedaba un hombre que quería algo de lo que le habían privado, y lo quería como fuese. ¡Era insoportable!

Además, no tenía nada que ponerse. No iba a Devon para salir por las noches. Solo tenía ropa cómoda para estar en casa. Dejó escapar un gruñido y rebuscó por las baldas inferiores, donde se había guardado y olvidado la ropa de otros tiempos.

Le parecía que la presencia de Gabriel en casa de su madre era una invasión de su intimidad. Estaba viendo dónde había vivido durante años; estaba viendo las fotos de ella que había en cada rincón de la casita; estaba viendo los dibujos que ella había hecho y que su madre había enmarcado en cuanto tuvo una casa propia. Él era un multimillonario y ella no podía evitar preguntarse qué pensaría de la casa de su madre, una casa demasiado pequeña y repleta de recuerdos y de cositas que no habían costado casi nada. Las cosas más caras se vendieron con la casa cuando su padre murió. Su madre no había querido llevarse malos recuerdos allí a donde fuera a echar raíces. Ella no estaba avergonzada de dónde había vivido, pero era humano ver sus circunstancias personales a través de los ojos de otra persona. En ese caso, su arrogante e inmensamente rico jefe. Miró su dormitorio con ojos críticos. No lo habían tocado desde que ella se marchó. Estaba en buen estado, pero era anticuado, con unos muebles y un papel de pared que fueron prácticos, pero sin refinamiento. Cumplieron su función, pero, por primera vez, se avergonzaba un poco de no haber animado a su madre para que hiciera algunas renovaciones básicas. Parte de lo que ganaba servía para pagar la terapia de su madre, pero siempre quedaba algo para gastar un poco en la casa. Su madre, aunque también habría podido permitirse parte de esas renovaciones, habría desechado la idea como un despilfarro. Eso, como otras muchas cosas, era un legado de su desdichada vida anterior, cuando el dinero se había dilapidado y cuando había poco dinero para la casa.

Ansiosa por bajar para atajar la conversación que Gabriel estuviera teniendo con su madre, se duchó y se cambió todo lo deprisa que

pudo. Los pantalones negros que estaban doblados en la balda inferior todavía le servían y el jersey rojo le quedaba un poco ancho, pero conservaba el color y era más alegre que el gris, negro y azul oscuro del resto de su ropa. Además, de repente, decidió maquillarse un poco y pintarse ligeramente los labios.

«No podía sacarte de la cabeza…». Ese comentario estaba socavando sus defensas, estaba minando su convicción de que solo era otro ejemplo de su arrogancia. Gruñó otra vez.

Entró en la cocina. Gabriel estaba tomando una taza de té y su madre estaba riéndose. ¡Riéndose! Los dos la miraron como si fuesen unos chiquillos a los que habían sorprendido en plena conspiración. Ella tomó aliento y contuvo las ganas de preguntarles qué era tan gracioso. ¡Se había marchado hacía menos de cuarenta minutos y se habían hecho amigos!

—Esto es lo único que he podido encontrar para vestirme —comentó ella en tono hosco.

Gabriel la miró con una sonrisa ávida.

—Estás muy guapa, cariño. ¿Verdad que está guapa, Gabriel? Deberías ponerte más cosas rojas, te sientan bien.

—Desde luego… —murmuró él—. Vamos a un restaurante italiano. Tu comida favorita.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó su madre con una falta de tacto absoluta, le pareció a Alice.

—Bueno, sé muchas cosas de tu hija, Pamela…

—Cuando te encuentras atrapada en la compañía de alguien todo el día, puedes llegar a saber cosas superficiales de esa persona —le interrumpió Alice.

—¿Atrapada en mi compañía? Yo creía que tú, más bien…

—De acuerdo —Alice volvió a interrumpirlo antes de que dijera algo que picara más todavía la curiosidad de su madre—. ¿Nos vamos? No quiero alargarme porque…

—¿Dónde vas a quedarte, Gabriel?

—Bueno, no lo había previsto —contestó él encogiéndose de hombros.

—Te ahorrarás algo de dinero si te quedas aquí. Hay un cuarto libre que es pequeño, pero agradable. Lo uso de cuarto de costura, pero puedo guardar las cosas en el costurero.

—Gabriel no necesita ahorrar dinero, mamá. Además, estoy segura de que no se quedará a pasar la noche.

—Ya es demasiado tarde para que vuelva a Londres —replicó él pensativamente—. Además, ¿a quién no le viene bien ahorrar un poco?

Alice dominó una risa histérica. Ese era el mismo hombre que solo volaba en primera clase y se alojaba en hoteles de cinco estrellas.

Dudaba mucho que el concepto de ahorro se le hubiese pasado alguna vez por la cabeza.

—Sería una grosería por mi parte rechazar una invitación tan amable.

Sonrió a Pamela con una sonrisa que habría conseguido que cualquier mujer del mundo le comiera en la mano.

—No —intervino Alice con firmeza—. Si no puedes volver esta noche, estoy segura de que podremos encontrarte algún hotel cómodo. Más cerca de Exeter, claro, porque estoy segura de que el lunes temprano querrás visitar a Harrisons…

—Naturalmente, te quedarás aquí, Gabriel. Nunca había visto a mi hija tan contenta y satisfecha como lo está desde que trabaja para ti. Si, además, quieres regalarme una tostadora nueva, sería imperdonable por mi parte negarme.

Dicho lo cual, su madre los sacó de la cocina. Alice, con la cabeza muy alta, se puso la chaqueta que tenía colgada junto a la puerta y salió a la oscuridad. Hizo oídos sordos a las bromas entre su madre y Gabriel y, cuando la puerta se cerró, se dio media vuelta con los brazos en jarras.

—¿Cómo te atreves?

—¿Cómo me atrevo a qué? —preguntó él mientras la llevaba hacia el todoterreno negro.

—¡A hacerte amigo de mi madre!

—Estás siendo ridícula.

Abrió la puerta del acompañante y la ayudó a montarse.

—¡No estoy siendo ridícula! —exclamó ella en cuanto él se sentó detrás del volante—. No deberías haber venido aquí.

—No me dirás que no estás contenta… No, excitada porque he venido. Puedo sentirlo.

—No estoy…

Fuera lo que fuese lo que iba a decir, no pudo decirlo cuando la besó con voracidad, como había estado esperando hacer desde que volvieron de París y empezaron con la farsa de comportarse como jefe y secretaria, como si no hubiese pasado nada. La agarró con una mano en la nuca y siguió besándola. Sus lenguas se encontraron y sus cuerpos se anhelaron.

Ella sentía vértigo por la vehemencia de su propia reacción. Tenía los dedos entre su pelo y gemía con una mezcla de deseo y rechazo, y se odiaba a sí misma por su debilidad.

Entonces, él se apartó y la miró.

—No me vengas con cuentos de que no me deseas —gruñó Gabriel —. Si fuera a tomarte aquí y ahora, no saldrías corriendo del coche. Es más, colocarías ese cuerpo tan sexy en la mejor postura para que entrara en ti.

—Eso no…
—¡Sí lo es! ¡Deja de rehuir la verdad!
—¡Nunca he dicho que no fueras un hombre atractivo!
Sus labios todavía palpitaban, todo su cuerpo palpitaba. Él tenía razón. Podría tomarla si quisiera y era algo que la avergonzaba. Se había pasado dos semanas intentando mantener una actitud firme y él, en cuestión de segundos, la había derribado como si fuese un castillo de naipes. Quería llorar de desesperación. Gabriel, en cambio, sonrió y se concentró en la carretera.
—Vaya, resulta que nunca habías estado tan contenta como desde que trabajas para mí —comentó mientras conducía por la carretera que llevaba al pueblo—. Al parecer, soy un jefe apasionante.
—¿Eso es lo que te ha dicho mi madre?
—No es como me había esperado. Tenía la idea de que se parecía más a ti.
—¿Qué quiere decir eso, Gabriel?
—Que era fuerte, centrada, con opiniones propias. Es una mujer hermosa, Alice, pero me da la sensación de que vive alterada.
—No me gusta que fisgues en mi vida privada.
Sin embargo, lo dijo en un tono de derrota. Él había traspasado el último límite. En cuestión de semanas, ella había pasado de ser la secretaria fría y equilibrada que él había contratado para que sustituyera a una ristra de ineptas a ser una mujer que había quedado hechizada, que se había acostado con él y que, en ese momento, podría exponerle toda su vida.
—Estoy expresando interés, Alice. No estoy fisgando —replicó él con amabilidad.
—Nunca te he pedido tu interés.
Ella apoyó la cabeza en el reposacabezas de cuero y miró el paisaje oscuro que pasaba por la ventanilla. Llegarían enseguida al pueblo. En realidad, habrían podido ir andando. Hacía una noche agradable y era un placer pasear por los caminos aspirando el olor de los árboles y las flores. Era un paseo de media hora que siempre le había parecido terapéutico.
Efectivamente, las luces del pueblo aparecieron delante de ellos. Llegaron a la plaza, aparcó el coche y apagó el motor. La miró un momento. Tenía el rostro más cautivador que había visto, aunque estuviera mirando hacia otro lado. Quiso abrazarla y besarla otra vez. Había visto otra parte de ella y esa frialdad le parecía insoportable. Estaba pasmado por la intensidad de sus reacciones. No quería solo su cuerpo y su entrega. Jamás le había interesado lo más mínimo el pasado de sus amantes ni intentar entenderlas. Había tomado lo que le habían ofrecido sin mirar más allá. Efectivamente, había sido vago, pero ya no lo era.

—¿Por qué no se atreve tu madre a decirte que tiene un novio?

Alice giró la cabeza y lo miró con los ojos como platos.

—¡No seas absurdo! No sabes de lo que estás hablando. ¡No me gusta que metas las narices en mi vida, Gabriel!

Abrió la puerta, se bajó del coche y se quedó buscando un restaurante italiano. No sería difícil encontrarlo. En ese pueblo no había muchos restaurantes elegantes. En efecto, tardó dos segundos en ver el cartel de cuadros rojos y blancos donde antes había un colmado.

—¡No intentes escaparte!

La agarró antes de que pudiera huir a la seguridad del restaurante lleno de gente.

—¡No estoy escapándome! —estaba mirando esos intensos ojos oscuros. Estaba enojada porque él había entrado en su preciado terreno privado—. ¿Qué has querido decir con eso de que mi madre tiene un novio?

Él notó que se relajaba un poco. Ella lo había besado con la misma avidez que él. Luego, casi inmediatamente, lo había alejado de sí misma. Al menos, no estaba alejándolo en ese momento.

—Te lo contaré mientras cenamos. Supongo que es ese restaurante que hay allí, ¿no?

Él empezó a caminar, pero no le agarró el brazo, aunque quería agarrárselo.

Alice pensó que eso era el deseo. En París, cuando se sintieron en otro mundo, cuando ella se enamoró de él disparatada y estúpidamente, él le había mostrado cariño con todo tipo de gestos; tomándole la mano, dándole un beso, pasándole el pelo por detrás de la oreja… Sin embargo, ya no se sentían en otro mundo. Estaban otra vez en Inglaterra y quizá la deseara, pero esos gestos de cariño ya no eran apropiados. Él llevaba las manos en los bolsillos de la chaqueta y casi ni la miraba mientras se acercaban al restaurante.

—Muy bien, cuéntamelo —le exigió Alice a regañadientes cuando estuvieron sentados a la mesa y esperaban una botella de vino blanco.

—Lo siento si he dicho algo que habrías preferido no oír —dijo Gabriel con aspereza—. No fue una conversación larga e íntima con tu madre, Alice. Ella comentó de pasada que había un hombre interesado en ella, alguien a quien había empezado a ver hacía poco. Entonces, se rio nerviosamente y dijo que estaba reuniendo el valor para decírtelo.

Alice notó que le escocían los ojos. No sabía qué decir. Su madre no había dado indicios de que hubiese alguien, pero, si era sincera consigo misma, ¿cuándo fue la última vez que propició confidencias así? No, ella había hablado largo y tendido sobre los hombres y la necesidad de tener mucho cuidado, sobre lo que habían aprendido las dos con la experiencia. Se había referido muchas veces a su irresponsable padre como una lección que su madre no debería olvidar

nunca… Ese no había sido el terreno más propicio para que su madre le contara que estaba saliendo con un hombre.

—Entiendo.

Estaba rígida por el esfuerzo que hacía para contener las lágrimas. Le gustaría que él no fuese amable con ella. Le gustaría que fuese el malnacido que solo quería una cosa a cualquier precio. Se puso más rígida todavía cuando él le tomó una mano por encima de la mesa.

—Yo le dije que estaba seguro de que te encantaría saber que había encontrado compañía.

Ella, aunque era puntillosa, decía lo que pensaba y sobrellevaba las consecuencias, tenía un corazón muy grande. ¿Por qué lo sabía? Sencillamente, lo sabía.

—Es posible que no me encante tanto.

Ella retiró la mano y sonrió al camarero mientras servía vino en la copa de Gabriel y le preguntaba si le parecía bien. Se bebió su copa en cuanto la sirvieron y miró a Gabriel para que se la volviera a llenar.

—¿Qué quieres decir?

Alice tiró por la ventana lo que le quedaba de intimidad. Él había hecho tantas incursiones en su vida que ya no tenía sentido agarrarse a ella. Estimulada por el vino, suspiró y lo miró.

—Mi infancia no fue feliz. Mi padre era… autoritario y mujeriego. Yo me crié teniendo que sobrellevar lo que eso suponía para mi madre. Tienes razón, ella no es como yo. Siempre ha sido frágil —lo miró fugazmente para ver si estaba espantado por lo que estaba contándole, pero se derritió al ver que su expresión era comprensiva —. No puedo creerme que esté contándote esto. Yo… yo no soy una persona que suela contar confidencias.

—Te has criado siendo fuerte por el bien de tu madre.

Gabriel dio un sorbo de vino, alejó con impaciencia al camarero, que estaba acercándose para tomar nota del pedido, y pensó que eso era lo que se sentía cuando se participaba en la vida de otra persona. Él había vivido una vida solitaria, había forjado su propio destino, nunca había necesitado que nadie le aportara nada porque la experiencia le había enseñado que las aportaciones de los demás siempre eran interesadas. Se había criado librando solo sus batallas y, una vez libradas, llevándose el botín sin profundizar más. Era una fórmula que siempre le había dado buenos resultados. Además, todavía se los daba, se recordó con demasiada vehemencia antes de que el sentimentalismo nublara ese asunto.

—Cuando mi padre murió, mi madre quedó libre para hacerse una vida propia, pero había quedado maltrecha después de tantos años teniendo que soportar el egoísmo de él. Cada vez estaba más desasosegada y ahora… —Alice se encogió de hombros elocuentemente—. Acabó teniendo miedo a salir de su casa. Ha sido

bastante grave. Es más, tuve que contratar a un terapeuta para que intentara hacer magia… y está haciéndola. Ha salido más durante los últimos meses que en toda su vida. Son pequeños pasos, pero creo que soy culpable de haber dejado muy claro que no tenía que salir con otro hombre. Nunca lo dije en voz alta, pero… En cualquier caso, ¿quién es ese hombre?

—No sé nada en concreto, Alice. Como te he dicho, fue una conversación fugaz.

—Mientras te ocupabas de encandilarla, quieres decir —replicó ella con poco entusiasmo—. Me sorprendió que conociera este restaurante. Supongo que habrán venido y es fantástico. Significa que está saliendo de casa y empezando a hacerse una vida normal.

Sin embargo, ¿cómo era de normal su propia vida? Había estado tan ocupada cerciorándose de que las dos aprendían la lección sobre los hombres que se había olvidado de lo joven que era. Su madre había intentado recordárselo, pero ella lo había eliminado de las conversaciones.

—Ya está —añadió ella tajantemente—. Habría sido mejor que no lo hubieses sabido, pero…

—¿Por qué?

—¿Por qué? —Alice se rio con cierto nerviosismo—. Porque no te interesa la vida de los demás, Gabriel. Seguramente, estarás incómodo por haber acabado aquí conmigo contándote todo esto, pero tú tienes la culpa por haberte presentado sin avisar.

—Vaya, vuelve la Alice Morgan que quiere pelearse un rato conmigo. No va a darte resultado.

Ella estaba tentada de preguntarle por su vida personal, pero hubo algo que se lo impidió. Quizá no quisiera oír la cantinela de que nunca se comprometía con una mujer. Quizá quisiera creer que… ¿Qué? ¿Que quizá podría cambiarlo porque estaba enamorada de él? ¡Las ranas criarían pelo antes de que eso sucediera!

Sin embargo, mientras pedían la comida, ella supo claramente que había bajado la guardia con él, que la posibilidad de volver a la frágil relación que ella se había empeñado en mantener después de París había cambiado para siempre. Además, había visto otro atisbo de ese hombre tan complejo, un aspecto sinceramente atento que ocultaba bajo la coraza del afán de triunfar sin contemplaciones. También pensó, con pesadumbre, que mientras que ella nunca había aprovechado las ocasiones, mientras se había empeñado en que su relación inexistente con Alan era una demostración de que tenía que protegerse para que no le hicieran daño, su madre, a pesar de sus problemas y de su matrimonio devastador, sí había tenido el valor de aprovechar sus oportunidades. Las únicas oportunidades que había aprovechado ella eran aquellos días y aquellas noches en París,

cuando tiró la prudencia por la borda y permitió que su cuerpo dominara a su cabeza. Además, no perdió un segundo en volver a la seguridad de lo que conocía en cuanto llegaron a Londres.

Lo miró con cierto disimulo mientras comía, mientras la metía en una conversación aunque ella no quisiera y, con mucho tacto, no indagaba más en su pasado. Observó esos dedos largos alrededor del tallo de la copa de vino y la intensidad de sus ojos oscuros cuando la miró…

Gabriel, atento a cada matiz de su lenguaje corporal, notó que el ambiente había cambiado. Había dejado de ser el enemigo con el que ella se había acostado por error, el enemigo cuyos besos ardientes ella quería rechazar, pero no podía… La tenía y la satisfacción se adueñó de él. Había dejado de pensar que solo tenía que acostarse con ella para quitársela de la cabeza. En ese momento, solo pensaba que tenía que acostarse con ella. Tenía que sentir su cuerpo debajo de él y a su lado. Tenía que sentir sus muslos sedosos entre sus piernas. Tenía que acariciar sus pechos y notar que se derretía entre sus manos.

La cena le parecía interminable, aunque no creía que pudiera acostarse con ella en casa de su madre. Sintió un dolor muy agudo en las entrañas ante la idea de tener que esperar hasta que volvieran a Londres. Casi no podía concentrarse en la conversación de ella.

—Si prefieres que esta noche me quede en otro sitio, lo haré encantado —comentó él.

—¿Por qué lo dices?

—Porque has intentado por todos los medios disuadir a tu madre.

—Nunca había visto a mi madre tan obstinada —reconoció Alice dando por terminada una cena que había sido fantástica—, pero no —lo miró a los ojos y se le aceleró el corazón cuando él le sostuvo la mirada—. Se enfadaría si desaparecieras para quedarte en un hostal. Es más, me echaría la culpa. Seguramente, me culpa de protegerla demasiado. Si no hubiese sido tan… enérgica, quizá hubiese encontrado al hombre indicado un poco antes.

—Es posible que no sea el hombre indicado —replicó él con delicadeza—, es posible que solo sea un hombre que la saca de sí misma, alguien con quien quiere divertirse aunque no sea duradero…

—¿Qué quieres decir?

—Es preferible sentir algo, lo que sea, que esconderse detrás de una pared con la esperanza de que no acaben haciéndote daño

Él sabía, para su desgracia, que era un consejo que no seguía, aunque su falta de compromiso sentimental no tenía nada que ver con que pudieran hacerle daño. Sencillamente, no necesitaba comprometerse y no lo hacía. No había una mujer indicada para él porque no la necesitaba. Estaba muy bien como estaba, al revés que Pamela Morgan, quien quería más. Al revés que su hija, quien,

probablemente, también quería más.

—¿Crees que eso es lo que estoy haciendo? —preguntó ella en tono airado.

Sin embargo, el ambiente había cambiado y eso era emocionante. Además, no podía apartar los ojos del rostro delgado y moreno de él.

—Quieres más de mí —él se dejó caer sobre el respaldo de la silla y la miró con una indolencia tan sexy que su cuerpo se abrasó por dentro—. ¿Por qué no dejas de salir corriendo y tomas lo que quieres? Toma eso que no puedes dejar de mirar.

—Eres la persona más vanidosa que he conocido.

Tenía la respiración acelerada y él sabía perfectamente cómo reaccionaba a él. Lo sabía y le gustaba.

—Quieres acariciarme… Puedo sentirlo porque me pasa lo mismo. También quiero acariciarte. ¿Por qué crees que me he pasado horas conduciendo hasta aquí?

Alice pensó que él, sin embargo, nunca quedaría herido, que podía acariciarla y marcharse indemne. Sin embargo, ¿era eso una buena excusa para huir? Si su madre podía salir con alguien, como le había dicho Gabriel, ¿por qué no podía ella? ¿Hasta cuándo se pasaría la vida huyendo cuando se encontraba con la posibilidad de que le hicieran daño?

Aun así, era improbable, por no decir imposible, que otro hombre le dejara la misma huella que Gabriel. No era el tipo de hombre que la devolvería poco a poco al mundo del amor y la confianza, el tipo de hombre que, vagamente, había esperado encontrar alguna vez en su vida. Él era el tipo de hombre más peligroso que el demonio que la llevaría a situaciones donde no había estado nunca y que la dejaría con el corazón destrozado cuando la abandonara.

—¿Nos vamos? —preguntó él.

Ella asintió con la cabeza sin decir nada.

—Este no era el plan —comentó ella una vez pagada la cuenta y cuando ya estaban fuera.

—¿Qué plan?

—Este. Tú… Yo… No es una buena idea.

—La vida consiste en correr riesgos, si no, ¿qué sentido tiene? Me he pasado la vida corriendo riesgos. No estaría aquí si no corriera riesgos.

—¿Qué quieres decir?

Él se rio, pero no dejó de mirarla.

—Es posible que algún día te lo explique —introdujo las manos entre su pelo y la atrajo hacia sí—. ¿Quieres que te bese? Si no quieres, esta es tu oportunidad para que lo digas y para que volvamos a jugar a que nunca pasó nada.

—Bésame.

Alice se dejó arrastrar por el beso. Era un sitio disparatado para hacer eso porque podían verla. Era un pueblo pequeño y muchos de los lugareños pasaban por casa de su madre a charlar o tomar el té para ver cómo estaba. Cualquiera de ellos iría corriendo a casa de su madre para contarle que se había visto a su hija besando a un hombre delante del nuevo restaurante italiano.

Sin embargo, no pudo resistirse. Olió su especiada loción para después del afeitado, sintió sus labios firmes que le devoraban la boca y se estrechó contra su cuerpo. Le rodeó el cuello con los brazos y se puso de puntillas para llegar mejor a su boca.

—Si digo que tenemos que ir a otro sitio —él se apartó para hablar con una voz vacilante que no parecía la suya—, es porque… solo pienso en… en tu reputación.

—No quiero que pares.

—Ni yo…

Le pasó un brazo por los hombros, fueron casi corriendo hasta el coche y siguieron por donde lo habían dejado en cuanto las puertas del coche se cerraron. Parecían unos adolescentes en la última fila del cine, pero a Gabriel le encantaba. Nunca había besado a una chica en la última fila de un cine, estaba recuperando el tiempo perdido. Si ella había dedicado la adolescencia a cuidar a su madre y a ser fuerte por ella, él la había pasado saliendo del agujero donde había nacido y forjándose una vida que le garantizara que no tendría que volver cerca de ese agujero.

Pensó fugazmente que tenían muchas cosas en común, pero se olvidó casi inmediatamente por lo apremiante de su reacción. Introdujo una mano por debajo del jersey rojo y se encontró con el sujetador, pero se limitó a sacar un pecho con el pezón erguido, y que se endureció más todavía cuando lo acarició entre el pulgar y el índice.

El coche estaba aparcado a cierta distancia de los otros coches y tenía las ventanillas tintadas, por lo que estaban a salvo de las miradas indiscretas, aunque no parecía que hubiese mucha gente por allí. Le levantó el jersey para succionarle el pezón palpitante hasta que ella jadeó y separó las piernas, pero nunca harían el amor en su coche. Sin embargo, tampoco sabía si podría recorrer la corta distancia hasta su casa sin aliviarse. Aunque sí podía deleitarse un poco más. Hasta que se dejó caer contra el respaldo con un gruñido de impotencia por no poder rematar.

—¡Necesito un coche más grande!

Alice sentía todavía la calidez de su boca en el pecho. Se bajó el jersey con tantas ganas como él de volver a su casa y de acabar lo que habían empezado, pero ¿iba a hacer al amor con su madre a diez metros? Su madre dormía como un tronco y muchas veces se tomaba

una pastilla, pero aun así… Jamás se había considerado una chica de esas que se acostaba con un chico en su dormitorio porque no podía contenerse. ¿Desde cuándo había sido una chica que perdía el dominio de sí misma? Desde que estuvo en París. Desde que hizo el amor con él. Desde que descubrió que tenía una parte carnal que era insaciable… Alargó la mano y empezó a tantear su cremallera antes de que encendiera el motor.

¿Más juegos de adolescentes? Gabriel ni siquiera intentó resistirse. Ya no podía dominarse y, en ese momento, necesitaba aliviarse más que nada en el mundo. Se bajó la cremallera y también se bajó los pantalones a la vez que los calzoncillos. El fresco de la noche era reconfortante, pero no tan reconfortante como la boca de ella…

Capítulo 9

La casa estaba oscura cuando llegaron. Eran casi las once y Pamela Morgan se acostaba temprano. Él no sabía cómo había conseguido llegar sin salirse de la carretera. No podía concentrarse. La mujer que tenía al lado había hecho añicos el dominio de sí mismo. Aunque había aliviado parte de su anhelo… Tomó una bocanada de aire al acordarse del clímax que había alcanzado en su boca. Había sido indescriptible, pero, en ese momento, necesitaba mucho más. También la habría llevado al clímax, habría puesto la mano y los dedos donde no llegaba con la boca por la estrechez del coche, pero ella lo había detenido con la respiración entrecortada y le había dicho que lo quería en su cama.

En ese momento, mientras ella abría la puerta con los dedos temblorosos, le sujetó la mano.

—Podemos esperar —dijo él con la voz ronca—. No quiero, te tomaría contra el muro de la casa si me dejaras, pero tampoco quiero que parezca que abuso de la hospitalidad de tu madre.

—Empiezo a pensar que no he considerado a mi madre como una mujer adulta —replicó Alice con pesadumbre—. Probablemente, ha estado esperando que trajera a un hombre a casa, pero no se ha atrevido a decírmelo.

Abrió la puerta, se llevó un dedo a los labios y se rio en voz baja porque se sentía joven, alocada y muy feliz. Además, ¡él no había podido sacársela de la cabeza! Se dio permiso para recrearse con eso que le había reconocido. París había sido una aventura, pero se había convencido a sí misma de que había sido aceptable porque ella estaba en el extranjero, como si fuese una fiebre pasajera. Sin embargo, eso era una aventura de verdad porque estaba en su terreno, porque había tomado la decisión de hacer algo que le parecía inevitable y, en cierta manera, acertado, aunque era erróneo. No podía explicárselo ni a sí misma. Solo sabía que tenía que acostarse con él y llegar hasta el final, aunque fuese amargo y tuviese que despedirse de su empleo por el camino.

Subieron las escaleras en silencio y Alice comprobó que la luz de su madre estaba apagada. Giró a la izquierda, se alegró de que su dormitorio estuviese al fondo del estrecho pasillo y abrió la puerta con el corazón tan acelerado que tuvo que tomar varias bocanadas de aire. Todavía podía sentirlo dentro de la boca, y eso la excitaba.

—¿Es tu dormitorio? —preguntó Gabriel mirando alrededor.

La luz de la luna entraba por la ventana e iluminaba algunas de sus cosas; una mecedora con un oso de peluche enorme; unos muebles que parecían hechos para no durar; un tocador con algunas fotos enmarcadas.

—No hables.

Se estrechó contra él y cerró los ojos cuando él introdujo las manos por debajo del jersey. Esa vez, le soltó el sujetador y ella se separó un instante para quitárselo con el jersey por encima de la cabeza. Se quedó medio desnuda delante de él.

—Eres preciosa…

Le tomó los pechos con las manos y le pasó los pulgares por los pezones. Contuvo la respiración. Él le besó el cuello y se lo lamió hasta que alcanzó la boca para darle otro de sus besos devastadores. Ella también introdujo las manos debajo de su jersey y le acarició los pequeños pezones oscuros.

Lentamente, sin dejar de besarse, fueron hacia la cama hasta que las rodillas chocaron con el borde y cayeron encima. Ella tuvo que contener otra risa. Ese dormitorio no se parecía nada al de París, con un cuarto de baño ridículamente lujoso, pero, si era justa, no había notado que él fuese condescendiente con la casa de su madre. Gabriel se incorporó, se quitó la camisa y el jersey y los tiró al suelo despreocupadamente. Luego, se quitó los pantalones, los calzoncillos y los calcetines. Los zapatos ya se los había quitado con los pies.

Entonces, volvió a la cama y, muy lentamente, le bajó los pantalones negros y las bragas de encaje a la vez. Los tiró con una mano y le separó las piernas con la otra, aunque no habría hecho falta que lo hiciera. Su cuerpo sabía lo que tenía que hacer cuando se trataba de hacer el amor con él. Se tumbó con un brazo sobre los ojos y con una indolencia maravillosa. Sabía lo que él haría. Sabía cuánto le gustaba tenerlo entre las piernas, y, sin embargo, cuando notó la lengua, no pudo evitar que se le escapara un gemido. Se arqueó mientras le lamía la pequeña protuberancia palpitante. Estaba muy húmeda, muy excitada, muy preparada para que entrara, pero él siguió atormentándola, dedicando toda su atención a su esencia anhelante y a los delicados pliegues. Hasta que subió a los pechos dejándola al borde del clímax. Le tomó un pezón con la boca y jugó con el otro mientras ella intentaba por todos los medios no hacer ruido.

—Rodéame con las piernas —le ordenó él.

Sin embargo, tenía que conseguir un preservativo antes, algo muy complicado porque tenía que encontrar la cartera en la oscuridad, pero él nunca jamás corría ese riesgo. Eso indicaba muy claramente que no estaba dispuesto a que una mujer lo atara. Aun en el punto

más álgido de la pasión, él prefería no hacer el amor a correr el riesgo de un embarazo no deseado. ¿Por qué? ¿Acaso no todo el mundo tenía, en mayor o menor medida, la necesidad de procrear y de continuar su estirpe? Nunca se lo había preguntado porque sabía que era un límite peligroso de traspasar. Sin embargo, él ya sabía todo lo que podía saberse de ella. Conocía su desdichada infancia y las consecuencias que había tenido en su madre y en ella. Conocía las circunstancias que habían llevado a su madre a refugiarse en su casa, a quedarse atrapada en sus miedos. Él podía entender cómo era por todo lo que había pasado. Sin embargo, todavía quedaban muchas incógnitas sobre él y ella sabía que ese era uno de los muchos motivos por los que resultaba peligroso acostarse con él. Lo sabía en lo más profundo de su ser, pero también sabía que prefería acabar maltrecha que acabar arrepentida por no haber aprovechado la ocasión. Con Gabriel, la probabilidad del dolor siempre iba acompañada de la certeza del placer. Todo lo que pensaba la llevaba a algún sitio, pero no sabía a cuál porque sus caricias hacían que su cabeza se quedara en blanco

Obedeció, lo rodeó con las piernas y notó cómo entraba toda su poderosa extensión. Entonces, aceleró el ritmo y ella sofocó los gemidos contra su cuello. Estaba tan desbocada que tuvo que hacer un esfuerzo para contenerse y que alcanzaran juntos el orgasmo, pero lo consiguió.

Él se incorporó con los hombros rígidos y se dejó arrastrar por las oleadas de placer, el mismo placer que la elevaba a ella a otra dimensión. Sin embargo, las preguntas que habían ido disipándose volvieron a brotar de entre las sombras. ¿Solo podía tener relaciones sexuales? ¿No le interesaba tener una familia o algo más permanente en su vida? Además, si solo quería sexo, ¿por qué? Había visto muchas facetas aisladas de él, pero seguía sin saber cómo se había formado el conjunto y le encantaría descubrir más cosas. Era el inconveniente de estar enamorada, que se quería saber más de la persona amada. En el caso de Gabriel, eso sería una misión suicida.

—Ha sido… maravilloso —murmuró él mientras salía y se tumbaba de lado para mirarla.

Ella asintió con otro murmullo. Había hecho el amor voluntariamente, pero todavía sentía la tensión de saber que él no estaba plenamente comprometido con la relación, aunque ella sí lo estuviera. Era maravilloso para él porque había conseguido lo que quería. Sentía la satisfacción de la victoria, una satisfacción que no iba a durar toda la vida, y ella sí quería algo para toda la vida. Su sinceridad innata le obligó a reconocer ante sí misma que aceptaría lo que pudiera, mientras se lo ofreciera, porque un poco de él era mejor que nada. Sin embargo, la perspectiva del final colgaría sobre ella

como la soga de un verdugo y cada vez que hicieran el amor, cada vez que se riera con él, cada vez que la abrazara, sentiría un poso de tristeza. Podía notar el peso del final incluso antes de que hubiese terminado. Se preguntó qué pasaría si supiera lo que lo estimulaba, o, al menos, algo que lo estimulara.

—Mañana es domingo —comentó ella lánguida y satisfecha—. ¿Qué harás? ¿Volverás a Londres? Yo sigo ofreciéndome a pasar por Harrisons antes de que vuelva el martes.

Gabriel pensó que era muy fría, muy inmutable. No intentaba engatusarlo para que se quedara. Era la mujer perfecta, pero no podía evitar que esa actitud tan franca lo irritara un poco. Se encontró pensando que un poco de afán de posesión sería agradable. Al fin y al cabo, había viajado hasta allí para verla. Eso ya era algo que no había hecho nunca.

—¿Qué planes tienes tú?

Alice se tumbó de espaldas y miró al techo. Sus planes eran los mismos de siempre, aunque al día siguiente tendría una conversación con su madre sobre el hombre que había en su vida. Aparte, daría un paseo con ella, quizá llegaran hasta el pueblo para tomar el té, verían la televisión un rato y haría algo de cena. Lo que le gustaría de verdad era estar con Gabriel todo el tiempo, pero eso era algo que no reconocería jamás.

—Me quedaré tranquila.

—Entonces, a lo mejor podría quedarme tranquilo contigo.

Gabriel se apoyó en un codo y le pasó la punta de un dedo por un pezón hasta que se endureció. Por muy fría que fuese, su cuerpo era tan ardiente como el de él.

—¿De verdad? —preguntó ella sin disimular la sorpresa—. ¿No tienes otros planes para el fin de semana?

—En este momento, los considero cancelados.

—¿Porque prefieres quedarte aquí?

—Es una parte del mundo muy bonita.

—Sí, lo es.

Ella se había dado cuenta de que no podía reconocer que iba a cancelar sus planes, fueran los que fuesen, porque prefería estar con ella.

—Aunque puede parecerte un poco aburrido —siguió ella—. Creo que no sabes muy bien lo que es vivir en el campo.

—Prefiero la agitación de la ciudad. Va con mi personalidad.

—¿Agresiva?

—Tú lo has dicho.

Él bajó la cabeza, le tomó el pezón entre los labios y volvió a levantar la cabeza para mirarla. Tenía los ojos de un color marrón muy claro y unas pestañas largas y tupidas, unos ojos que lo miraban

con cautela.

—Véndeme esta parte del mundo —le pidió él con indolencia—. Háblame de lo bucólico que es pasear por el campo, tomar té con pastas en un pequeño salón de té, un baile rural en la sala de bailes del pueblo.

—¿Te gustaría hacer algo de eso?

—Creo que podemos prescindir del baile rural.

—Menos mal, porque no sé si hay alguna sala de bailes en el pueblo —bromeó ella—. Tampoco puedo imaginarme que disfrutes paseando por el campo o tomando té con pastas en un salón de té del pueblo. ¿Eres una de esas personas urbanas cien por cien? ¿De las que han nacido y se han criado en la ciudad y no pueden abandonarla más de cinco minutos?

—No exactamente.

Se puso un poco rígido. No iba a contar nada más.

—Entonces, ¿naciste y te criaste en el campo? No irás a decirme que tus padres te sacaban a pasear por el campo los domingos. Mi madre siempre me llevaba a dar un paseo muy largo los domingos por la tarde, hiciera el tiempo que hiciese. Le gustaba alejarse de la casa, de mi padre. Aunque siempre tenía que volver a tiempo para prepararle el té, si él estaba en casa. Cuanto más nos acercábamos a casa, más nerviosa y ansiosa se ponía. Esos paseos terminaron cuando cumplí once años, cuando prefería esconderme en mi cuarto para estudiar o leer.

—Yo no di paseos por el campo, no di paseos por ningún sitio.

Gabriel se dio cuenta de que había sido brusco. Se sentía desasosegado, inquieto, y se sentó en el borde de la cama. Luego, se levantó y se acercó a la ventana, que tenía las cortinas abiertas. Desnudo, de espaldas a ella, miró los campos oscuros y una pequeña arboleda que había a la derecha. Alice pensó que eso era como si le hubiera cerrado una puerta en las narices. Se sentó y se tapó con el edredón hasta la barbilla. Él acabó dándose la vuelta, pero no volvió a la cama.

—Entonces —una sonrisa radiante iluminó la sombra que le había cruzado el rostro—, ¿qué cosas apasionantes vamos a hacer mañana?

—¿Aparte de ir al baile? Podemos dar un paseo, a lo mejor con mi madre, y echar una ojeada por el pueblo, podemos tomar el té con pastas —fingir que era una relación normal—, pero lo primero que haré por la mañana será tener una charla con mi madre.

Pamela Morgan se levantó temprano, pero el café seguía caliente cuando Alice bajó. Seguía dándole vueltas a la cabeza. Había dormido con él. Él no sabía lo profundos que eran sus sentimientos, que ya era

algo, pero sí sabía lo mucho que lo deseaba y le había revelado toda su vida para que él pudiera analizarla. No contento con lo que tenían en Londres, había invadido su vida en Devon. Además, le había contado cosas que ella ni siquiera sospechaba. Lo cual, era una prueba de lo bien que había conseguido llevarse con su madre. Claro, era el hombre que no tenía que hacer esfuerzos, que podía mover montañas con una sonrisa, con una mirada.

—¡Alice, cariño! ¿Qué tal la cena de anoche? —le preguntó su madre con una sonrisa de oreja a oreja—. ¡Nunca me dijiste lo encantador que es tu jefe! Y muy guapo…

—Mamá, tenemos que hablar.

—¿De verdad?

Sin embargo, se sentó enfrente de su hija con un rubor muy delator y jugó con la taza de café.

—¿Un hombre? ¿Un pretendiente? Nunca dijiste nada.

Cuando Gabriel se lo contó sin querer, le había dolido, pero fue un dolor que no le duró mucho. Cómo iba a dolerle si a su madre le brillaban los ojos mientras hablaba con alivio de Robin, el primo de una amiga que se había mudado al pueblo para crear una pequeña empresa de paisajismo. Era maravilloso y tenían muchas cosas en común. Solo se habían visto algunas veces, pero gracias a él había conseguido acercarse más por el pueblo. Incluso, la había llevado a ver su empresa, aunque todavía estaba organizándola. Alice estaba aturdida.

—¿Y por qué no me has contado nada durante todo este tiempo? —preguntó ella, aunque sabía la respuesta.

—Solo han sido unas semanas —contestó su madre con incomodidad—. Además, sabía que intentarías disuadirme, cariño. Yo lo habría entendido, pero…

Pero ella, su querida hija, lo habría criticado, la habría advertido con seriedad, le habría dado un montón de consejos y, al final, habría asfixiado cualquier cosa que hubiese tenido la posibilidad de brotar. Su madre había querido aprovechar esa ocasión y había tenido miedo de que su hija la hubiese aniquilado. No estaba dolida, estaba humillada. Había pasado años ayudando a su madre para que se levantara y se había convertido en una joven inflexible que había permitido que su propio desengaño dictara su forma de ser.

Gabriel entró media hora más tarde y le mitigó la sombría introspección en la que se había metido. Además, mientras estaban saliendo de la casa, fue certeramente al grano.

—Estás alterada. Has hablado con tu madre ¿y…?

Todavía no eran las nueve y media, pero el sol ya calentaba y los campos estaban bañados por esa luz transparente del campo, donde los edificios y la contaminación no estropeaban la vista y el aire. Él se

dio cuenta de que no le importaba y de que, en realidad, le gustaba. Era un cambio.

—¿Te importa de verdad? —le preguntó ella.

La brisa le despeinaba el pelo. Era esbelta y tenía un aire desenfadado con unos vaqueros desteñidos, un jersey amplio y viejo y unas botas de caminar.

—Claro que me interesa.

Gabriel no entró a calificar lo que sentía. Claro que le importaba si estaba alterada. No era un monstruo, pero ¿cuándo fue la última vez que le importó si una mujer estaba alterada? ¿Le había importado que Georgia entrara en su oficina como una furia porque no podía aceptar un «no» por respuesta?

Lo habían irritado, pero no lo habían alterado. Ni siquiera había sentido curiosidad por lo que le pasaba o dejaba de pasar a una mujer en su vida. Se conformaba con que le dieran lo que quería y siempre era absolutamente sincero con ellas para tener la conciencia tranquila. La vida era mucho más sencilla cuando no se metía en complicaciones sentimentales que siempre acabarían llevando a callejones sin salida. No tenía nada que ofrecer ni le interesaba romper ese molde.

Sin embargo, tenía la sensación de que ella quería que le contestara la pregunta y sabía que debería ser sincero y repetirle eso de que no debería esperar nada más que sexo y diversión, por si lo había olvidado. Lo haría, pero más tarde.

Le interesaba. No le importaba, pero le interesaba. Para ella, eran dos cosas muy distintas.

—Y tiene un novio.

—Me alegro por ella.

Él le pasó un brazo por los hombros y aspiró el olor floral de su pelo. ¿Qué tenía esa mujer que le volvía loco?

—Te deseo tanto en este momento que me duele.

Alice se apartó de él, lo miró fijamente, puso los ojos en blanco y se rio.

—¿Solo piensas en el sexo, Gabriel?

—No hay ni un alma por aquí…

—¡Estaba hablando de mi madre!

—Y estoy escuchando. Solo quiero tocarte un poco mientras hablas —introdujo una mano por debajo del jersey y le agarró la cintura—. Dime que no te gusta. Umm… No llevas sujetador.

—No suelo llevarlo cuando estoy aquí. No tengo tanto pecho que justifique llevarlo a todas horas.

—Tienes la cantidad justa.

Le levantó el jersey a pesar de los poco convincentes intentos de ella de impedirlo y le miró los pechos pequeños, altos y rematados por unos pezones muy rosas. Se los acarició con los pulgares hasta que

estuvieron duros y a ella se le aceleró la respiración.

Esa era su aventura disparatada. Se había enamorado del hombre equivocado y había tirado la prudencia por la borda porque el corazón dominaba a la cabeza. Sabía que él solo quería sexo, pasárselo bien, pero era muy complicado acallar a la parte de ella que quería descubrir a dónde iban, si existía la más mínima posibilidad de que él quisiera algo más que sexo.

Él le bajó el jersey, pero llevó la mano a los botones de los vaqueros y le bajó la cremallera. Ella dejó escapar un leve grito de asombro cuando también empezó a bajarle los pantalones.

—No podemos…

—¿Por qué? Podemos encontrar un sitio más íntimo entre esos árboles, pero no hay nadie. ¿Siempre está tan desierto?

—Tienes que salir de Londres más a menudo.

Estaba húmeda y ardiente mientras se dirigían, agarrados de la mano, hacia la arboleda más cercana.

—Hay muchos sitios como este por aquí. Es tranquilo y silencioso. Por eso mi madre decidió mudarse aquí. Le parecía apacible después de haber vivido en Birmingham. Creo que también quería vivir lo más lejos posible de los recuerdos de su matrimonio.

Lo estrechó contra sí y se puso de puntillas para besarlo agarrándolo de la nuca y con los cuerpos tan juntos que podía notar la turgencia ávida de su erección.

—Tumbarse puede ser un poco incómodo —comentó Gabriel.

Sin embargo, no quería el remedio de su mano o su boca. Necesitaba estar dentro de ella.

—Entonces, olvidémoslo y vayamos al pueblo —bromeó ella mientras le acariciaba una mejilla y miraba el brillo abrasador de sus ojos oscuros—. Podemos tomar té con pastas. El té puede ser muy refrescante… podría aplacarnos…

—Eres una bruja —replicó él con una voz vacilante que no reconoció.

Le bajó los vaqueros y le dijo que terminara de quitárselos. Ella se dejó puesto el jersey y le pareció un poco degenerado estar desnuda de cintura para abajo.

—Ahora, separa las piernas —le ordenó él.

Estar de pie e inmóvil cuando quería desmoronarse porque las piernas no la sujetaban era una tortura deliciosa. Él la acarició sin prisas. Le sorprendió darse cuenta de que nunca había hecho el amor al aire libre y pensó que la próxima vez llevaría una manta. ¿La próxima vez? Sí, habría más veces porque no se cansaba de ella.

Hicieron el amor de una forma elemental y desenfrenada. La levantó para que le rodeara la cintura con las piernas y le pareció ligera como una pluma.

La sensación fue muy intensa. La tenía agarrada del trasero mientras la bajaba para entrar y alcanzó un clímax detrás de otro hasta que quedó deshecha en mil pedazos deslumbrantes.

Luego, pasearon hasta el pueblo como flotando en una nube. Alice, saciada, nunca se había sentido tan feliz. Era casi como si fuesen una pareja normal que entraba en tiendas, que se reía con algunos *souvenirs,* que se compraba un helado. Eran como don Cualquiera y doña Cualquiera que daban una vuelta. ¡Ja! No eran ni don ni doña Cualquiera. No eran ni don ni doña Nada. Él, desde luego, no era cualquiera. Su imponente y singular presencia resaltaba con la de las personas tan blancas que había en las tiendas. La gente lo miraba. Él parecía no darse cuenta, pero ella, sí. Las mujeres de todas las edades lo miraban con más o menos disimulo. Quizá se preguntaran si era alguien famoso. Por primera vez en su vida, ella se sintió como si hubiese salido de las sombras y fuese una persona por sí misma, alguien que no estaba rodeada de barreras, que podía ser libre.

Almorzaron en un pub y, cuando estaban saliendo, se dio de bruces con una de las mujeres que visitaba periódicamente a su madre. No había tratado mucho a Maggie Fray, pero sí se habían visto un par de veces y la mujer miró a Gabriel con un brillo en los ojos muy elocuente.

—Vaya, este es ese joven del que hablas tanto según tu madre.

Tendió una mano con una sonrisa mientras Alice, abochornada, intentó eludir sus penetrantes ojos grises.

—Es mi jefe… —le explicó ella con un hilo de voz.

Sin embargo, unos minutos antes habían estado agarrados de la mano y eso haría que se preguntara qué relación entre jefe y secretaria era esa. Los ojos sonrientes de la mujer indicaban que estaba haciendo las suposiciones acertadas.

—Bueno, parece que formáis una buena pareja y sé que a tu madre le encantaría oír campanas de boda en un futuro no muy lejano.

A Alice le pareció la conversación más atroz que había tenido en su vida y no oyó casi nada de lo que Maggie dijo después. ¿Qué le había contado a su madre durante todas las semanas que había estado trabajando con Gabriel? Mucho. Estaban acostumbradas a contarse las cosas. Aunque había intentado disimular lo que sentía, su madre sabía interpretarla como nadie. Habría podido interpretar sus silencios, la expresión de su rostro cuando decía su nombre, la cantidad de veces que hablaba de él y las que se callaba… Su arrogante, egocéntrico e irritante jefe también era estimulante, inteligente, atractivo y divertido. Además, que se hubiese presentado en su casa sin avisar habría dado crédito a cualquier historia que su madre se hubiese inventado.

—La gente tiende a cotillear en los pueblos pequeños —intentó

explicar Alice mientras Maggie se alejaba—. Es muy fastidioso porque, la mayoría de las veces, lo que dicen no tiene… fundamento.

Ella no podía repetir en voz alta lo que había dicho esa mujer. Decir la palabra «boda» sería como abrir una lata de lombrices y ella no sabía cómo podría meterlas otra vez.

Gabriel mantenía un silencio amenazador. Debería haberlo previsto. Se lo había advertido a ella, pero él también debería haber captado que ella tenía algo muy vulnerable. Eso vulnerable debería haber trazado inmediatamente un límite infranqueable, pero, por algún motivo, había bajado la guardia. La novedad y el deseo formaban una mezcla letal.

—¿Puede saberse de qué estaba hablando esa mujer?

Abrió la puerta del coche con el mando a distancia y se montó en el asiento del conductor, pero no encendió el motor. Esperó a que estuviese sentada y la miró con una expresión indescifrable.

—Ya te lo he dicho —contestó ella en un tono algo desafiante—. En los pueblos se cotillea. Maggie es amiga de mi madre y, por el motivo que sea, ha entendido mal las cosas.

—Porque tu madre, erróneamente y sin fundamento, ha sacado la conclusión de que nosotros vamos… ¿a qué, Alice? ¿A ir al altar? ¿A empezar a creer en cuentos de hadas y a construir castillos en el aire?

—¡Eres un incrédulo! No le he dicho nada a mi madre. ¡No soy tan estúpida como para creer que estás aquí por algo que no sea a corto plazo, Gabriel!

—No voy a entrar en una discusión estéril por esto.

Él encendió el motor y empezó a salir lentamente del pueblo. Ella no podía creerse que, hacía muy poco tiempo, hubiesen estado haciendo el amor. No podía creerse que hubiese sido tan necia de creer que, aparte de que estuviese enamorada de él, todo habría seguido tranquilamente hasta… ¿cuándo? ¿Hasta que se hubiese cansado? ¿Estaba tan desesperada que estaba dispuesta a renunciar a sus principios por estar un poco más con él? ¿Podía extrañarle que hubiese llegado a ser tan vago cuando las mujeres como ella le permitían que hiciese lo que le daba la gana? Había quedado hechizada e hipnotizada. Había dormido con él en París y se había engañado para creer que podía alejarse y seguir trabajando con él sin consecuencias. Sin embargo, había habido consecuencias. Su presencia la había alterado tanto que le había costado mucho hacer algo. Él se había abierto camino hasta su esencia y se había quedado allí. Nunca había sido adicta a nada, menos a él. ¿Se había acostado con él porque se había presentado en su casa y le había dicho con esa voz sexy y peligrosa que no podía sacársela de la cabeza? ¿Le había entrado una urgencia disparatada porque su vacilante y temerosa madre, a la que había insistido en que no tuviera una relación con un hombre, había

tenido el valor de sí tener una relación con un hombre? ¿Sería una combinación de cosas que la habían llevado a tomar la peor decisión de su vida? Podía encontrar un millón de motivos para justificar lo que había hecho, pero, en definitiva, se había montado en una montaña rusa y era el momento de bajarse. Gabriel Cabrera era el equivalente a un deporte extremo y ella no estaba hecha para eso. Intentó no pensar en los interminables días y noches sin él. Tendría que despedirse y buscarse otro empleo.

—¡Sería una discusión estéril porque no quieres tenerla! Además, para que lo sepas, me despediré el martes en cuanto llegue a la oficina.

—¡Estás siendo ridícula!

—Siendo así, también te diré que es posible que creas que eres justo al advertir a las mujeres que no vayan a creerse que tienes un corazón escondido en alguna parte, pero no lo eres. Solo te limitas preservar tu conciencia. No quieres intentar nada que no sea trabajo. ¡Acabarás siendo un hombre triste y solo con montones de dinero y nadie con quien compartirlo!

Ella miraba su perfil, que podía estar esculpido en piedra. Nada lo afectaba. ¿Por qué no había tenido la fuerza de caer en la cuenta antes? No había nada debajo del atractivo, la belleza y la inteligencia descomunal. Esos atisbos de amabilidad, cariño y vulnerabilidad habían sido una ilusión. Estaba temblando como una hoja y se mantuvo rígida como una tabla para que los sentimientos no se le desbordaran.

—Dicho eso —replicó Gabriel lentamente—, te dejaré en tu casa. No hace falta que vuelvas al trabajo. Puedes considerar que ese discurso ha sido tu carta de dimisión.

Ya estaban en su casa y ella no se había dado cuenta. Él se inclinó para abrir su puerta y ella se echó hacia atrás espantada de la reacción de su cuerpo incluso en ese momento, cuando todo estaba desmoronándose.

—Si tienes que recoger algo personal de tu despacho, puedes ponerte en contacto con Personal. Ellos te lo harán llegar.

Sus miradas se encontraron, pero ella fue la primera en apartarla. No encontraba sitio en la cabeza para meter todo lo que sentía; el espanto por el final, la tristeza abrumadora, los reproches a sí misma.

—No quiero recoger nada.

Ella lo dijo con una voz que no delataba lo que sentía. Se bajó del coche y se dirigió hacia su casa sin mirar atrás.

Capítulo 10

Había pasado de trabajar en uno de los edificios simbólicos de Londres a la normalidad con un golpe ensordecedor. Un mes después de haber dejado a Gabriel, estaba trabajando como secretaria en un pequeño despacho de abogados de los alrededores de Londres. Había pasado de ver toda la ciudad a sus pies a ver el aparcamiento de un supermercado. Había pasado de trabajar con uno de los hombres más apasionantes del mundo a trabajar con un hombre de mediana edad que se ocupaba de casos insignificantes y que, al parecer, se tomaba libres dos días a la semana para jugar al golf. Los reflejos del pelo le habían desaparecido y París y todo lo demás parecían un sueño. No sabía nada de Gabriel y, aunque no lo había esperado, la esperanza con la que se despertaba todas las mañanas se convertía en una amarga decepción cuando se acostaba.

Estaba volviendo a su casa cuando sonó el móvil. Contestó y era su madre.

Pamela Morgan estaba recuperándose a pasos agigantados y la terapia se había reducido a una vez al mes. Además, no podía hablar de otra cosa que no fuese su aventura amorosa y ella, que había conocido al hombre en cuestión, tenía que reconocer que su madre estaba en buenas manos. Su madre le había dicho que el tiempo había avanzado y que ya no estaba donde estaba cuando se casó. Con eso quería decirle que ella debería haber llegado a la misma conclusión, que ya no era la chica que se había criado en una familia disfuncional y aterradora ni la chica que había tenido una aventura con alguien que había resultado que no era el adecuado. Quería decirle que ya llegaría el momento de tener cuidado y que era lo suficientemente joven para tomar el control de su vida y para correr riesgos. Ella podría haberle replicado que ya había corrido bastantes riesgos con Gabriel, pero no había dicho nada.

En ese momento, su madre estaba hablándole sobre las vacaciones que había pensado tomarse y se maravillaba del giro que había dado su vida. Ella escuchó y comentó algo de vez en cuando mientras se bajaba del autobús y se dirigía hacia su casa. Hacía un día nublado y pegajoso y, aunque no había anochecido, le sorprendió que las luces de la casa estuviesen apagadas porque sabía que Lucy tenía que estar preparándose para pasar un ardiente fin de semana con el hombre que había conocido hacía unos meses. Eran poco más de las ocho. Se había

quedado en el trabajo hasta las seis y luego había ido a beber algo con otras dos chicas del despacho que la habían incluido enseguida en sus salidas del viernes por la tarde. Estaba agotada.

Entró en la casa, dejó el bolso junto a la puerta y fue a la cocina mientras se quitaba la liviana chaqueta veraniega. El piso inferior estaba en una penumbra que le pareció reconfortante. No encendió las luces, pero subió cantando para que su compañera supiera que estaba en casa. La última vez que entró sin avisar, se encontró a Lucy y a su tortolito en la sala en una situación comprometedora. Desde entonces, siempre entraba haciendo todo el ruido que podía.

La última persona del mundo que había esperado ver estaba en una silla de la cocina, y llevaba allí una hora. Gabriel había tenido que buscarla. El mes pasado había sido la peor pesadilla posible. No había podido concentrarse y había estado de un humor de perros. La gente se marchaba en dirección contraria en cuanto lo oían por la oficina. Incluso, había batido su récord personal y había salido con seis mujeres, con ninguna de las cuales había llegado más allá de una conversación cordial durante la cena. Esa condenada mujer lo había calcinado dos veces y, además, tampoco había encontrado una sustituta adecuada. Ya iba por la tercera secretaria y los presagios no eran buenos. Más de una vez se había reprochado haberle permitido que se despidiera sin cumplir con los trámites. Debería haberla obligado a que cumpliera las dos semanas exigidas.

Las noches no habían sido mejores que los días. El trabajo no había conseguido librarlo de unos pensamientos que no quería ni buscaba. La echaba de menos. Echaba de menos que dijera lo que pensaba, cómo se reía y cómo lo miraba. Incluso, echaba de menos cómo olía. Por todo eso estaba donde estaba, sentado en su cocina después de haber echado a su amiga, quien le había dejado entrar después de un interrogatorio inquisitorial.

—Creía que no ibas a volver. ¿Puede saberse dónde te habías metido?

Él lo preguntó en tono desenfadado para disimular sus emociones nada desenfadadas. Ella, que iba a tomar una botella de agua de la nevera para aliviar la sed que le habían dado las tres copas de vino, estuvo a punto de desmayarse al oír esa voz que la había perseguido durante el mes pasado. Muda, se dio media vuelta para mirar a la persona que estaba en la silla. Le flaquearon las piernas, se dejó caer en otra silla y se quedó mirándolo sin dar crédito a lo que estaba viendo.

—Llevo más de una hora esperando.

¿Había estado con un hombre? No. En ese caso, no habría vuelto tan pronto. Quizá hubiese salido con uno que había sido un desastre. Le gustaba esa idea. Él también había salido con muchas mujeres

desastrosas.

—Gabriel…

Ella no pudo decir nada más. Tenía la boca seca y el corazón le latía con tanta fuerza que parecía que le iba a explotar.

—Tu compañera de casa me ha dejado entrar.

—Lucy.

Era una conversación absurda. No podía dejar de mirarlo. Estaba… desmejorado. Todavía llevaba el traje, pero se había quitado la corbata y se había desabrochado dos botones de la camisa. Para ser un hombre que siempre iba despreocupadamente elegante, estaba desaliñado.

—Efectivamente.

—¿Por qué has venido?

Ella sabía que tendría que parecer más tajante y enfadada, pero la voz le salía débil y vacilante. Se aclaró la garganta y siguió mirándolo en la penumbra. Aunque estaba distinto, seguía siendo ese hombre tan guapo que se le había clavado como una espina que no podía quitarse. Entonces, toda la rabia brotó. No podía olvidarse de que era el hombre sentimentalmente vago que se había alejado de ella sin mirar atrás porque se le había metido en la cabeza que ella podría, solo podría, querer algo más que un revolcón. Era el hombre que no tenía nada que ofrecer.

—No —siguió ella con frialdad—. A ver si adivino por qué has venido. Las secretarias que me han sustituido no te sirven. Si crees que voy a ceder y a hacer una buena obra, estás equivocado. Has perdido el tiempo y puedes marcharte. Ya sabes dónde está la puerta.

A él nunca le había faltado la seguridad en sí mismo. Eso le había dado el impulso para dejar atrás el pasado y la confianza de que podía hacerlo. En ese momento, la seguridad en sí mismo brillaba por su ausencia. Tenía la sensación de que estaba al borde de un precipicio con un pie colgando y sin una red que lo recogiera si se caía.

—No he venido para intentar que vuelvas al trabajo —replicó él con aspereza—. Aunque es verdad que tus sustitutas no me han servido.

—Entonces, ¿qué haces aquí, Gabriel?

—Estoy aquí… porque… porque…

Estaba balbuceando. ¿Desde cuándo balbuceaba Gabriel Cabrera el invencible? Sin embargo, ella no iba a permitir que la más mínima esperanza se abriera paso entre los muros que había intentado levantar a su alrededor.

—Olvídalo —Alice apretó los dientes y lo miró a los ojos sin inmutarse—. No pienso volver a tener una relación contigo.

Ella se rio al darse cuenta de la tontería que acababa de decir. Nadie normal habría llamado a eso una relación.

—Una relación —siguió ella burlándose de sí misma—. Vaya chiste.

Como me has dicho con orgullo, tú no tienes relaciones, ¿verdad, Gabriel?

—Lo dije, pero ¿cómo iba a saber que el destino tiene la mala costumbre de reírse de tus buenas intenciones?

—Olvídalo, Gabriel. Olvida las palabras bonitas. ¿Has salido con algunas de tus amigas de bolsillo y has decidido que todavía no has acabado conmigo?

—Te he echado de menos. ¿Me has echado de menos? Dime que no y me marcharé de esta casa y no volverás a verme.

Como ultimátum, era el colmo. ¿Lo quería allí invadiendo su vida otra vez? ¿Quería que la encandilara con palabras bonitas y volviera a acostarse con ella porque el asunto seguía sin resolverse? Sin embargo, vaciló porque le aterraba lo concluyente de su oferta. Quizá no hubiera creído que volvería a verlo, pero, en ese momento, se daba cuenta de que lo había esperado porque su amor era tan intenso que le parecía increíble que pudiera dejarla sin más. En ese momento, sabía que, si le daba la espalda, no volvería a verlo y esa débil esperanza quedaría aniquilada.

—¿Y bien? —insistió Gabriel con voz temblorosa.

—¡Sí! ¡Te he echado de menos! Vaya cosa. ¿Acaso cambia algo?

—Eres la primera mujer a la que he echado de menos.

—¿Debería sentirme halagada?

Sin embargo, lo estaba y no quería estarlo, como no quería sentir el corazón acelerado, como no quería sentirse ridículamente conmovida porque la miraba con unos ojos desvalidos. No quería nada de eso porque nada de eso iba a cambiar a ese hombre incapaz de dar.

—No puedes dar nada, Gabriel. Tampoco tienes derecho a engatusar a mi amiga para que te deje entrar y puedas sentarte ahí inventándote cuentos chinos solo porque no te di lo que querías.

—No estoy aquí para inventarme cuentos chinos.

Sin embargo, ella no podía olvidarse de lo mucho que había dado y lo poco que había recibido.

—¡Estás vacío por dentro, Gabriel! Bastó una absurda conversación de tres segundos con una persona que te encontraste en el pueblo para que salieras corriendo. Bastó la más leve insinuación de que podría esperarse que ofrecieras algo más que sexo imaginativo para que huyeras como alma que lleva el diablo. Y, encima, tienes el valor de venir a decirme que me echas de menos.

—Lo entiendo, Alice. Debería haberlo entendido antes, pero lo entiendo ahora.

—¡Ni se te ocurra intentar congraciarte conmigo por tu propio interés! Repítelo. ¡No puedes comprometerte! ¡Ni siquiera puedes planear nada que dure más de un mes con una mujer porque podrías tener que salir corriendo antes! ¡No solo no quieres echar raíces, ni

siquiera quieres dejar huella! —exclamó ella temblando como una hoja por la rabia.

—Alice, ¿crees que no sé que todo lo que has dicho es verdad? —él se inclinó hacia delante para apoyar los brazos en los muslos—. Tenías razón cuando me acusaste de ser sentimentalmente vago. Lo soy. Lo era. Siempre lo he sido.

«¿Lo era?». La esperanza brotó con la tenacidad de la hiedra. Exhausta por el arrebato y por el torbellino de emociones que se había adueñado de ella, se quedó en silencio y con la respiración entrecortada como si hubiese corrido un maratón. Quería apartar la mirada de él, pero no podía, como tampoco podía evitar que el corazón le sangrara como una herida abierta.

—Quiero que te vayas —susurró ella—. Tienes que irte.

—Por favor, déjame que… Es complicado para mí, pero escúchame. Hay algo que seguramente no sepas de mí… No, hay algo que no sabes de mí…

Volvió a sentirse en el borde del precipicio, pero le dio igual si se caía o no. Nada podía ser peor que las semanas que había pasado sin ella.

—Me crié en casas de acogida. Tú me contaste tu historia y yo, quizá, debería haber correspondido a tu confianza, pero nunca he sabido confiar. Es algo que te arrebatan cuando eres un niño en acogida. Enseguida aprendes a ser duro. Por eso, nunca le he contado mi historia a nadie —él esbozó una sonrisa torcida—. Hasta ahora.

—¿Casas de acogida? —preguntó ella sacudiendo la cabeza lentamente.

—Sí. No tuve una infancia privilegiada. En realidad, no tuve una infancia. Solo tuve ambición y, afortunadamente, un cerebro capaz de convertir esa ambición en éxito profesional, pero también fui alguien devorado por esa ambición, alguien que tuvo que luchar para salir de ese pasado lúgubre. ¿Qué puedo decir? No me quedó sitio dentro para compartir, quería dinero y todo lo que supone porque me hacía invencible. Eso fui durante mucho tiempo, invencible —la miró leyéndole el pensamiento—. Nada de palabras bonitas, Alice. Solo soy yo.

—¿Qué pasó entonces? Eras invencible…

Intentó imaginarse a un Gabriel joven, desafiante y airado. Se le encogió el corazón. Él había levantado las mismas defensas que ella, pero las suyas habían sido de acero y nunca las había bajado, y podía entenderlo.

—No vas a enredarme otra vez en una relación inexistente con una historia triste.

—No quiero enredarte otra vez en una relación inexistente.

—Ah…

La decepción la quemó como un hierro candente. Había ido a explicarse. Que hubiese pensado en ella lo bastante como para contarle su pasado era algo, pero ella quería mucho más.

—Necesito que entiendas que, para mí, era imposible meterme en una relación. Solo dependía de mí mismo y no estaba dispuesto a que nadie compartiera ese espacio. Hasta que apareciste, Alice, y, poco a poco, fuiste abriéndote paso…

—Nunca insinuaste siquiera que querías algo que no fuera una relación sexual.

—Me negaba a creerlo. He sido un necio, Alice —alargó una mano y tembló por el alivio cuando ella le permitió tomarle la mano—. Debería haber sabido que eras distinta, y no solo porque fueras más alta que las mujeres con las que solía salir. Fui así de torpe.

Él volvió a esbozar una sonrisa torcida y ella volvió a sentir todo lo que sentía cuando él estaba cerca.

—Pasé de mirarte a fantasear y a desearte más de lo que había deseado a ninguna mujer en mi vida. Además, por el camino, llegó todo lo demás.

—¿Qué es todo lo demás?

—El deseo… el anhelo… la necesidad y el amor.

—¿Me amas?

—Sí, y nunca me di cuenta de lo que era —contestó él con la voz temblorosa—. No he venido para retomar una relación inexistente, como tú la llamas. He venido para pedirte que te cases conmigo y podamos empezar una historia de compromiso, de cuento de hadas y de ir al altar como nunca me había imaginado que viviría porque, Alice Morgan, me doy cuenta de que no puedo vivir sin ti. Si no puedes contestarme ahora, y lo entendería porque he sido un enamorado nefasto, puedes pensártelo.

Él se levantó y ya estaba en la puerta de la cocina cuando ella salió corriendo.

—Ni se te ocurra marcharte —dijo ella mientras lo rodeaba con los brazos y lo abrazaba con todas sus fuerzas—. Te amo, Gabriel Cabrera. ¡Sí, sí y sí! Quiero casarme contigo, quiero estar contigo el resto de mi vida.

—¿No son palabras bonitas?

Ella se rio, sollozó y volvió a reírse.

—Yo también tenía mis barreras —reconoció ella llevándolo a la mesa otra vez y sentándose en sus rodillas—. Ya sabes todo lo de mi padre y supongo que creía que lo más seguro era no dejarse llevar, no exponerme a que me hicieran daño. Estaba decidida a no enamorarme de ti. Te catalogué a los pocos días de empezar a trabajar contigo y creí que eso me daba seguridad.

Le acarició el pelo, le besó la mejilla y cayó rendida cuando él

también la besó cariñosamente.

—Quieres decir que, si era un malnacido, nunca te enamorarías de mí.

—Sí, pero esa imagen empezó a esfumarse poco a poco, y luego llegó París.

—Y luego llegó París.

—Yo… me dejé arrastrar por ti. Fue como si te adueñaras de mi corazón y me sentí aterrada porque habías dejado claras tus reglas, porque sabía lo que pensabas del compromiso. Decidí que la única forma de sobrellevarlo era echarme atrás completamente, que, si lo hacía, desaparecería el sentimiento que me mantenía pegada a ti, pero era demasiado tarde.

—Alice, también fue demasiado tarde para mí. Estabas todo el rato en mi cabeza y, como era un idiota, no me paré a pensar que era porque te amo, señorita Morgan, y estoy impaciente de que te conviertas en la señora de Cabrera.

—Yo también estoy impaciente.

Su mundo se había abierto el día que él entró en él y se sintió flotando en el aire cuando pensó en el porvenir que se presentaba ante ella.

—Quiero que me abraces y que nunca me sueltes, porque yo no voy a soltarte.